



M. C. ANDREWS

NUNCA ES SUFICIENTE

Una historia de amor a tres bandas

Lectulandia

¿Pueden tres personas heridas desafiar todas las normas sobre la pasión y juntos encontrar el amor?

Rafferty Jones lo tiene todo, todo excepto una mujer con la que compartir su vida y construir un futuro. Marina Cofi es sencillamente perfecta y a su lado se siente vivo de nuevo. Su relación podría ser maravillosa, y lo es hasta que la maldita conciencia de Rafferty lo obliga a reconocer que no tiene suficiente. Siempre necesita más. Se odia por no ser capaz de superar esa clase de deseo y se aleja de Marina para no hacerle daño.

Sabe que ella no tardará en encontrar a otro que la quiera como se merece, pero cuando ese otro es James Cavill, los instintos, el deseo y el corazón de Rafferty se niegan a mantenerse alejados de la única mujer a la que ha amado y del hombre que, en contra de su voluntad, le está despertando unos sentimientos que siempre ha negado.

Dos hombres y una mujer con un pasado complicado, con unos miedos y pasiones que ni siquiera se han confesado a sí mismos. Una ciudad con demasiada gente dispuesta a separarlos. Un amor como nunca han sentido.

No existe nada más erótico que el amor, y para Rafferty, Marina y James nunca es suficiente.

Lectulandia

M. C. Andrews

Nunca es suficiente

Noventa días - 7

ePub r1.0

sleepwithghosts 03.01.15

Título original: *Nunca es suficiente*
M. C. Andrews, 2014

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

No existe nada más erótico que el amor.

Prólogo

Nunca olvidaré el día en que conocí a Rafferty Jones. No diré que mi vida cambió para siempre en ese preciso instante, ni que el mundo dejó de girar, pero sí diré que yo cambié y que mi mundo se convirtió en otro. Y aunque alguien me hubiese susurrado al oído hasta el último detalle de lo que me iba a suceder, no habría hecho nada por evitarlo.

Absolutamente nada.

Si no hubiese conocido a Rafferty Jones, todo habría sido mucho más fácil e increíblemente menos doloroso.

Pero vacío. Sí, sin él, el vacío se habría extendido a mi alrededor hasta dominarlo todo, porque sin él yo habría seguido adelante sin llegar a sentir nunca de verdad.

Lo conocí un sábado, un sábado cualquiera. Yo entonces compartía piso con Amelia, mi mejor amiga de la universidad, que había vuelto a Londres para recuperarse de un desengaño amoroso (había encontrado a su prometido con otra, semanas antes de casarse).

Llevaba días diciéndole a Amelia que tenía que superar sus temores y empezar a salir con más gente, así que cuando me dijo que iba a asistir a la boda de una compañera de trabajo acompañada, me alegré mucho por ella.

Llamaron a la puerta mientras Amelia todavía se estaba vistiendo y cuando la abrí y lo vi, sentí que el aire desaparecía de mi alrededor para luego volver y quemarme. Tuve que apretar los dedos para no cerrar la puerta y fingir que no lo había visto. Y después ir en busca de Amelia para pedirle, incluso suplicarle, que no saliera con él, que no lo tocara, que no lo mirara ni una sola vez.

No hice nada de eso, sino que me aparté de la puerta y lo dejé pasar, mientras mentalmente rezaba a todos los santos que me había obligado a aprenderme mi abuela italiana para pedirles que, por favor, el desconocido del traje negro no se enamorara de mi mejor amiga.

Es un recuerdo ambiguo. Cuando aparece en mi mente, nunca sé si me duele o me reconforta, pero sé que no quiero que desaparezca nunca.

Igual que cuando pienso en el día en que conocí a James. Fue todo completamente distinto, las dos situaciones no tienen nada que ver la una con la otra y, sin embargo, las dos significan mi vida entera.

Cuando James llegó a mi vida, Raff ya me había roto el corazón y la herida era tan profunda, tan difícil de cicatrizar, que lo único que quería era estar sola y buscar la manera de recomponerme. Pero entonces conocí a James y tanto su sonrisa como la fuerza de sus ojos me lo impidió.

Lo recuerdo a la perfección, Amelia y yo nos habíamos reunido en mi despacho

para prepararnos para la visita del abogado de la petrolera que quería contratar los servicios de la ONG donde ambas trabajamos, y cuando abrí la puerta para recibir al que en aquel instante era un desconocido, tuve que sujetarme con fuerza al picaporte. El aire volvió a desvanecerse y volvió a quemarme, aunque esta vez fue mucho peor que la primera, pues Raff me había dejado con los sentimientos a flor de piel.

Tal vez James y yo habríamos podido ser felices. Tal vez si Rafferty no hubiese vuelto a Londres nuestra historia sería muy distinta. La de los tres.

Tal vez no existiría, pero existe. Y ahora estoy aquí, encerrada en una lujosa habitación en una casa en medio de la campiña inglesa, muerta de miedo porque no sé si seré capaz de abrir la puerta y bajar la maldita escalera.

No debería ser tan complicado, no debería haberme dolido tanto llegar hasta aquí. Si cierro los ojos y aguanto la respiración durante un segundo, puedo fingir que nunca he sentido lo que estoy sintiendo, que hubo una época en la que tenía suficiente con mi soledad, pero ahora...

¿Cómo es posible que haya pasado de no necesitar nada a necesitar tanto? ¿Cómo es posible que nadie, ni siquiera yo, pueda entenderlo?

Alguien llama a la puerta y el corazón casi se me sale por la boca. Me llevo una mano al pecho para asegurarme de que sigue dentro e intentar calmarlo.

—¿Sí?

—¿Estás bien, Marina, puedo entrar?

Es Amelia. El alivio hace que una lágrima me baje por la mejilla y me la seco con una mano que no deja de temblarme.

—Sí, pasa.

Mi amiga abre y cierra la puerta con su habitual delicadeza; comparada con ella, me siento torpe y enorme.

Yo soy un roble, mientras que Amelia es una rosa inglesa.

Viene hacia la cama y se sienta a mi lado, apartando con cuidado la falda para no arrugarla.

—¿Te encuentras bien? —Me coge la mano y me estrecha los dedos un segundo —. Me ha parecido que tardabas demasiado y he empezado a preocuparme.

—No sé si puedo hacerlo, Amelia —confieso, con otra lágrima cayendo sin disimulo alguno.

Ella me mira y anticipo que me dirá que por supuesto que puedo, que sólo estoy nerviosa, pero se pone en pie, se dirige al armario y empieza a sacar mis cosas.

—Pues nos vamos, no se hable más —me dice, dándome la espalda.

—¿Irnos? No podemos irnos.

Se da la vuelta despacio y me mira con una media sonrisa. Si no fuese mi mejor amiga, la mataría ahora mismo.

—Te odio —mascullo.

—Dime una cosa, Marina. —Vuelve a sentarse en la cama como si no hubiera pasado nada. En el suelo ha quedado mi bolsa de viaje de cuero marrón y el jersey de

lana negra que llevaba ayer—. ¿De qué tienes miedo?

—De no ser suficiente.

—Oh, cielo, eso es imposible —me asegura, abrazándome—. Y lo sabes perfectamente.

—¿Cómo lo sé? —balbuceo, intentando no llorar demasiado.

Amelia me suelta y saca un pañuelo de papel de la caja que yo antes he dejado en la banqueta que está a los pies de la cama. Me lo da para que me seque y vuelve a sonreírme.

—Cuéntame cómo habéis llegado hasta aquí —me pide.

La miro horrorizada.

—¿Ahora? ¿Acaso te has vuelto loca? Me estoy planteando si esta boda es una locura, ¿y tú quieres que te cuente cómo he llegado hasta aquí?

—Cuéntamelo —insiste y se quita los zapatos de tacón, que caen al suelo—. Tranquila, nadie se va a ir a ninguna parte. —Se echa hacia atrás en la cama y se apoya sentada en los cojines—. Ya vendrán a buscarnos cuando nos echen de menos. Vamos, empieza por el día en que conociste a Rafferty.

Se me acelera el corazón y empiezo mi historia.

Londres, unos meses antes

A pesar de que he nacido en Londres y de que me he criado en Inglaterra, para todos mis amigos siempre seré la italiana. Mi inglés es perfecto, obviamente, conozco los barrios de la ciudad casi mejor que cualquier taxista y puedo recitar partes enteras de *Romeo y Julieta* (en inglés y no en italiano). Sin embargo, siempre que mis amigos me presentan a alguien, lo hacen con alguna referencia a Italia.

Sin duda, mi aspecto físico tiene gran parte de culpa; siempre estoy morena y tengo los ojos y el pelo más negros que las alas de los cuervos que vigilan la Torre de Londres, además de demasiadas curvas y la afición necesaria a la pasta para conservarlas.

Años atrás, cuando conocí a Amelia, mi mejor amiga, en la cafetería de la facultad de Derecho, ella me dijo que estaba furiosa con el destino por haberla convertido en el estereotipo de la mujer inglesa, pues bien, yo, Marina Coffi, soy la viva imagen de la mujer italiana.

Aunque lo cierto es que aunque hubiese sido rubia, pálida y con los ojos azules, también se habría notado que provenía del Mediterráneo, de un lugar cálido y con carácter.

Mis padres se conocieron jóvenes y se trasladaron a Inglaterra por motivos de trabajo; los dos eran restauradores de arte. Supongo que podría haber nacido en cualquier parte del mundo, pero nací en Londres, igual que mis dos hermanos, aunque soy la única que sigue viviendo aquí. Sandro y Federico están en Italia, sus carreras profesionales, o tal vez un gen relacionado con la añoranza, los llevó allí, y el señor y la señora Coffi se han retirado a la propiedad que la familia paterna tiene en la Toscana, donde siguen viviendo la abuela y una tía.

No suelo echarlos de menos, considero que tengo demasiado trabajo, demasiados amigos y demasiados compromisos como para añorar a mi insistente familia, pero aprovecho todas las vacaciones que tengo para ir a visitarlos.

Precisamente hacía tres semanas que acababa de volver de allí y todavía me dolían los oídos de la cantidad de veces que mi abuela, mi tía, y todo el pueblo, me habían preguntado por qué no estaba casada. Mi peor error, pensé mientras cruzaba la calle, fue contestar la primera vez que no creo en el matrimonio; que es una institución retrógrada que sólo sirve para etiquetar un sistema de emparejamiento caduco.

En cuanto terminó de oír esa respuesta, mi tía me miró y me preguntó por qué no tengo novio. Entonces lo dejé por imposible y decidí excusarme con el trabajo. Lo que es parcialmente cierto. Trabajo en una ONG especializada en Derecho

medioambiental inglés, aunque también participamos en proyectos humanitarios de todo el mundo; siempre falta gente —y dinero— dispuesta a intervenir en algún conflicto.

Al terminar la carrera, estuve durante un tiempo en un gran bufete, pero no tardé en darme cuenta de que, si no me iba por voluntad propia, terminarían echándome; tengo demasiado carácter y carezco de la habilidad de morderme la lengua. Además, me revolvía las entrañas pasarme horas buscando el modo de que un multimillonario pudiese evadir más impuestos. En cambio, mi cargo en la ONG me va como anillo al dedo; allí puedo ejercer el Derecho, defender mis valores y dar rienda suelta a mi carácter si la ocasión lo propicia.

A pesar de los interrogatorios sobre mi aparente incapacidad para atraer y retener a un hombre, había disfrutado de las vacaciones y regresé a la ciudad inglesa con el espíritu renovado y más contenta de lo que me había ido, porque mi antigua mejor amiga de la universidad, Amelia Clark, iba a mudarse a mi piso y viviríamos juntas de nuevo.

No había conseguido que Amelia aceptase un puesto de trabajo en la ONG, porque había sido contratada por el bufete más prestigioso de la ciudad, Mercer & Bond, gracias a que la madre de Amelia es íntima de Patricia Mercer.

Yo sabía que mi amiga los dejaría boquiabiertos. En la universidad había sido brillante y también sabía que sentía la necesidad de anotarse esa clase de logro. Pero al cabo de un tiempo, cuando hubiese probado los sinsabores de los grandes bufetes, tal vez la convenciera de que viniese a trabajar conmigo.

Hacía ya más de un mes de la llegada de Amelia a Londres y yo me alegraba de haberla invitado a vivir en casa y compartir piso; su presencia me hacía sentirme menos sola y me había borrado de la cabeza todas las tonterías que me habían dicho durante mis vacaciones en Italia sobre que iba a morir sola o rodeada de gatos.

Yo no necesitaba un hombre a mi lado para ser feliz; lo había intentado y siempre me había salido mal. Ninguno había sido capaz de serme fiel y cuando el último, además de acostarse con una médica en el trabajo, tuvo el detalle de vaciarme la cuenta, decidí que nunca más. No volvería a cometer el mismo error, no entraría en otra relación creyendo que ésta tenía posibilidades de convertirse en una historia de amor. A partir de ese momento, pensé que cuando necesitase un hombre buscaría a uno con el que sólo tuviera que acostarme, o bien recurriría a uno que funcionase con pilas.

Estaba harta de que me utilizaran por mi cuerpo y que luego fuesen incapaces de respetarme lo suficiente como para no acostarse con otra. No tuve ningún trauma, ninguno de esos tipos infieles me había hecho nunca daño de ninguna clase, sencillamente, me cansé de pasar por idiota y de justificar que para mí la fidelidad tiene un valor. No quería que me regalasen un anillo en la primera cita, ni hacer ningún voto de castidad; lo único que quería era no encontrarme la ropa interior de otra mujer bajo el cojín del sofá de mi casa.

Dado que al parecer los hombres de mi entorno, y de los alrededores, carecían de dichos mínimos, me ponía a la defensiva cuando alguien flirteaba conmigo y hasta el momento había logrado mantener las distancias con todos los que lo había intentado.

Era sábado, Amelia y yo solíamos pasear por la mañana, ir al parque o a algún museo, y por la tarde descansábamos en el piso y nos preparábamos para la noche. O veíamos una película mientras compartíamos una pizza y una botella de vino. Pero ese sábado Amelia tenía una boda y yo lo destinaría a leer una buena novela o ir al teatro. Lo decidiría más tarde; de momento, estaba haciéndole compañía a Amelia e intentando tranquilizarla, ya que estaba muy nerviosa, porque sabía que a la boda también iba a asistir su ex prometido con su nueva pareja, mientras que ella iba a ir acompañada de un abogado al que había conocido en una exclusiva fiesta, semanas atrás.

Me alegraba mucho de que estuviese rehaciendo su vida con tanta facilidad y aunque Amelia insistía en que no se sentía atraída por su acompañante, yo esperaba que cambiase de opinión. Hasta que lo conocí.

Estaba en el dormitorio de ella, repitiéndole que estaba perfecta, cuando sonó el timbre. Yo, que llevaba vaqueros y una camiseta, fui a abrir. Esperaba encontrarme a un hombre atractivo y elegantemente vestido.

Amelia me había contado que la noche que lo conoció él iba disfrazado de El Zorro y el contraste entre la máscara negra con sus ojos azules y con el pelo rubio le había resultado cautivador. Por tanto, esperaba ver a alguien atractivo, de aspecto relativamente aristocrático, pero lo que descubrí al abrir la puerta fue a un hombre de mirada dura y misteriosa, con un cuerpo que parecía esculpido en mármol y con una fuerza interior tan grande que casi resultaba palpable.

Me sentí tan atraída por él tan de repente que me faltó la respiración.

Cuando la recuperé, el corazón me latió tan rápido que pensé que tendría que recogerlo del suelo.

—Hola, soy Rafferty Jones —se presentó él.

La voz sólo empeoró la situación, pues la sentí recorriéndome la curva del codo, el recoveco de la oreja.

Un sinfín de reacciones demasiado intensas e inexplicables que nunca había sentido ante nadie.

—Adelante. Yo soy Marina Coffi, la compañera de piso de Amelia.

Me aparté de la puerta para dejarlo entrar y él se detuvo un segundo ante mí, aunque después reanudó la marcha sin decirme nada. Sin embargo, un hilo de atracción había aparecido entre nosotros y nos estaba envolviendo sin control.

Rafferty se detuvo educadamente frente a la mesa del comedor y se volvió hacia mí, no disimuló que su mirada se perdía fascinada en mi cuerpo y los ojos azules se oscurecieron hasta convertirse en sombríos océanos.

Se me encogió el estómago y tuve que morderme el labio inferior para no humedecérmelo con la lengua.

Jamás una mirada me había afectado tanto y era injusto que su dueño fuese el hombre que casi con toda seguridad iba a enamorarse de mi mejor amiga en cuestión de días.

Sacudí la cabeza y me dije que no tenía derecho a envidiar la felicidad de Amelia, y que yo, aunque todavía no podía explicar lo que me estaba sucediendo con Rafferty Jones, no quería meterme en ninguna relación.

Ella salió entonces, impecablemente vestida para la boda, y yo sonreí y me olvidé durante un segundo del calor que me recorría y presionaba el pecho. Amelia estaba guapísima y también muy nerviosa. Después de todo lo que le había sucedido, se merecía que un hombre tan brutalmente atractivo como Rafferty Jones se interesase por ella.

Los observé mientras se saludaban y vi, confusa, que entre los dos no saltaba ninguna chispa. Cualquiera mujer puede detectar la atracción, el deseo, o incluso el interés que flota entre una pareja en la que se sienten atraídos el uno por el otro. Entre Amelia y Rafferty no había nada, quizá el principio de una bonita amistad y algo de cariño fraternal. O tal vez eran imaginaciones mías, invenciones porque no quería que mi amiga pudiese pasar los dedos por el espeso pelo rubio que asemejaba a Rafferty al monarca de los felinos.

—¿Y usted, señorita Coffi, cómo pasará el sábado?

La voz de él me erizó la piel igual que unos segundos antes y esta vez sí que me lamí el labio antes de contestarle. Él lo vio y entrecerró los ojos.

—Probablemente me quedaré en casa. Todavía no lo he decidido.

—Creía que esta noche ibas a salir —me dijo Amelia, cogiendo el bolso.

Rafferty mantuvo los ojos fijos en los míos. Podía sentir lo pendiente que estaba de mi respuesta.

—No, me quedaré en casa —contesté, sosteniéndole a él la mirada.

Era un reto, no sabía por qué, pero lo era, y quería superarlo.

Rafferty soltó muy despacio el aliento entre los dientes y flexionó los dedos de la mano derecha. El gesto sólo lo vi yo, porque Amelia se estaba retocando el pintalabios. Si hubiese podido reaccionar, le habría dicho algo a ella, pero cuando logré abrirme paso entre aquella extraña bruma de deseo que había tejido mi mirada con la de él, mi amiga y su acompañante ya habían partido hacia la boda.

Me pasé el día en el piso, disfrazando de mal humor lo que en realidad eran nervios y aprensión. A pesar de que las horas avanzaban, todavía podía sentir aquellos ojos azules en los míos y la tensión que había desprendido su cuerpo al pasar a mi lado.

Cuando Amelia volvió al anochecer, yo seguía en el sofá, intentando olvidarme de las reacciones que me había provocado Rafferty Jones. Ella se sentó un instante, con cara de cansancio y de cierta satisfacción. Fuera lo que fuese lo que había sucedido en esa boda, había valido la pena que asistiera y que se encontrase con su ex prometido. Seguro que iba a explicármelo.

—Rafferty me ha pedido tu número —fue lo que me dijo Amelia—. Te llamará.

—¿Qué?

—Y tú vas a quedar con él —afirmó levantándose.

—No digas tonterías, Amelia...

—Vas a quedar con él y no se hable más. Desde que he vuelto no dejas de repetirme que tengo que salir más, que tengo que atreverme a rehacer mi vida y conocer gente nueva. Pero tú te niegas a hacer lo mismo.

—No es verdad. Yo siempre estoy con gente, tengo muchos amigos.

—No, Marina. —Amelia caminó hacia su dormitorio—. Tienes muchos conocidos, y siempre estás con gente porque no te gusta estar sola. —Abrió la puerta—. Y porque así, rodeada por tu especie de club de fans, nadie puede acercarse a ti.

—¡Yo no tengo un club de fans!

—Pues entonces atrévete a salir sola con Rafferty cuando te llame, no te ocultes en medio de la manada, señorita Coffi.

—Mira, si te ha sentado mal ver a tu ex prometido, yo no tengo la culpa. —Me crucé de brazos a la defensiva—. Creía que te iría bien, que era una buena idea.

—Y tenías razón. Me ha ido muy bien, por eso voy a devolverte el favor. —Amelia se quitó los zapatos—. Vas a salir con Rafferty. Buenas noches.

—Buenas noches —farfullé, a pesar de que mi compañera de piso ya había cerrado la puerta del dormitorio.

No fui detrás de Amelia, pero no fue sólo porque noté que ella quería estar sola, sino porque el alivio que había sentido al oírle decir que Rafferty le había pedido mi número de teléfono me impedía moverme. Me gustaba creer que si me hubiese dicho que él la había besado o que la había invitado a salir otro día habría sido capaz de alegrarme, pero no hubiera sido así.

Intenté concentrarme de nuevo en la novela que había estado abriendo y cerrando todo el día, pero fue en vano y la dejé sobre el sofá, apoyada encima de un cojín de estampado floral que me encantaba. Amelia había dicho que me rodeaba de gente para no estar sola y para evitar que alguien pudiese acercarse demasiado. A ella se lo había negado, pero a mí no podía negármelo; era lo que hacía.

Igual que las gacelas que forman un círculo alrededor de las más pequeñas para protegerlas y evitar que un león pueda acceder a ellas, desde mi último fiasco había optado por salir con mis amigas, un grupo bastante ecléctico de chicas, y por retirarme, al menos durante un tiempo, del juego de la seducción. Al parecer no sabía jugarlo y estaba harta de que me hiciesen trampas.

Sin embargo, tenía la sensación de que me faltaba algo, una conexión más profunda con otra persona. Hacía meses que sentía un nudo en el estómago y no lograba entender a qué se debía. ¿Cómo podía echar de menos algo que no había tenido nunca?

No lo sabía, pero cuando vi a Rafferty Jones por primera vez, sentí que lo había encontrado, o que estaba a punto de hacerlo. Por un instante, el corazón se ensanchó en mi pecho y pensé: «Por fin, por fin estás aquí».

Era completamente absurdo y, por lo que sabía de Rafferty, era la clase de hombre que me causaría una decepción más. Pertenecía a una rica familia londinense; su madre era una famosa actriz de teatro ya retirada y su padre, el propietario del *The Financial Post*, el periódico financiero británico por excelencia. Los Jones no solían aparecer en la prensa y no eran de ese tipo de famosos que necesitan ser reconocidos. Ellos tenían poder y eran muy discretos, casi invisibles, pero era imposible vivir en Londres y no haber oído hablar del guapísimo, seductor y triunfador Rafferty Jones.

Éste era rubio y de ojos azules, tan oscuros que a veces parecían casi negros. Poseía un físico imponente gracias a su afición por los deportes, en especial el remo, en el que había llegado a convertirse en capitán de su equipo universitario. Amelia lo había conocido en una gala benéfica organizada por varios bufetes de la ciudad, entre ellos Mercer & Bond, donde ella trabajaba.

Yo también había recibido una invitación —a los abogados de las ONG nos consideran una excentricidad, pero nos invitan a esa clase de actos porque «quedamos

bien»—, pero no fui. Mejor, porque si hubiese visto a Rafferty vestido de El Zorro, creo que me habría desmayado en medio de la fiesta. Esa vez, igual que aquella misma noche, Amelia tampoco se fue con Rafferty.

Quizá era verdad que entre ellos no había ninguna clase de atracción, pero eso no significaba que a él le interesase yo. O que yo fuese capaz de arriesgarme a averiguar si así era.

Negué con la cabeza y me reñí por darle tantas vueltas a algo tan insignificante. Lo único que había sucedido era que un hombre muy atractivo había venido a nuestra casa a buscar a Amelia para acompañarla a una boda y me había mirado a los ojos unos segundos. Nada más. El resto, fuera lo que fuese, quizá sólo lo había sentido yo.

Me levanté del sofá y me dirigí a la lámpara de pie para apagarla.

Había alquilado ese apartamento por el jardín interior. Esa clase de espacios verdes eran tesoros escondidos en algunos edificios de Londres y cuando encontré el mío fui incapaz de dejarlo escapar. Se accedía a él desde la puertaventana que me quedaba a la espalda, en el salón, y también desde mi dormitorio, que estaba justo al lado.

Del salón salía un pasillo con tres puertas: la de la cocina, la del cuarto de baño y la de la habitación que ahora ocupaba Amelia y que antes había sido una leonera.

La lámpara de pie que había junto al sofá me había estado haciendo compañía en mis divagaciones y había llegado el momento de darle un descanso. Con la estancia a oscuras, entre las cortinas, que seguían medio abiertas, veía la luna y el verde de las plantas del jardín.

El silencio era tal que me sobresalté cuando el móvil vibró encima de la mesa de centro, desordenada y llena de papeles. Me acerqué de inmediato y contesté con el corazón encogido al ver que no conocía el número. Tener a toda mi familia en otro país hacía que las llamadas a horas intempestivas no me gustasen y que no me plantease siquiera la posibilidad de no contestar.

—¿Diga?

—Soy yo, Raff. —Suspiré y el nudo del estómago cambió de significado—. Quería oír tu voz.

Los segundos de silencio se alargaron.

—Es tarde.

—Lo sé. —Me lo imaginé sonriendo—. Lo siento, quería saber cómo has pasado el sábado. No, no es cierto —se corrigió—: Quería saber si tú también lo has sentido.

Tuve que tragar saliva para contestar y al humedecerme los labios noté que estaba nerviosa.

—¿El qué?

Oí su respiración levemente entrecortada y al descubrir esa pequeña muestra de nerviosismo, me di cuenta de que la situación también era inusual e inexplicable para él.

—Tú y yo —dijo—. Dime que has sentido que tenemos que tocarnos la piel.

No estaba preparada para un hombre como Rafferty, la prueba de ello acababa de ser susurrada a mi oído con voz ronca y me estaba recorriendo el cuerpo lentamente.

Tendría que haberle colgado o reírme de él por su presunción y arrogancia. Sin embargo, apreté el teléfono para contener el cosquilleo que sentía en los dedos, de las ganas que tenía de hacer precisamente lo que Rafferty había sugerido: tocarle la piel.

—Marina... —pronunció mi nombre por primera vez.

No, no iba a colgarle.

—Lo he sentido. —Confesé el secreto con el tono que correspondía.

Su alivio me acarició la oreja y me aceleró de nuevo el corazón.

—Me gustaría verte mañana. No quiero esperar a que pasen unos días para llamarte. No se me dan bien esta clase de juegos —añadió, empeorando mis nervios.

—No has esperado para llamarme y creo que se te dan muy bien esta clase de juegos...

—Sé seducir a las mujeres —me interrumpió algo brusco—. Sé que poseo el atractivo necesario para conseguir a quien quiera. Y lo utilizo. Se me da bien, muy bien. Sé jugar ese juego a la perfección, inventar nuevas reglas y cambiarlas. Pero el modo en que nos hemos mirado esta tarde tú y yo no ha sido nada de eso.

—Tal vez no deba fiarme de un hombre que reconoce que es un gran jugador.

—Tal vez. Iré a buscarte mañana a las once de la mañana. Buenas noches, Marina.

Me colgó y me quedé mirando el teléfono, la luz de la pantalla todavía no se había apagado. Lo dejé cargándose y fui al dormitorio. La conversación había sido breve y me había dejado más confusa que antes, pero oír la voz de Rafferty me había confirmado que ese hombre, ese desconocido, me afectaba de un modo intenso e inexplicable.

Podía negarme a salir con él. Podía llamarlo y anular la cita que prácticamente me había impuesto. No lo hice.

Me acosté e intenté recordar la última vez que alguien me había hecho sentir así, pero no lo conseguí. Por más que me esforcé, me resultó imposible dar con algún recuerdo en el que un hombre me hubiese hecho sentir que era el centro absoluto de su atención, como si supiera incluso antes que yo cuándo iba a respirar o si iba a latirme fuerte el corazón.

Apreté los párpados con fuerza para alejar de mí la sensación de su mirada y su voz y pensé en la casa de mi familia en Italia. De inmediato, me imaginé a Rafferty en ella y entonces supe que, aunque estuviese jugando conmigo, al día siguiente a las once estaría lista para salir con él.

Me dormí en aquel preciso instante.

A la mañana siguiente, me desperté con la clase de nervios que se sienten antes de iniciar un viaje o de mudarte a una casa mejor. Notaba el estómago encogido y me temblaban las manos, pero al mismo tiempo tenía una sonrisa fija en los labios. Estaba ilusionada. Las cosas podían salir muy mal con Rafferty; él probablemente

podía romperme el corazón de maneras inimaginables, pero existía la posibilidad de que no lo hiciera, de que me mirase de nuevo igual que el día anterior. O de que no lo hiciese y no volviese a verlo nunca más.

Fuera como fuese, esa mañana iba a verlo.

El timbre del apartamento sonó unos minutos antes de las once y cuando oí a Rafferty por el interfono, cogí mis cosas y fui a su encuentro. No quise que subiera, porque Amelia todavía estaba durmiendo, y porque no sabía si estaba lista para quedarme a solas con él en mi pequeño salón. Si las cosas salían mal y yo no lograba mantener mis sentimientos a salvo, me costaría mucho volver a estar allí tranquila.

Bajé por la escalera, estaba demasiado impaciente para esperar el ascensor, y cuando abrí la puerta lo vi apoyado indolentemente en una moto. El día anterior, con traje negro a punto de acompañar a Amelia a la boda de su compañera de trabajo, estaba imponente, pero esa mañana, con vaqueros, cazadora gastada de cuero marrón, sin afeitarse y con su pelo rubio despeinado por el casco, me robó la capacidad de hablar, de pensar y de respirar.

—Buenos días, Marina.

Descruzó los brazos, se quitó las gafas de sol y se acercó a mí.

Ver sus ojos empeoró mi estado y tuve que apoyarme con una mano en la pared del edificio. No tenía ninguna posibilidad de salir indemne de un encuentro con ese hombre. Incluso el modo en que pronunciaba mi nombre me hacía temblar.

—Buenos días —le contesté.

Estaba frente a mí, con las gafas de sol colgándole del cuello de la camiseta. Levantó una mano y me acarició la mejilla con dos dedos. Empezó en el pómulos y terminó en la barbilla. Noté que aguantaba la respiración, los dos lo hicimos, y después dio un paso atrás.

—Quiero llevarte a mi casa. Quiero averiguar por qué me has hecho reaccionar de esta manera.

—¿De qué manera? —le pregunté confusa. La parte de ir a su casa sorprendentemente no fue la que me llamó la atención.

Rafferty no me contestó, cogió un segundo casco que yo no había visto hasta entonces y me lo puso en las manos.

—Lo he comprado esta mañana.

Yo ni siquiera había formulado la pregunta, aunque sin duda se la habría hecho si hubiese sido capaz de deshacer el nudo de celos y rabia que se me había formado en la garganta. Él volvió a coger el casco, probablemente porque yo no hacía nada con él, y me lo puso con cuidado. Ató el cierre bajo mi mentón y, al hacerlo, me acarició suavemente la piel.

Solté despacio el aliento entre los dientes y vi que sus ojos estaban fijos en mis labios. Por un segundo pensé que me besaría. Deseé que lo hiciera a pesar de que estábamos en medio de la calle y de que apenas nos conocíamos, pero se apartó y fue por su casco.

Parpadeé confusa, un poco avergonzada por haber malinterpretado la situación, hasta que vi que él flexionaba los dedos de las manos y que le temblaban mientras se abrochaba la hebilla bajo el mentón. Después respiró hondo y se sentó a horcajadas en la moto, que era de un resplandeciente color negro, aunque las salpicaduras de barro y algún que otro arañazo evidenciaban que la utilizaba con regularidad. Colocó la llave y me tendió una mano. Se la cogí sin pensarlo, casi hipnotizada, y monté detrás de él.

—Sujétate —me dijo, colocándome la mano en su cintura.

Y así lo hice.

Rafferty puso en marcha el motor, que vibraba mientras yo sentía sus abdominales contrayéndose bajo mis dedos entrelazados. No sabía adónde me llevaba, y no me importaba, por primera vez en toda mi vida no tuve la sensación de que tenía que controlarlo todo y me dejé llevar. Ladeé la cabeza y apoyé el lateral de mi casco en la espalda de Rafferty. Noté que él soltaba el aliento y le cambiaba la respiración. Cerré los ojos y me perdí en los sonidos de su cuerpo.

Amelia había acertado al decir que me escondía entre mi grupo de amigos y que me daba miedo la intimidad. En realidad, se había quedado corta. Me aterrorizaba. Sin embargo, subida en aquella moto, confié en Rafferty. No podía evitarlo. Había algo en él que me decía que era distinto, que me entendería, que no se dejaría engañar por mi aspecto exterior, por la fachada alegre y despreocupada que siempre ofrezco al resto del mundo y que me vería como soy en realidad. Y que yo le entendería también.

Dejé de cuestionarme si me estaba precipitando o si estaba cometiendo un grave error y disfruté de la sensación de tener los brazos alrededor del torso de aquel hombre que con tan sólo mirarme me había cautivado.

Con suma pericia, condujo su moto por las calles de Londres; no era temerario y en ningún momento me puso en peligro. Sus movimientos eran seguros y el modo en que apretaba y aflojaba los brazos me llevó a preguntarme qué se sentiría estando entre ellos.

Supe que nos habíamos detenido porque cesó el ruido y, al abrir los ojos, vi unos árboles a mi alrededor.

No me había dado cuenta de que los había cerrado.

Rafferty desmontó primero y se quitó el casco, que dejó en el suelo, junto a la rueda. Se pasó las manos por el pelo y soltó el aliento despacio al acercarse a mí. Me ayudó a bajar cogiéndome por la cintura y cuando mis pies tocaron el suelo, se colocó tan cerca que sus muslos tocaron los míos a través de sus vaqueros y mis medias color negro.

Esa mañana había elegido un vestido color granate con un estampado de Liberty, que complementaba con una cazadora de cuero negro y botas hasta la rodilla. Sentí sus manos buscando el cierre del casco y, tras presionarlo, me lo quitó y lo dejó también en el suelo sin demasiado reparo.

Me apartó el pelo con manos firmes y me sujetó la cara entre ellas. Sus pulgares me rozaron los pómulos, mientras con los dedos meñique me acariciaba la piel justo por debajo de las orejas.

—Voy a besarte.

No tuve tiempo de asentir.

La boca de Rafferty devoró la mía y un rugido casi animal salió de su garganta y se metió en la mía. Me mordió, creo que sin querer, pero cuando me pasó la lengua por la herida del labio, lo hizo con fuerza y determinación. Fue un beso muy posesivo, no apartó las manos de mi rostro y, con los labios y la lengua separó los míos y me enseñó cómo quería que lo besase.

Yo temblé y si él no se hubiese estremecido también, tal vez me habría sorprendido mi reacción, pero Rafferty seguía devorándome, moviendo la lengua y la boca en busca de la mía, ansiándola. Levanté las manos, que hasta entonces había tenido encima de la moto, a mi espalda, y las puse sobre su torso. Él separó más los labios y me besó más profundamente; sentí que me estaba enseñando lo que necesitaba.

Saberlo, entender que por su parte también estaba aturdido por el encuentro, me llevó a besarlo con más fuerza, a intentar tomar las riendas del beso aunque fuese sólo un segundo y, sujetándolo de la cazadora, tiré de él hacia mí. Moví la lengua por el interior de su boca, buscando los gemidos roncós que huían de su garganta, y con los labios intenté dominar los suyos, que sin duda eran indomables.

Lo mordí, fue también sin querer, y él se tensó, y si nuestras bocas no hubiesen estado pegadas, lo habría oído gemir. Y Rafferty a mí también. Separó los dedos sobre mi rostro y cambió el beso, hasta que comprendí que nunca más podría besar a nadie sin pensar en él.

A partir de entonces, Rafferty Jones sería el propietario de mis labios.

—Dime que pare —dijo con voz ronca, mordiéndome el cuello.

—No pares.

Me lamió la zona que me había mordido y me estremecí.

—Estamos en un parque y quiero arrancarte la ropa y poseerte. —Volvió a besarme en los labios—. Aquí mismo. Ahora mismo.

—Sí.

—No.

Me soltó tan rápido, que si no hubiese tenido la moto a mi espalda, me habría caído al suelo. Él, que estaba a medio metro, lo vio y me miró consternado.

—Lo siento —farfulló—, pero si vuelvo a tocarte te arrancaré la ropa de verdad y te follaré encima de la moto. Y me dará igual que nos vea medio Londres.

Su lenguaje estaba acorde con el temblor de sus manos y el subir y bajar acelerado de su pecho, pero no con la imagen de casi aristócrata del día anterior. Quizá si esa frase me la hubiese dicho otro, me habría ofendido, pero dicha con su voz, recorriéndome con su mirada, no lo hizo. La sentí como un beso más, como otra

caricia, una seducción a la que no sabía si podía resistirme.

—¿Dónde estamos? —le pregunté tras asentir.

Rafferty se quedó en silencio unos segundos, caminó hasta un árbol y dejó vagar la vista por el horizonte. Echó los hombros hacia atrás varias veces, como si soportase un peso que iba mucho más allá de lo físico. Pensé en acercarme, aunque algo me decía que ninguno de los dos estábamos listos para tener la clase de conversación que a él le rondaba por la cabeza. Así que me quedé donde estaba hasta que se dio media vuelta y, con una mirada distinta a la de antes, volvió hacia mí.

Seguía mirándome con deseo y sus labios seguían húmedos de nuestros besos; sin embargo, en sus ojos había restos del conflicto que había estado intentando resolver sin éxito. No sabía cuál era y él no iba a decírmelo.

—En Regent's Park.

Tardé unos segundos en comprender que estaba contestando a mi pregunta de antes. Miré alrededor y me aparté de la motocicleta.

—Es precioso, hacía años que no venía por aquí.

Rafferty se movió y guardó los cascos. Esos minutos que pasó ocupándose de la tarea le permitieron recuperar una calma que a mí seguía eludiéndome, y cuando volvió a mi lado y me ofreció la mano para pasear, pensé que me estaba ocultando algo y quise quejarme.

Ese hombre más despreocupado y distante era igual de atractivo que el anterior, pero yo prefería al complejo, al que había temblado después de besarme y había gemido al mordirme. El que no tenía miedo de la pasión y me obligaba a ser atrevida y reconocer mis sentimientos.

—¿Vamos? He pensado que podríamos dar un paseo.

Acepté el paseo y la conversación y cuando me llevó de vuelta a casa, volvió a besarme. Pero igual que en el parque, cuando se apartó noté que volvía a contenerse, a censurarse. Creo que lo noté porque eso era exactamente lo que yo hacía siempre.

Pero si no iba a contenerme con él, si yo iba a arriesgarme, quería que Rafferty hiciera lo mismo. Iba a exigirselo. No sabía cómo, por supuesto, pero no iba a permitir que se fuese de allí de esa manera.

—¿Rafferty?

Me miró levantando una ceja y antes de que pudiese preguntarme qué sucedía, o de perder el valor, lo sujeté de la cazadora y tiré de él. Estábamos en la verja de la calle, porque había rehusado subir diciendo que tenía trabajo pendiente, y lo empujé contra la reja de metal negro. Los barrotes se le clavaron en la espalda, pero en cuanto mis labios se posaron en los suyos y empecé a besarlo con toda la pasión que me despertaba, él me sujetó por la cintura y me llevó hasta la pared de enfrente, donde me encerró prisionera entre sus brazos.

El cambio, comparado con el beso casi dulce y cortés de antes, fue tan brutal que me temblaron las rodillas. Rafferty se pegó a mí, sus labios me dejaron claro que aquel beso le pertenecía y el calor que desprendía su cuerpo me quemó.

—Ven mañana a mi casa. —Interrumpió el beso y apoyó su frente en la mía, mientras con una mano me seguía sujetando la cintura—. A las siete.

—Antes me has besado como si no quisieras volver a verme nunca más —me quejé.

Agachó la cabeza, atrapó mi labio inferior entre los dientes y pegó sus caderas a las mías para que sintiese su erección.

—Mañana. En mi casa. A las siete. Ven.

—De acuerdo.

Me dio un último beso, carnal y sensual como el anterior, y cuando me soltó se alejó de allí como si realmente se estuviese planteando la posibilidad de arrancarme la ropa en la verja de la calle. Yo me quedé inmóvil y tuve que oír el sonido del motor de la moto para comprender que se había ido. Me sonrojé al recordar cómo me había comportado; prácticamente me había echado encima de él.

Sonreí a pesar de la vergüenza. Me sentía maravillosamente por haber encontrado el valor de hacerlo.

El lunes intenté trabajar y no pensar obsesivamente en Rafferty, pero las miradas de complicidad de Amelia, que no dejaba de recordarme todas las frases que yo le había dicho a ella acerca de arriesgarse con sus sentimientos, no ayudaron demasiado.

Además, todavía sentía el sabor de sus besos en mis labios. Sabía que era imposible, o eso pensaba, pero seguía sintiendo la presión de su boca en la mía y el tacto de su cazadora había quedado para siempre grabado en la yema de mis dedos. No era algo sólo físico, lo que complicaba mucho más las cosas y conllevaba un riesgo mucho mayor para mi corazón.

A lo largo de la mañana también había recordado el sonido de su risa, que se le había escapado en un par de ocasiones durante el paseo por el parque, y el modo en que había esquivado mis preguntas acerca de su época universitaria. No había tenido ningún apuro en hablar de su trabajo como abogado, ni tampoco de la cordial, aunque algo distante, relación que mantenía con sus padres, pero se las había ingeniado para no contestar nada que tuviese remotamente que ver con sus años de Oxford.

Intenté no sentirme molesta, al fin y al cabo, era la primera vez que hablábamos y yo tampoco le había contado todos mis secretos, pero tenía la sensación de que los suyos eran más oscuros y complicados que los míos.

Yo sólo tenía miedo de las relaciones serias y de que alguien se acercase demasiado a mí.

Lo de Rafferty parecía más profundo, más doloroso, y a lo largo de la mañana pensé que cuando lo averiguase haría lo que fuera para ayudarlo y para evitar que volviesen a hacerle daño. Esa reacción me sobresaltó, pero pensé que encajaba a la perfección con los sentimientos que Rafferty estaba provocando en mí. Era confuso y maravilloso y no podía esperar a verlo.

Sabía su dirección porque él me la había mandado la noche anterior por teléfono, junto con el ofrecimiento de pasar a recogerme, pero lo rechacé, porque me apetecía

llegar sola a su casa. Yo nunca antes había sentido esa clase de nervios, la anticipación de la que todas mis amigas habían hablado durante años. Me sentía increíble por comprender por fin qué era eso de «tener tantas ganas de ver a alguien que te arrancarías la piel» y quería seguir saboreándolo.

Salí del trabajo un poco antes y fui a casa a cambiarme. Me puse uno de mis vestidos preferido, las botas y me maquillé un poco. Me cepillé el pelo y me lo dejé suelto, luego cogí la misma cazadora que el día anterior y bajé a la calle para buscar un taxi.

Durante el trayecto hasta su domicilio, me lo imaginé igual que el domingo, sin afeitarse y con el pelo rubio despeinado. Recordé el beso que me dio en la verja y el modo en que echó los hombros hacia atrás al alejarse. Se me aceleró el pulso y me obligué a respirar hondo y a tranquilizarme. No podía llegar allí temblando como una hoja.

El taxista se detuvo frente a una casa y me costó un poco conciliar esa construcción de ladrillo blanco con la moto negra y la cazadora de cuero marrón, hasta que comprendí que Rafferty Jones poseía muchas más capas de las que yo lograría imaginarme nunca.

Y bajé del vehículo ansiosa por descubrirlas todas.

Llamé al timbre y esperé. Del interior de la casa salía una melodía de jazz tocado con saxofón que me hizo sonreír.

«Una capa más».

Rafferty abrió la puerta cuando la voz ronca y sensual de la cantante invitaba a su amante a rendirse a ella.

—Hola.

Lo miré y lo primero que vi fue que seguía sin afeitarse, la incipiente barba era más espesa que el día anterior. Lo segundo, que del cinturón del pantalón le colgaba un trapo de cocina blanco.

Sonreí de nuevo. Él me cogió por la cintura, tiró de mí, porque al parecer yo había decidido dejar de caminar, y me besó apoyándose la espalda contra la puerta y cerrándola al mismo tiempo. Me apretó la cadera izquierda mientras con la mano derecha me sujetaba la cabeza. Me besó despacio, separándose los labios con la lengua, moviéndola poco a poco hacia el interior de mi boca, dejando que sintiese su aliento y deslizándose lentamente dentro de mí.

Pegó su pelvis a la mía y me temblaron las piernas justo cuando el beso aumentó de intensidad. Levanté las manos para abrazarlo, porque quería averiguar si mi presencia le estaba afectando tanto como a mí la suya, y cuando las coloqué encima de su camisa blanca, noté que sus músculos se contraían y que un ronquido se abría paso por debajo de la piel.

Rafferty movió los labios con determinación, con derecho a estar encima de los míos, y cuando suspiré, se apartó sin soltarme.

Sólo entonces oí un leve pitido.

—Es la cena —me explicó, al ver que lo miraba aturdida.

Me soltó y, entrelazando sus dedos con los míos, me llevó hasta la cocina más espaciosa que había visto nunca y que seguramente haría las delicias de mis tías y abuelas.

Y que, evidentemente, consideré otro misterio más de Rafferty Jones. ¿Cuántos motoristas abogados son además aficionados a la cocina? Y eso era lo que conocía de momento de él, porque algo me decía que esas facetas sólo arañaban la superficie.

Rafferty había preparado la mesa allí, en la cocina.

En una especie de barra americana había dos copas de vino, dos juegos de cubiertos y dos servilletas perfectamente dobladas.

—Espero que te guste el pescado.

Me soltó la mano para tirar del trapo blanco y sacar del horno una bandeja que olía a las mil maravillas. Lo observé mientras servía dos raciones que eran tan

perfectas que podrían haber sido cocinadas por un chef profesional. Cuando lo vi moverse, reaccioné y me acerqué a ayudarlo.

—Sí, me encanta. Huele muy bien.

Rafferty me sonrió y me invitó a sentarme. Comimos con la música de jazz sonando de fondo. Deduje que el aparato del que procedía estaba en algún rincón del magnífico salón por el que había pasado antes y en el que no me había fijado y estuve a punto de pellizcarme para asegurarme de que no estaba soñando.

—¿Nunca te has planteado irte a Italia con tu familia?

—No, de momento no. Voy muy a menudo de vacaciones, a veces incluso aprovecho algún fin de semana para ir a visitarlos y desconectar —le expliqué, tras beber un poco de vino—. Y si sucede algo, puedo llegar en unas horas. Londres es mi hogar y me gusta la vida que llevo aquí.

—Tú trabajo en la ONG suena fascinante.

—No creas —le sonreí—. ¿Y tú? ¿Por qué estudiaste Derecho y no periodismo?

Se levantó y fue por otra botella de vino. Se movía por la cocina como alguien acostumbrado a estar allí, conocía a la perfección cada rincón y sabía dónde estaban las cosas. Tuve la certeza de que a Rafferty de verdad le gustaba esa parte de su casa y que esa cena también había sido especial para él.

—¿Lo dices por mi padre? —se burló mientras la descorchaba.

—Claro.

—Nunca me ha llamado la atención el periodismo.

Bueno, miento —se corrigió—, tal vez me habría gustado si mi padre no fuese quien es.

—¿Quieres decir el propietario del periódico financiero más leído de Inglaterra y un periodista de prestigio?

—Sí, exactamente. —Se sentó y llenó las copas—. Me gusta la relación que tengo con él, siempre me ha gustado, pero es muy... competitivo. Y yo también, supongo. Pensé que estudiar algo distinto y ajeno a lo suyo sería lo más sensato —concluyó.

—Supongo que tiene sentido. ¿Por qué Derecho?

—Porque es un rompecabezas con el que puedes construir prácticamente lo que quieras.

—Jamás lo había visto así.

Rafferty se encogió de hombros y volvió a levantarse para llevar los platos a la encimera.

—Estudié en Oxford, allí fue donde Daniel Bond y yo nos hicimos amigos, y luego trabajé cuatro años en París antes de instalarme definitivamente en Londres. Me gusta mi trabajo y, como has dicho tú antes, me gusta mi vida aquí.

La mención de Daniel, el jefe de Amelia, fue el único detalle personal que logré averiguar sobre su vida universitaria, aunque no tuvo inconveniente en hablar de su vida en París, al menos de su vida profesional. De la personal supe que había vivido en un piso con unas vistas espectaculares y poco más.

Yo le conté que hacía pocas semanas que había vuelto de Italia de visitar a mis padres y que en esas mismas fechas Amelia y yo habíamos empezado a compartir piso. Él ya conocía los motivos que habían llevado a mi mejor amiga a mudarse a la ciudad, así que no se los conté. No me sentía cómoda hablando con Rafferty de otra mujer.

Tras la cena, y después de que yo insistiera pero él se negara a aceptar mi ayuda para recoger la cocina, me senté en un sofá color granate del salón, que, para mi asombro, estaba colocado frente a un ventanal que daba a un jardín interior. El mío era ridículo en comparación, mi pequeño piso era ridículo en comparación.

—Tienes una casa preciosa —le dije algo nerviosa.

Tener la comida entre los dos me había protegido durante la cena, pero en ese momento me sentía indefensa.

Rafferty salió de la cocina y apagó la luz de la misma, dejando el comedor iluminado por el reflejo de la luna y una lámpara de vidrio ahumado que había junto a la entrada. Lo vi acercarse y venir directo hacia mis labios, que empezó a besar. Los suyos sabían a vino y café y me robaron el aliento con cada caricia. Había apoyado la rodilla izquierda en el sofá, al lado de mi muslo derecho, y con una mano me empujó hacia el cojín que tenía a mi espalda.

—Llevo toda la noche excitado —me susurró al oído, casi furioso—. He tenido que contenerme para no besarte ni tocarte hasta ahora.

Me puso una mano en el muslo y fue subiéndome el vestido muy despacio. Volvió a besarme. Su lengua se movía alrededor de la mía, acariciándola, haciéndome suya. Esa combinación que era Rafferty, un caballero un segundo, un hombre rudo y desesperado al siguiente, me fascinaba. Y me estaba despertando una sensualidad que yo no sabía que existiera en mí.

Las horas que había pasado con él habían sido las más intensas de mi vida, los besos que me había dado, los únicos que me habían hecho sentir y desear de verdad. Sus labios, los únicos que recordaría en los míos.

—Rafferty...

Había separado las piernas sin darme cuenta y su mano descansaba encima de la parte superior de mi muslo. Podía sentir cómo movía el dedo anular, dibujando círculos destinados a convertirme casi en una desconocida. Jamás había reaccionado así ante las caricias de un hombre, pero no era por ellas por lo que habría sido capaz de arrancarme la piel. Era por el modo en que me sujetaba, por la fuerza con que movía la lengua en mi boca, por los gemidos que le recorrían el torso.

Nunca me habían deseado tanto y eso era lo más excitante que me había sucedido en toda la vida. Ningún hombre volvería a ser el primero en despertar mi deseo y ninguno lograría emocionarme tanto con el suyo.

—Tranquila —murmuró entre besos—. Tranquila.

Los dos tendremos lo que necesitamos.

Movió la mano hasta colocarla encima de mi ropa interior. Esa noche, había

elegido ponerme medias con ligas, porque con aquel vestido no quería que se me marcasen en la cintura. Yo no podía pensar, no podía moverme, era como si mi cuerpo le llevase semanas de ventaja a mi mente y se negase a apartarse de Rafferty, pero tenía que hacerlo. No estaba preparada para tanta intensidad tan pronto.

Aflojé los dedos de la mano derecha, que hasta entonces había estado clavando en uno de los cojines del sofá, y atrapé la muñeca de Rafferty. Cuando sentí su pulso bajo mis yemas, su cadencia se extendió por mi brazo y tuve que morderme el labio inferior para obligarme a dejar de besarlo.

—No, todavía no.

Él apartó el rostro del mío, pero no la mano.

—Me deseas —aseveró.

—Mucho, pero todavía no.

Me sostuvo la mirada y yo no fui capaz, aunque lo intenté, de ocultar lo que sentía. Pero Rafferty interpretó mal la confusión que sin duda había en mis ojos y me preguntó:

—¿Estás jugando conmigo?

—No, por supuesto que no —le aseguré tras tragar saliva.

Él entonces apartó la mano y se incorporó. Soltó el aliento entre los dientes y con los hombros tensos por el deseo frustrado, se alejó de mí y se acercó a un mueble en el que había unas botellas de cristal con vasos a juego.

—Si me estás utilizando, quiero saberlo. No digo que me importe —afirmó sarcástico, sirviéndose una copa—. No me importa, pero quiero saberlo.

Crucé las piernas y me bajé la falda. En ese instante me sentí más desnuda que en toda mi vida, y si no hubiese sentido que Rafferty estaba más dolido que enfadado, me habría ido de allí de inmediato. Me pasé las manos por el pelo que segundos antes él me había despeinado y, casi sin ser consciente, me toqué los labios que él acababa de besar.

¿Cómo podía pasar de ser un perfecto caballero a un amante desesperado para después ser aquel cínico seductor que se estaba bebiendo un whisky como si nada?

—No te estoy utilizando. —Me levanté del sofá y caminé hasta el perchero en el que antes había colgado mi bolso y mi abrigo—. Y debería importarte que quisiera hacerlo.

Oí que dejaba el vaso encima del mueble y me volví para mirarlo. Parecía confuso de verdad y, aunque había perdido la pátina de cinismo de antes, seguía teniendo una actitud defensiva.

—Creo que será mejor que me vaya. Gracias por la cena.

Abrí la puerta porque él no se movía y cogí aire para mantener la compostura hasta llegar a la calle, donde me subiría al primer taxi que pasase. No llegué a hacerlo, en cuanto mis dedos soltaron el picaporte, Rafferty me rodeó por la cintura, me dio media vuelta y me besó.

En ese beso sentí la pasión del hombre que me había besado y seducido en el

sofá, mezclada con la dulzura del que había cenado conmigo. Fue un beso tan honesto y excitante que se me encogió el estómago y tuve que sujetarme de su cuello para no caerme.

—Lo siento, lo siento —masculló entre besos.

Le devolví el beso con la misma pasión con que me lo estaba dando, o lo intenté, y cuando sentí que flexionaba los dedos en mi espalda y presionaba su torso contra el mío, me pregunté si no sería una estupidez y una locura que me fuese de allí.

Deseaba a Rafferty y él me deseaba a mí. Me habría bastado con rodearle la cintura con las piernas y habríamos hecho el amor allí mismo, pero no lo hice.

—Yo también lo siento —le confesé de puntillas, sujetándole la cara entre las manos—. No quiero que pienses que soy... —Me sonrojé y tuve que tragar saliva para continuar—: No quiero acostarme contigo esta noche. Te deseo. —Suspiré y lo miré a los ojos—. Te deseo como nunca he deseado a nadie. Por eso quiero esperar.

Él me besó y movió las caderas entre mis piernas.

Yo no pude evitar gemir.

—Yo también te deseo, Marina. Muchísimo.

Me cogió una mano, la apartó de su cara y me la colocó encima de su erección.

—Raff...

Había cerrado la puerta y estábamos de pie frente a ella. Yo tenía la espalda contra la pared recubierta de madera que conducía al salón y él estaba frente a mí, rubio y con sus ojos oscuros mirándome como si tuviese miedo de que fuera a desaparecer.

—Puedo esperar a hacer el amor contigo —dijo, sin apartar la vista—, puedo esperar a verte completamente desnuda y a recorrer tu cuerpo con mis labios y mi boca.

Puedo esperar.

Cerré los ojos cuando me acarició la mejilla con dos dedos que luego fue bajando por mi cuello y por los botones del vestido.

—Rafferty... —Volví a susurrar su nombre.

—Puedo esperar muchas cosas, Marina. Pero esta noche necesito algo para poder soportar esa espera. ¿Tú no?

La mano se detuvo encima de mi entrepierna. La tela del vestido y de la ropa interior lo separaba de mi piel, igual que la de sus pantalones separaba mi mano de su erección, pero no importaba. Los dos podíamos sentirnos.

—Dime, ¿tú no necesitas nada? ¿Quieres que me aparte y que deje de tocarte? ¿Crees que si lo hago serás capaz de pensar en algo que no sea yo hasta la próxima vez que nos veamos? —Me besó el cuello y subió la lengua por el lateral del mismo hasta susurrarme al oído—: Yo no podré pensar en nada ni en nadie. Si me pides que me aparte, lo haré y te llevaré a tu casa. Y cuando vuelva aquí... —Empezó a mover suavemente la mano encima de mi cuerpo—. ¿Sabes qué haré cuando vuelva aquí?

—¿Qué?

Noté que me sujetaba la muñeca con la otra mano y que me apretaba la palma contra su miembro. Capturó el lóbulo de mi oreja y me lo mordió con suavidad para después soltarlo, y cuando gemí, me besó en los labios lentamente.

—Me desnudaré y me tumbaré en la cama y me masturbaré pensando en ti. ¿Y tú? ¿Pensarás en mí cuando te acuestes?

Movió suavemente los dedos encima de mi sexo y presionó justo en el lugar que necesitaba.

—Sí —confesé.

—Piensa en mí ahora —me dijo, antes de besarme de nuevo.

Apartó la mano con la que me sujetaba la muñeca y me acarició los pechos por encima del vestido, mientras movía las caderas junto a mi mano. Yo había empezado a tocarlo al mismo ritmo con que me tocaba él, imitando su cadencia.

Era ridículo que estuviese tan excitada si ni siquiera me había quitado la ropa y prácticamente sólo me estaba besando, pero lo estaba. Y él también. Podía sentirlo temblar bajo mis dedos. Me tocó los pechos con los nudillos, mientras no dejaba ningún rincón de mi boca por besar y poseer y me seguía acariciando entre las piernas.

Me quemaba la piel, notaba una capa de sudor cubriéndome la espalda y el deseo circulaba sin control por mis venas, nublándome la mente.

Estaba a punto de decirle que había cambiado de opinión, de pedirle, suplicarle, que me llevase a su dormitorio y nos desnudásemos para acostarnos, cuando Rafferty me mostró una capa más y, sujetándome la muñeca de la mano con que lo estaba tocando, me la apartó de su cuerpo. Luego se la llevó a los labios y le dio un beso.

Abrí los ojos confusa y él volvió a besarme con labios, lengua y aquellos gemidos roncros que le hacían vibrar el torso.

—Necesito oírte —dijo tras el beso—. Necesito verte.

Agachó la cabeza y me besó el cuello y el escote.

—Rafferty —suspiré confusa su nombre.

Él me sujetaba las dos manos con una de las suyas entre nuestros cuerpos, mientras con la otra seguía tocándome por encima de la ropa.

—Eres preciosa, Marina, la criatura más preciosa y sensual que he visto nunca. — Me besó los pechos también sobre el vestido—. Si no puedo estar dentro de ti, quiero verte. Quiero oírte. Quiero tenerte en mis brazos cuando llegues al orgasmo.

Movió los dedos con determinación y lentitud, sabiendo exactamente dónde tocar. Abrí los ojos un segundo y me encontré con su mirada esperándome.

—No dejaré que termines sin mí. Ya no. Si esta noche quieres llegar al orgasmo, será conmigo. Esperaré para el resto porque es lo que quieres, pero esta noche vas a darme esto. Lo necesito.

—Yo... —balbuceé.

—Dime que te suelte y te soltaré. Sabes que lo haré.

Igual que sabes que lo que está sucediendo entre nosotros no es como nada de lo

que has sentido hasta ahora.

—¿Y para ti? —conseguí preguntarle.

—No, por supuesto que no. Si hubiera sentido algo así antes —contestó con una sinceridad que hasta entonces no había visto—, tal vez no sería como soy.

—¿Cómo...?

No pude terminar de formular la pregunta, porque Rafferty volvió a besarme y a mover la mano hasta apoderarse de mi capacidad de pensar y respirar. Noté que su corazón latía encima del mío y que su torso subía y bajaba apresurado. Sentí su erección marcada bajo el pantalón, presionando mi vientre, y cuando el orgasmo me encogió y se extendió por mi cuerpo, noté que él temblaba, tenso. Rafferty logró retroceder, no se dejó llevar, y luego me miró, abrazándome, besándome y susurrándome palabras al oído.

Cuando el mundo dejó de girar, abrí los ojos de nuevo y vi que seguía excitado. Le habría dicho algo, no sé exactamente qué, pero él me puso un dedo en los labios y después me los selló con un beso.

—Gracias —susurró, y se apartó para coger su chaqueta del perchero y unas llaves que había sobre el mueble de la entrada.

Después, entrelazó los dedos con los míos, salimos y me llevó a casa en su coche, porque a esas horas hacía demasiado frío para ir en moto. Ese detalle me pareció tan absurdo, tan propio de una cita y tan alejado del encuentro que acabábamos de tener, que casi me hizo llorar.

Rafferty condujo en silencio, sujetándome la mano y acercándosela a los labios para besarla siempre que podía, y cuando me dejó ante la verja, me dio un último beso en los labios y me aseguró que me llamaría al día siguiente.

Sabía que lo haría, sabía que cuando lo viera de nuevo volvería a besarlo y que probablemente terminaría haciendo el amor con él. Lo sabía y estaba impaciente por que llegase el momento.

Y al mismo tiempo lo temía, porque había una frase suya que no podía quitarme de la cabeza.

«Si hubiera sentido algo así antes, tal vez no sería como soy».

Rafferty cumplió su palabra y me llamó al día siguiente para invitarme a cenar. No me acosté con él, pero fue como si me hubiese estado seduciendo toda la noche con sus miradas y sus palabras. En esa ocasión fuimos a un restaurante italiano cerca de su casa, un lugar relajado que tampoco encajaba nada con su supuesta reputación de seductor sofisticado, pero donde él parecía sentirse muy cómodo.

Me besó cuando me recogió y cuando me llevó de regreso a casa, y si lo hubiese invitado a subir, no habríamos conseguido llegar a la cama de lo mucho que nos deseábamos, sin embargo nos separamos y nos despedimos.

Me acosté pensando en él, soñando con la próxima vez, pero no pude verlo durante el resto de la semana, porque tuvo que ausentarse de Londres por trabajo.

Rafferty se había especializado en gestión de derechos de imagen de grandes eventos deportivos y conciertos y el bufete para el que trabajaba había sido contratado para negociar la cesión de los derechos de una gran final de fútbol francesa. Fue extraño lo mucho que le eché de menos durante esos cuatro días, y lo mucho que esperaba sus llamadas cada noche.

Podíamos pasarnos largos minutos al teléfono hablando de lo que habíamos hecho durante el día y de la cantidad de veces que habíamos pensado el uno en el otro, o sencillamente comentar cualquier tontería. Esos días nos sirvieron para desearnos más y conocernos mejor, nos obligaron a tomarnos las cosas con más calma y la sensación de que había conocido a esa persona que iba a serlo todo para mí se instaló firmemente en mi interior.

El viernes, cuando recibí el mensaje de Rafferty confirmándome el vuelo y la hora de aterrizaje en Heathrow, no me lo planteé siquiera y fui a recibirlo.

Cogí un taxi porque sabía que él tenía el coche en el aeropuerto y lo esperé nerviosa en la zona de llegadas.

Cada vez que se abría y cerraba la puerta y aparecía un pasajero que no era él, se me encogía el estómago y tenía que cerrar los puños de lo mucho que me temblaban las manos.

Sabía que en cuanto lo viese lo besaría y no podría parar.

Los segundos antes de que cruzase la puerta del aeropuerto los percibí distintos al resto de mi vida.

Pasaron sumamente lentos y la gente fue desapareciendo de mi alrededor hasta que sólo quedé yo allí de pie, impaciente por verlo y tocarlo de nuevo.

Salió justo cuando creía que la opresión que sentía en el pecho iba a detenerme el corazón. Sus ojos se clavaron en los míos y esquivó con determinación a los otros pasajeros que le entorpecían el paso. Yo no podía moverme. Se acercó a mí y,

poniéndome una mano en la cintura y otra en la nuca, me pegó a él para besarme.

Sus dientes rozaron los míos, nuestras lenguas se enredaron y dejé que su sabor me intoxicase. Movié los labios, eliminé los días que habíamos estado sin vernos y los convertí en insostenibles. Le rodeé el cuello con los brazos y me habría metido dentro de él si hubiese sabido cómo.

—Ven a mi casa, Marina —me pidió, antes de darme otro beso más ardiente y apasionado que el anterior. Me estaba haciendo el amor con la boca allí mismo.

—Sí —susurré yo, apartándome un poco para esconder después el rostro contra su torso.

Tras oír mi respuesta, me cogió de la mano y me llevó por el aeropuerto hasta llegar al parking, donde tenía el coche. Me sujetaba los dedos con firmeza, acariciándome al mismo tiempo el dorso de la mano con el pulgar, una caricia que fue extendiéndose por el resto de mi cuerpo.

Llegamos al aparcamiento y abrió el maletero para guardar en él la bolsa negra de viaje que hasta entonces había llevado colgando del hombro. Cerró y me abrió la puerta del coche.

—Ponte el cinturón —dijo entre dientes.

Obedecí y vi que se detenía unos segundos frente a su puerta antes de abrirla. Cuando entró, metió la llave, se abrochó el cinturón y puso el vehículo en marcha. Tras abandonar el aeropuerto, me dijo:

—Si quieres llamar a Amelia para decirle que no volverás a tu apartamento en todo el fin de semana, hazlo ahora, porque cuando lleguemos a mi casa no podré soltarte en mucho tiempo.

No fingí no desear lo mismo. Rafferty y yo ya habíamos dejado claro que no estábamos jugando el uno con el otro, y no podía seguir conteniéndome. Saqué el móvil del bolso y le mandé un mensaje a mi compañera de piso. Ese fin de semana, Amelia también estaba fuera, pero quería que lo supiera para que no se preocupase.

Cuando guardé de nuevo el móvil, vi que Rafferty apretaba con fuerza el volante, así que levanté una mano para tocar las suyas, pero él me detuvo:

—No me toques —me advirtió—, estoy muy excitado. Estos días he estado a punto de volverme loco.

Esta primera vez no podré ir despacio, te deseo demasiado, así que necesito que estés tan excitada como yo.

Volvió la cabeza hacia mí un segundo y sentí el fuego de su mirada quemándome la piel.

—Yo no sé qué me estás haciendo, Rafferty...

—Lo mismo que tú a mí. —Con la vista de nuevo hacia delante, apartó una mano del volante y me acarició el brazo para seguir después por la curva de mi pecho—. Cierra los ojos.

Lo hice y me dejé llevar por su voz y por el roce de sus dedos, que bajaron despacio por mi costado hasta llegar a mi cintura, donde giraron hacia mi entrepierna.

—Nunca había deseado tanto a una mujer —afirmó Rafferty, con el deseo contenido evidente en su voz—, todas y cada una de tus reacciones me hacen perder la cabeza.

Movió despacio los dedos y, para mi sorpresa, noté que tenía la piel erizada y el estómago completamente encogido. Gemí y me humedecí los labios. Jamás había estado en una situación como ésta, a punto de alcanzar el orgasmo con apenas una caricia, imaginándome qué sucedería después.

Rafferty no dijo nada más, y yo tampoco; siguió conduciendo y acariciándome suavemente, haciéndome sentir que era la mujer más hermosa y deseable del mundo.

El coche, un Land Rover verde oscuro, se detuvo, y cuando abrí los ojos vi que estábamos en el que debía de ser el garaje de su casa. «Otro misterio», pensé, al ver las cañas de pescar y unas cajas que parecían llenas de libros.

Él dejó de tocarme y yo sentí la tentación de cogerle la mano y volver a acercármela, pero vi que abría la puerta y caminaba decidido hacia la mía. Tenía la mirada del león con el que lo había comparado en una ocasión, llevaba el pelo rubio ligeramente más largo que antes y un poco despeinado y eso junto con la barba incipiente le conferían un aspecto felino y letal.

Cerré las piernas al notar que sólo con mirarlo estaba a punto de llegar al orgasmo. Intenté respirar despacio, pero justo entonces Rafferty abrió y se inclinó hacia mí para soltarme el cinturón —que yo me había olvidado de desabrocharme— y cogerme en brazos.

Me besó sin ninguna delicadeza, los dos estábamos demasiado excitados y desesperados como para tenerla en cuenta, y me depositó con cuidado sobre el capó del coche.

—No puedo esperar —confesó furioso, sin dejar de tocarme y besarme.

—Yo tampoco.

Me separó las piernas y me acarició los muslos con manos temblorosas, en busca de mi ropa interior. Ese día también llevaba vestido y apoyé los tacones de las botas en la rejilla del guardabarros del vehículo. Rafferty me sujetó una pierna y me la levantó con reverencia para besármela por encima de la media. Deslizó la lengua por el borde de encaje de la misma, justo donde se sujetaba a mi muslo.

—Eres preciosa, nunca he estado con nadie que me haya excitado tanto. Apenas puedo contenerme.

Siguió besándome el muslo y se agachó para acercarse a mi entrepierna y darme un beso encima de la ropa interior.

—Rafferty...

—Dime que puedo follarte —me dijo, sin apartar los labios de donde los tenía—. Después te llevaré en brazos a mi cama y te haré el amor. —Movió la nariz y respiró justo encima de aquella zona de mi cuerpo que temblaba por él—. Pero ahora necesito follarte. Dime que puedo hacerlo.

—Raff...

—Dime que también lo necesitas.

Besó mi sexo sin desnudarlo, recorriéndolo con la lengua muy lentamente, deteniéndose justo donde más presión necesitaba.

—Dímelo —me exigió.

—Puedes...

—No, eso no. —Se apartó ligeramente para desnudarme—. Dime que necesitas que te folle.

—Yo...

—Sí, tú no eres de las que dice esas cosas. Lo sé. —Lo noté sonreír sobre los labios de mi sexo—. Por eso quiero que me lo digas, Marina. Tengo que saber que esto también es distinto para ti. —Me lamió y me sujetó las caderas para evitar que me moviese o me cayese del coche—. Necesito saber que no soy el único que está cambiando.

Hundió la lengua dentro de mí y tuve que enterrar los dedos en su pelo para no perder la conciencia. Rafferty me hizo enloquecer, movió la lengua sin darme tregua, acariciando los rincones donde más lo necesitaba, pero manteniéndose alejado del único que me llevaría al clímax y me permitiría volver a pensar y a respirar.

—Dímelo.

Me mordió el muslo y después sopló encima de mi piel.

—Necesito que me folles.

Noté que me sonrojaba y las palabras se me atragantaron en la garganta, pero no tuve tiempo de avergonzarme, porque él se incorporó, se desabrochó el pantalón y, sujetándose la erección con una mano, la guió hacia mi interior.

—¡Sí! —gimió con voz ronca cuando por fin estuvo dentro de mí.

Entonces se apoyó con las palmas en el capó del coche, justo detrás de mis nalgas, para que yo pudiera apoyar la espalda en sus antebrazos, y empezó a moverse.

Cada movimiento era lento y calculado, hasta que me atreví a abrir los ojos y, al verlo frente a mí, no pude resistir el deseo de besarlo. En cuanto mis labios tomaron posesión de los suyos, Rafferty perdió aquel control tan férreo y, gimiendo en mi boca, se movió como un animal que sabe que si no marca a su pareja corre el riesgo de perderla.

Así fue como me sentí, como si me estuviese marcando para que ningún otro hombre pudiera acercarse nunca a mí. Y no me importó, me pareció lo más sensual y excitante que había sentido nunca.

Su cuerpo fue tensándose más y más, y cada vez que nuestras caderas se movían hacia delante y hacia atrás, su erección seguía creciendo y temblando. Me sujetó de las nalgas y me levantó para acercarme todavía más a él. Me molestaba el vestido y la camisa y la chaqueta de él, pero era increíblemente erótico sentir que, a pesar de estar vestidos, lo tenía dentro de mí.

—Marina... —Pronunció mi nombre antes de besarme.

Fue el sonido de su voz, presa del deseo, y de aquella desesperación que ambos

habíamos sentido desde el día en que nos conocimos lo que me llevó de repente al orgasmo. Empecé a temblar en sus brazos y le rodeé la cintura con las piernas. Si hubiera podido, me habría fundido con él.

Rafferty interrumpió el beso para gritar de placer, y cuando el clímax lo sacudió, fue lo más sensual y hermoso que había visto nunca.

Lo abracé y dejé de plantearme por qué había sido capaz de entregarme a aquel hombre de esa manera.

Sencillamente, supe que volvería a hacerlo tantas veces como pudiera.

Rafferty se quedó quieto varios minutos, notaba su respiración entrecortada en mi cuello y su corazón latiendo tan frenético como el mío bajo la camisa.

Después, poco a poco empezó a besarme el escote y luego levantó la cara y me besó en los labios.

El beso sirvió para que los dos nos tranquilizásemos, era un recordatorio de que lo que había sucedido era mucho más complejo que el sexo, y noté que se excitaba en mi interior.

—Ahora te haré el amor.

Pensé que me cogería en brazos y me llevaría a su dormitorio, pero ninguno de los dos fue capaz de apartarse del otro el tiempo suficiente como para llegar hasta allí. Rafferty siguió moviéndose despacio, acariciándome el pelo y besándome como si sus labios pudiesen llevar un ritmo completamente distinto al que imprimían sus caderas. Durante unos minutos, pensé que moriría. Era imposible que volviese a estar tan excitada tan rápido, y que a pesar de estar en la misma postura de antes —sentada en el capó del coche— esa segunda vez fuese tan distinta.

Pero lo fue.

Él no dejó de besarme y de acariciarme el pelo y la espalda mientras su miembro entraba y salía con suavidad de mi cuerpo. Sentí que le bastaba con notar mi sabor en sus labios para excitarse. Fue un encuentro lento y muy sensual, contenido. Le pasé las manos por el pelo y le eché la cabeza hacia atrás para mirarlo, porque durante un segundo pensé que era imposible que él estuviese sintiendo tanto como yo.

—Te deseo tanto... —farfulló al encontrarse con mis ojos.

—Yo a ti también.

Tiré de él hacia mí y lo besé hasta que los dos llegamos de nuevo al orgasmo y temblamos el uno en los brazos del otro sin contener nada.

Al terminar, Rafferty me besó por última vez y salió despacio de mi interior. Lo vi agacharse y recoger mis braguitas del suelo para después guardárselas en el bolsillo de la chaqueta. Entonces, y sin decir ni una palabra, sí me cogió en brazos y me llevó hacia el interior de la casa. Tras desconectar una alarma, cuyo código no intentó ocultarme en ningún momento, subió la escalera y se dirigió con paso firme a su dormitorio, donde me depositó en la cama más grande que yo hubiera visto nunca. Si hubiera sido capaz de hablar, no sé qué le habría dicho, pero él parecía necesitar unos minutos de silencio.

Yo también.

Rafferty se desprendió de la chaqueta y la camisa y las dejó en una silla que había frente a lo que parecía un vestidor. Después se agachó y se quitó los zapatos, los calcetines y el pantalón. No podía dejar de mirarlo, mientras él seguía la dirección de mis ojos.

Tenía el cuerpo más impresionante que había visto nunca, los músculos del torso estaban bellamente definidos gracias al remo, y el vello que lo cubría era de un rubio oscuro que lo hacía parecer de caoba.

Cerré los puños sobre la sábana de las ganas que tenía de tocarlo.

Él vino hasta la cama y se quitó el reloj, que dejó en la mesilla de noche. En calzoncillos, se acercó a mí y empezó a desnudarme.

No podía respirar, me sentía hipnotizada por la mirada y las caricias de aquel hombre tan complejo que apenas había empezado a descubrir.

Tiró de mis botas y, alargando un brazo, las dejó frente a los pies de la cama. Después, me bajó las medias lentamente, mirándome a los ojos mientras el tacto de sus yemas me erizaba la piel. Cuando tuve las piernas desnudas, tragué saliva para ver si así recuperaba un poco de calma y vi que lanzaba las medias también al suelo.

Me miró e inclinó despacio la cabeza hacia mi cara para besarme. El beso empezó despacio, pero no por ello fue menos intenso que los anteriores y, tras unos segundos, noté el tacto de sus nudillos al desabrocharme el vestido.

En cuanto terminó, me lo quitó y observó unos instantes mis pechos, ocultos tras el encaje de seda del sujetador, la única prenda que me quedaba.

Me besó otra vez y deslizó las manos por mi espalda en busca del cierre. Era la primera vez que alguien me desnudaba tan lentamente, saboreando cada instante y cada centímetro de mi piel. Cuando terminó, se levantó y se quitó los calzoncillos y después volvió a abrazarme en la cama.

—Creo que ahora podré ir despacio —me susurró al oído, antes de empezar a besarme.

Perdí la cuenta de las veces que hicimos el amor ese fin de semana, el primero que pasamos juntos, y durante unos meses pensé que por fin había encontrado la felicidad.

Seguía sin conocer muchos de los secretos de Rafferty y no eran pocas las ocasiones en que tenía la sensación de que jamás lograría averiguarlos todos, pero siempre que llegaba uno de esos momentos, él conseguía quitármelo de la cabeza con sus besos y con su manera de poseerme en la cama.

Nunca había estado con un hombre tan sensual, tan atrevido y generoso, tan obsesionado en darme placer a mí antes que a él. Sin embargo, a pesar de la intensidad de nuestros encuentros, era justamente ahí donde más sentía que Rafferty mantenía las distancias. Pensé que se debía a mi inexperiencia. Aunque yo me había acostado con varios hombres, me bastó con la primera noche para saber que él me llevaba mucha ventaja, pero no podía quitarme de la cabeza que había algo más.

Una noche, después de hacer el amor en el sofá porque no pudimos llegar a la cama, me atreví a preguntárselo:

—Rafferty, ¿te gusta hacer el amor conmigo?

Mi pregunta sonó infantil y mucho más ingenua de lo que pretendía, porque no logré pronunciar ninguna otra.

Él levantó la cabeza del cojín en el que la tenía recostada y me miró enarcando una ceja.

—¿De verdad acabas de preguntarme esto, Marina?

Me he echado encima de ti en cuanto has entrado y te he follado contra la puerta.

Oírlo utilizar ese lenguaje me tranquilizó, porque a lo largo de esas semanas había aprendido que sólo recurría a esas palabras cuando estaba muy excitado o enfadado.

—A veces tengo la sensación de que necesitas algo más —dije.

Entrecerró los ojos y un brillo extraño y alarmado apareció en el fondo de los mismos, aunque él se aseguró de ocultármelo enseguida. Fue tan rápido y rotundo que pensé que tal vez me lo había imaginado.

Iba a insistir, a preguntárselo de nuevo, pero pareció adivinarlo, porque se colocó encima de mí y me besó frenético y muy excitado. Su deseo avivó el mío en cuestión de segundos y cuando entró en mi interior, me bastó con sentir su erección para llegar al orgasmo. El de él también fue arrollador. Después, cuando volvió a abrazarme, me dijo:

—Siempre necesito más, Marina.

Hubo algo en su voz, una tristeza, que me impulsó a volver la cara y buscar su mirada.

—¿Qué necesitas? —le pregunté, con el corazón encogido.

Él me miró confuso y tuve la sensación de que no era consciente de que había dicho esa frase en voz alta. Lo vi tan perdido que levanté una mano para acariciarle la mejilla y el pelo y entonces reaccionó:

—A ti —me contestó—, siempre te necesito a ti.

Agaché la cabeza y lo besé lentamente, de la manera con la que él conseguía que yo le confesase todos mis secretos. Me devolvió el beso y me acarició la espalda con ternura.

Cuando me desperté, horas más tarde, estaba en su cama y Rafferty ya se había duchado y se estaba vistiendo para ir al trabajo. No habíamos llegado a hablar del tema, pero los fines de semana yo me instalaba en su casa y no me iba hasta el lunes. Hasta entonces, él no se había quedado nunca en mi apartamento y pensé que tal vez había llegado el momento de que lo hiciera.

—¿Esta noche acabarás muy tarde? —le pregunté desde la cama.

La noche anterior me había dicho que tenía una reunión temprano y se había levantado antes de lo habitual. A mí todavía me quedaban unos minutos antes de tener que enfrentarme a la realidad.

—No, no creo, ¿por?

Se estaba anudando la corbata y tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Por qué no vienes a mi casa? —le ofrecí—. Amelia no está y me gustaría mucho que vinieras —añadí, para que no creyese que sólo lo invitaba porque no quería estar sola.

Rafferty detuvo las manos a mitad del nudo y levantó la cara para mirarme. Fue sólo un segundo y luego volvió a bajar la cabeza al contestarme.

—¿Por qué no vienes tú aquí? Si quieres, puedo pasar a recogerte por la oficina o por tu apartamento.

No me gustó la respuesta. Rafferty no era ningún esnob pretencioso y, aunque lo intenté, no fui capaz de encontrar ninguna explicación lógica que justificase su negativa a dormir en mi casa. Me tapé con la sábana al notar un escalofrío y él vino casi de inmediato a mi lado.

Se sentó en la cama y se inclinó hacia mí para besarme.

—¿A qué hora quieres que vaya a buscarte? —me preguntó al apartarse.

Lo miré y cambié de opinión al ver reaparecer en sus ojos la misma tristeza que había creído ver la noche anterior. Esa mañana, tal vez por el cansancio o tal vez por descuido, no había podido ocultármela.

—No, no te preocupes. Creo que será mejor que me quede en casa y adelante algo de trabajo. La semana que viene tengo que ir a Italia a ver a mis tías y no podré hacer nada.

Intenté que no notase nada en mi voz, porque en realidad no tenía ningún motivo para estar preocupada.

Tenía un novio maravilloso que era increíble fuera y dentro de la cama. Sin

embargo, algo debió de ver o presentir él, porque me acunó el rostro entre las manos y se ofreció a acompañarme a Italia.

—¿Qué te parece si me cojo unos días de vacaciones y viajamos juntos a la Toscana? ¿Te gustaría?

El corazón se me encogió al ver una muestra más de su generosidad y me sentí muy mal por haber dudado de él y por haber estado buscando problemas donde no los había.

—Por supuesto que me gustaría, cariño.

Me sonrió y me dio un último beso antes de despedirse y salir corriendo hacia su reunión.

Pasaron los días sin que volviese a preguntarme si Rafferty estaba bien conmigo. En realidad, los dos estuvimos muy ocupados y apenas nos vimos hasta el día en que tuvimos que coger el avión rumbo a Florencia.

Durante el trayecto, él me pidió que le explicase a quién íbamos a visitar exactamente y por qué, así que lo intenté.

Mi abuela Roberta y su hermana, la tía Sofía, vivían juntas en la que había sido la vivienda de mis bisabuelos: una preciosa casa rodeada de campos de trigo y árboles frutales. Mis padres, que desde que se habían jubilado también vivían en Italia, estaban esos días en Portugal, visitando a unos viejos amigos que inauguraban una exposición. Y mis hermanos estaban cada uno por su lado, ocupados con distintas excusas.

La tía Sofía y la abuela Roberta podían quedarse solas en casa perfectamente, de hecho, ambas habían insistido en ello, pero en mi última visita me había comprometido a volver para ayudarlas a restaurar unos viejos muebles y, después de hablar un día con mi madre, decidí aprovechar la excusa e ir a pasar esos días con ellas.

Raff y yo íbamos a quedarnos en la casa, había habitaciones de sobra y me ilusionaba especialmente —más de lo que me atrevía a expresar— que él estuviese allí conmigo. Era la primera vez que presentaba un hombre a algún miembro de mi familia y, aunque con Rafferty todavía llevábamos poco tiempo, se me encogía el estómago sólo de pensar en que lo nuestro era para siempre.

El vuelo se hizo corto con mi explicación y las preguntas que él me hizo a continuación sobre mi familia, y cuando llegamos fuimos directamente a recoger el coche que habíamos alquilado. Rafferty estaba un poco tenso, probablemente a causa del viaje y del mucho trabajo que había tenido a lo largo de la semana. Esos días de descanso nos irían muy bien a los dos.

Condujo él siguiendo mis indicaciones y llegamos sin problemas a casa, donde la abuela y la tía nos estaban esperando con la mesa puesta. Ninguna de las dos dejó a Raff ni a sol ni a sombra y él se comportó como el novio perfecto. Tanto Roberta como Sofía me miraban cada dos minutos de soslayo y me guiñaban el ojo. Podía imaginármelas a la perfección planeando ya nuestra boda y el bautizo de nuestros

futuros hijos.

Habría sido maravilloso, me habría muerto de vergüenza, pero habría sido maravilloso, si hubiese sido capaz de desprenderme de aquel horrible presentimiento que me decía que a Rafferty le sucedía algo.

No había vuelto a preguntárselo desde aquella noche.

Había conseguido fingir que me había olvidado del tema, pero en ese momento se me antojaba imposible. Lo peor de todo era que aquella horrible sensación ya la había sentido antes; no tan intensa, pero sí parecida.

Rafferty se estaba distanciando de mí, lo que en sí mismo era absurdo, porque había sido él quien se había ofrecido a acompañarme a Italia para conocer a mi familia.

—¿Te sucede algo, Marina? —me preguntó la abuela.

—No, nada, sólo estoy cansada —le contesté, masajeándome la sien—. Creo que iré a acostarme.

Rafferty se levantó también y, tras desearles buenas noches a mi tía y a mi abuela, me rodeó con un brazo por la cintura y me acompañó al que sería nuestro dormitorio durante esos días.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Seguro que sólo necesito dormir —le aseguré, incapaz de dar voz a mis temores.

En el dormitorio, que era el mismo que solía ocupar cuando visitaba Italia, mi abuela había puesto un jarrón con flores rojas. Verlo me reconfortó y me senté en la cama para contemplarlo.

Raff se apartó y se ocupó de abrir las maletas. Lo miré y noté que no se daba cuenta de lo concentrado que estaba, y al detectar la tensión en sus hombros, me entristecí, porque sabía que, aunque lo intentase, no iba a lograr aligerársela.

Esa tristeza que me embargó fue tan repentina que me tumbé y apreté los párpados con fuerza para contener las lágrimas.

Por suerte, me quedé dormida.

A la mañana siguiente me despertaron los besos de Rafferty. Me recorrió la espalda con los labios mientras me sujetaba las manos entrelazando sus dedos con los míos. Me penetró desde atrás, sin dejarme que lo besara, y se movió lentamente, controlando todas y cada una de las reacciones de mi cuerpo y del suyo.

Cuando mi espalda y su torso estuvieron completamente empapados de sudor, me soltó las manos y me sujetó con ellas las caderas para levantármelas levemente del colchón y entonces, en esa postura que lo hundía hasta lo más profundo de mi sexo, empezó a moverse con fuerza.

Fue animal, erótico, muy sensual. Con una mano retuvo mi cintura y la otra la deslizó hacia la parte delantera de mi cuerpo para tocarme y pellizcarme los pechos. Estaba muy excitado, lo notaba por cómo se movía y pronunciaba mi nombre.

—Más, más —farfulló, llevando la mano que tenía en mis pechos hacia mi cuello

para levantarme.

—Raff...

Pegó mi espalda a su torso y retiró un poco las caderas para volver a penetrarme con más fuerza. Movié la mano que tenía en mi cintura para rodearme por completo con el brazo y poder sujetarme mientras con la otra mano me volvía la cara para poder besarme.

La postura era complicada y cuando intenté mover la cabeza, él me mordió el labio inferior y me besó de nuevo.

El orgasmo fue tan salvaje e intenso como el encuentro y, aunque al terminar Rafferty me abrazó y se pasó largos minutos besándome, no pude quitarme de encima la sensación de que la desesperación que había impregnado cada una de sus caricias iba más allá de lo que sentía por mí.

Me duché después de él y cuando salí del cuarto de baño le encontré enamorando a mi tía y a mi abuela. Las dos estaban perdidamente entregadas a él. «Igual que yo».

Me tambaleé y tuve que sujetarme de la pared, porque en ese instante comprendí que me había enamorado de Rafferty.

Fue ese amor recién descubierto el que me obligó a afrontar mis miedos y me exigió que buscase la manera de preguntarle qué le sucedía. Sin embargo, a pesar de esa decisión, me dije que los dos nos merecíamos disfrutar de esos días en Italia y me prometí que tendríamos esa conversación cuando volviéramos a Londres.

Con el coche que habíamos alquilado, nos dirigimos a Siena con la intención de pasar allí el día. La ciudad en la que al parecer sucede la historia de Romeo y Julieta sin duda tenía que ser uno de los lugares más románticos de la Tierra. Y durante unas horas lo fue.

Rafferty aparcó el coche y nos perdimos por las calles medievales. Era precioso, pero a pesar del entorno y de tener a mi lado al hombre del que me había enamorado, sentía que me asfixiaba cada vez más. Era imposible que me lo estuviese imaginando y de repente no pude seguir callando.

Me detuve en plena calle y rodeé el cuello de Rafferty con los brazos para besarlo. Él respondió al beso de inmediato, me cogió por la cintura y me pegó a él para entregarme su boca y su aliento.

—Me he enamorado de ti —le confesé al apartarme.

Vi que me sonreía, pero aquella maldita tristeza que había empezado a odiar reapareció en su mirada.

—Yo también me he enamorado de ti.

—Dime qué es lo que te pasa. —Me cogí de su cazadora—. Dímelo.

No disimulé, no me anduve con rodeos ni le dije que fuéramos a otra parte a charlar. Acababa de decirle que lo quería y necesitaba saber la verdad cuanto antes.

—No puedo.

Me temblaron las rodillas al comprobar que mi presentimiento había sido acertado. Con su negación, acababa de reconocer que había algo que lo preocupaba.

—Sí que puedes. Tienes que decírmelo, Rafferty. Sé que hace poco que estamos juntos, pero sea lo que sea podemos superarlo.

—¿Tú crees?

—Por supuesto —afirmé, a pesar del nudo que se me formó en la garganta al oír su tono de voz.

—No, no me pasa nada. —Negó con la cabeza—. O, mejor dicho, se me pasará, ya lo verás.

—¡No! Dime de qué diablos estás hablando, Raff. Por favor.

Lo zarandeeé sin soltarle la cazadora y, aunque no logré moverlo físicamente, sirvió para hacerlo reaccionar.

—Nunca he tenido una relación estable con una persona. No soy capaz.

Parpadeé y lo miré confusa. ¿Todo aquello era porque nunca había tenido una relación estable?

—Yo sí, pero no se podían comparar con lo nuestro y...

—No, no —me interrumpió—. Dios santo, Marina, no puedo decírtelo.

Se soltó y se apartó de mí. Caminó hasta un banco de piedra que había en un extremo de la plaza en la que nos habíamos detenido y se pasó las manos por el pelo. Me quedé mirándolo, viendo cómo aquellos pensamientos que se negaba a confesarme le oscurecían los ojos, y durante un segundo deseé poder retroceder en el tiempo y no haberle preguntado nada.

En ese instante ya no podía hacer nada para evitarlo.

Si salíamos de aquella plaza con ese silencio entre los dos, tarde o temprano volvería a interponerse entre nosotros.

Respiré profundamente y me acerqué a él. Me senté a su lado en el banco y esperé a que levantase la cabeza.

Tenía los antebrazos apoyados en los muslos y se le veía muy cansado.

—Creía que contigo no me pasaría, que no me haría falta, que no lo echaría de menos.

—¿El qué?

Por fin levantó la cabeza y me miró.

Supe que iba a romperme el corazón.

—Acostarme con un hombre.

Las palabras me golpearon casi físicamente y durante unos segundos me fue imposible entenderlas. Cuando lo hice, cerré los ojos y luché contra las lágrimas. Era imposible. No podía estar sucediéndome a mí, no con Raff.

—¿Qué has dicho? —Le pedí que me lo repitiese a pesar de que por mis mejillas ya habían empezado a resbalar las lágrimas.

—No es sólo eso, Marina —siguió él entonces, mirándome a los ojos. En ellos vi que si hubiese podido evitarlo, lo habría hecho.

—¿Hay más? —balbuceé casi histérica.

—No echo de menos solamente acostarme con un hombre, y quiero que sepas que

jamás podría serte infiel.

—¿Entonces?

—Necesito estar con un hombre y una mujer al mismo tiempo, acostarme con los dos a la vez. Cuando te conocí, sentí una atracción tan fuerte, tan intensa, que pensé que contigo no me pasaría, que me bastaría...

—Pero no te basto.

Me empezó a hervir la sangre. ¿Qué clase de hombre era Rafferty? ¿Por qué sentía esas necesidades? ¿Por qué me había estado engañando todas esas semanas haciéndome creer que nos estábamos enamorando?

—No es eso, Marina. —Intentó tocarme, pero me aparté y él bajó la mano resignado—. Me bastas, pero necesito más. Necesito verte con otro hombre y saber que sólo si yo también estoy contigo, con vosotros, sentirás placer. Necesito tocar a ese hombre y sentir que nuestras caricias te afectan a ti y sólo a ti, además de a nosotros dos.

—Eso que dices es una monstruosidad. —Me levanté furiosa del banco; me temblaban las manos y la mandíbula y no podía dejar de llorar—. Si de verdad estuvieras enamorado de mí, no podrías soportar que otro hombre me tocara.

—No, eso no es cierto. De hecho, no sólo estoy enamorado de ti, te amo, Marina. Te amo tanto que necesito compartir esa faceta contigo. Necesito darte placer de esa manera y que tú me lo des a mí.

—¡No!

Di un paso atrás, pero me quedé cerca de Rafferty porque no quería que nadie pudiese oír nuestra conversación. Tenía el estómago tan revuelto que temía vomitar.

—La primera vez que te llevé al orgasmo, me quedé mirándote y pensé que eras la mujer más maravillosa del mundo. Y lo sigo pensando. Pensé que si te veía de esa manera no necesitaría lo otro. Lo que he necesitado siempre y no puedo contenerlo. No puedo evitarlo, Marina. Y lo siento.

—No puedes querer que me acueste con otro hombre, no tiene sentido.

—No quiero que te acuestes con otro hombre. —Me miró furioso y lo vi flexionar los dedos—. No podría soportarlo. Lo que quiero es que te acuestes conmigo y con otro hombre al mismo tiempo. Quiero estar allí, estar dentro de ti, tocarte, darte placer de esa manera y saber que he sido yo.

—Pero ¿por qué? No tiene sentido, Rafferty. No lo tiene.

—Empezó en la universidad —me dijo entonces, abatido—, casi por casualidad. Me cansé de que las chicas me considerasen un trofeo o un candidato a retirarlas y después de dos o tres fiascos, me dije que me mantendría alejado de las relaciones durante un tiempo.

Una noche conocí a una pareja en un bar y después de unas copas me preguntaron si quería acostarme con ellos.

Yo sólo estuve con ella, siempre es así, y, aunque fue mi primera vez, sentí una libertad y una plenitud que no había sentido nunca hasta entonces. Estuve con esa

pareja durante un tiempo, casi un año, hasta que se mudaron a otra ciudad. Gracias a ellos conocí a más gente que también estaba interesada en esa clase de relaciones.

—Dios mío... —mascullé.

—En París conviví con otra pareja y llegué a plantearme la posibilidad de quedarme allí, pero siempre quise volver a Inglaterra, y al final nuestros caminos se separaron. Desde entonces no he vuelto a participar en ningún trío, ni tampoco he tenido relaciones con ninguna mujer, porque, sinceramente, no me llamaba la atención estar sólo con una. —Hablaba como si estuviese prestando declaración en un juicio—. Hasta que te conocí a ti.

Entonces le cambió la voz y a mí se me escapó un sollozo.

—Cuando te vi el día que fui a tu casa para recoger a Amelia y acompañarla a la boda, me excité tanto que casi me caí de rodillas. Fue increíble. —Me miró esperanzado y vi que le brillaban los ojos—. Pensé que lo de los tríos lo había superado y que mi apatía de los últimos años se debía a la acumulación de desengaños del pasado. Pensé que tenía ante mí la posibilidad de ser feliz, de sentir deseo, atracción y plenitud estando sólo con una persona.

Estando sólo contigo.

—Pero no es así.

—Sí es así —afirmó rotundo—, pero necesito más.

Escúchame, Marina, por favor.

—No.

—Antes me has dicho que fuera lo que fuese lo que me preocupaba podríamos solucionarlo —me recriminó dolido.

—Antes creía que te sentías presionado porque habías conocido a mi familia o que no querías que fuera tan a menudo a tu piso. No tenía idea de que ibas a pedirme algo tan perverso.

—Yo no te he pedido nada.

—¿No?

—No.

Prefería estar furiosa y ser cruel con él a reconocer que en realidad estaba muerta de miedo.

—Entonces, si te dijera que de acuerdo, que acepto hacer un trío contigo, ¿qué me dirías?

Clavó los ojos en los míos y tuve la sensación de que, por un segundo, me odiaba por hacerle esa pregunta.

—Te diría que no te creo y después te diría que no me basta con uno.

—¿Es por... —tragué saliva y aparté la vista—... es porque echas de menos estar con un hombre?

—No, no es eso. No siento deseo de estar con un hombre y nunca lo he sentido. Lo que quiero... —Volvió a agachar la cabeza y se frotó la cara con frustración—. Lo que necesito es estar contigo y con un hombre al mismo tiempo.

—No puedo, Rafferty. No puedo —repetí destrozada—. Sé que se supone que soy una mujer adulta y que el sexo consentido puede tener muchísimas formas, pero no puedo. —Me eché a llorar—. No puedo. Jamás podré meterme en una cama contigo y con otra persona. Te quiero —sollocé—, no podría soportar que nadie más, hombre o mujer, te tocara y te besara.

—Pero yo lo necesito, Marina. Pensaba que podría reprimirlo, pero no puedo. Sé que he empezado a alejarme de ti y que lo has notado, y aunque lo deseo con todas mis fuerzas, no puedo evitarlo. No soy capaz de entregarme a ti si no hay esa otra persona.

—No, no, no —repetí—, no puedo. Y si me quisieras no me lo pedirías.

—Te quiero, Marina.

—¡NO! —grité furiosa y di un par de pasos atrás—. No vuelvas a decírmelo, es mentira. Tú no me quieres.

Cuando quieres a una persona, no le pides que haga esta clase de cosas. Eso se lo propones a un par de desconocidas una noche tras una fiesta en la universidad, o si te vas de vacaciones a Ibiza. Pero no a la mujer a la que supuestamente amas.

Rafferty se levantó del banco y se acercó a mí decidido, pero cuando me sujetó por los antebrazos lo hizo con suavidad y noté que le temblaban los dedos.

—No te estoy pidiendo que hagas un trío conmigo y un desconocido para echar el polvo del año. Lo que te estoy pidiendo es que me ames lo suficiente y que dejes que yo te ame como necesito. Eso es lo que te estoy pidiendo, no lo confundas con un burdo juego sexual, porque no lo es. No lo es, esto es lo que soy. No sé cómo ni por qué, pero es lo que soy —repetió, antes de soltarme y volver a sentarse en el banco.

Habíamos acabado. Aunque en aquel instante me hubiese dicho que intentaría superarlo y que se resignaba a no participar nunca más en una relación de tres, no le habría creído. Y si yo le hubiese dicho que lo pensaría, que me plantearía seriamente la posibilidad de acostarme con él y con otro hombre al mismo tiempo, Rafferty no me habría creído a mí.

No había marcha atrás, nuestra historia había sido una farsa, un espejismo. La persona de la que yo me había enamorado en realidad no existía, porque si Rafferty necesitaba acostarse conmigo y con otro hombre en la misma cama y tocarnos a los dos, no era quien yo creía.

—Cogeré un taxi para volver a casa —le dije en voz baja—. Será mejor que tú te vayas directamente al aeropuerto. —Levantó la cabeza y me miró resignado—. Me encargaré de mandarte el equipaje a Londres. Yo, probablemente, me quede aquí una semana más.

Tardó varios minutos en contestarme, y cuando lo hizo fue tal como había anticipado.

—De acuerdo.

Miró de nuevo hacia la plaza y fijó la vista en unos niños que estaban jugando a la pelota.

—Tal vez algún día encuentres una mujer que logre que no sientas esa necesidad —sugerí, torturándome.

—No. La mujer que quiero eres tú, Marina. Espero que algún día conozcas a un hombre que te haga feliz, pero mientras, y aunque eso hable muy mal de mí, quiero que me eches tanto de menos que no puedas soportarlo y que cuando conozcas a ese hombre perfecto, te haga sentir un ápice del dolor que estoy sintiendo yo ahora.

—Lo siento, Rafferty, pero no puedo.

Me di media vuelta y me alejé del hombre del que me había enamorado.

Esa noche lloré furiosa y desconsolada. Me había arriesgado con Rafferty y él me había hecho mucho más daño que todas mis anteriores relaciones fallidas juntas.

No me había sido infiel, ni me había mentido... en realidad había sido dolorosamente honesto. Me había contado la verdad aun sabiendo que el resultado más probable de nuestra conversación sería el que había sido.

Una voz en mi cabeza insistía en que Rafferty se merecía mi respeto por su valentía y que tal vez lo había juzgado y condenado demasiado rápido. Yo jamás sería capaz de estar con dos hombres al mismo tiempo, pero por eso mismo no estaba legitimada para condenar esa clase de relaciones.

Su petición me había dolido tanto porque ponía de manifiesto mi peor miedo, el de no ser nunca suficiente. Y en su caso era evidente: Rafferty quería, no, necesitaba, acostarse conmigo y con otra persona al mismo tiempo porque conmigo no tenía bastante.

Salí furiosa de la cama donde había intentado dormir y abrí el armario en busca de su bolsa para guardar todas sus cosas. Las lancé frenética una detrás de otra, preguntándome por qué diablos él necesitaba algo así.

Por qué.

Cerré la bolsa y la saqué al pasillo, como si su mera presencia me doliese, y luego volví a meterme bajo la sábana para empezar a hacer planes. Era lo que hacía siempre que mi vida se venía abajo: hacer planes, listas, cualquier cosa que me ayudase a recuperar la falsa sensación de tenerlo todo bajo control.

La mañana siguiente me desperté abrazada a la almohada, que todavía olía a Rafferty a pesar de que él apenas había dormido en esa cama, y durante unos minutos fingí que todo había sido una pesadilla. Cuando no tuve más remedio que asumir que ese vacío iba a formar parte de mi vida, al menos durante un tiempo, salí de la cama y fui al encuentro de mi abuela. Le dije que Rafferty y yo habíamos discutido y que él había decidido volver a Londres. Ella me consoló y lo insultó en italiano, lo que siempre hacía que me pareciera más cruel y real.

Después, me duché y llamé a una empresa de mensajeros para que se ocupasen de su bolsa —no podía soportar tenerla cerca—, y en cuanto se la llevaron, me entregué en cuerpo y alma a los quehaceres de la casa con mi tía y mi abuela; cualquier cosa con tal de echar los recuerdos de Rafferty de mi cabeza y de otras partes de mi cuerpo.

Si me hubiese quedado en Italia, tal vez habría logrado olvidarlo, o al menos fingirlo con cierto convencimiento, pero tuve que volver a Londres enseguida, porque Amelia me necesitaba. Al parecer, mi mejor amiga se las había ingeniado para enamorarse de su jefe y éste estaba en coma después de sufrir un grave accidente de coche.

Volví dispuesta a ayudar a Amelia y a recomponer mi vida. Al fin y al cabo, Rafferty sólo había formado parte de ella durante unas semanas, y si mi estúpido corazón lo echaba de menos, sólo tenía que recordar que me había pedido que me acostase con otro hombre mientras él también me tocaba.

Sin embargo, cada vez que intentaba recuperar ese recuerdo, sus ojos angustiados aparecían asimismo en mi mente y lo único que entonces sentía eran ganas de gritarle y de exigirle que se convirtiese en un hombre «normal» y que no me pidiese esas locuras.

Para empeorar las cosas, en esa época veía a Rafferty como mínimo una vez por semana. Él era el mejor amigo, de hecho el único amigo, de Daniel, el novio de Amelia, así que coincidíamos, ¿por casualidad?, en el hospital. Y si no, se pasaba por el apartamento para dejarle algo a ella o para ayudarla.

Cuando me hablaba, se aseguraba de no sacar el tema y, en realidad, era muy respetuoso conmigo. Aunque sólo lo era con su voz y sus palabras, porque con la mirada notaba que me reprochaba mi negativa y que seguía sintiéndose dolido por mi rechazo y mi abandono.

Era yo la que tenía derecho a sentirse rechazada y abandonada.

Pensé que jamás lo superaría, que me pasaría el resto de la vida echando de menos a Rafferty, odiándolo por lo que me había pedido y sintiéndome culpable por no ser capaz de dárselo. Pensé que nunca conocería a otro hombre que despertase mínimamente mi interés y consiguiese hacerme sonreír y vibrar de nuevo.

Hasta que meses más tarde apareció James Cavill.

Al cabo de unos meses, demasiado tristes y dolorosos para recordarlos, mi vida pareció recuperar cierta normalidad. Seguía enamorada de Rafferty, aunque intentara negármelo, eso era una realidad, pero poco a poco mi corazón había vuelto a latir sin ese vacío que había resonado en su interior desde nuestra ruptura, y estaba segura de que llegaría el momento en que volvería a estar entero. Tal vez incluso llegara el día en que pensara que haberme enamorado de Rafferty había sido algo bueno, parte de mi aprendizaje como persona.

Al principio de nuestra separación solía verlo a menudo, y seguro que eso no me ayudó, pero en cuanto —gracias a Dios— Daniel salió del hospital, esos encuentros fueron espaciándose hasta convertirse prácticamente en inexistentes. Lo echaba de menos, a pesar de que después de hablar con él, aunque sólo fuese sobre el tiempo o la película del día anterior para distraer a Amelia, me pasaba la noche llorando y sintiéndome de nuevo muy desgraciada. Echaba de menos no cruzarme con él de vez en cuando.

Por Amelia supe que se había ido a París por trabajo varias semanas y que después recorrió distintas ciudades europeas por el mismo motivo. Era una explicación lógica y encajaba perfectamente con su trabajo y, sin embargo, me carcomieron los celos durante días.

Rafferty Jones había desaparecido de mi vida, había dejado una huella innegable y probablemente partes de él jamás se desvanecerían de mí del todo, pero ya no estaba a mi lado y podía, por fin, seguir adelante.

Poco a poco fui saliendo de nuevo con mis amigas y gracias a que convencí a Amelia para que se viniese a trabajar a la ONG conmigo, ni siquiera allí me permitía ponerme triste.

En las pocas ocasiones en que me había sentido melancólica, mi amiga se había encargado de animarme y de recordarme que yo a ella prácticamente la había obligado a volver a fijarse en los hombres. Yo me reía y le decía que hasta que no llegase el hombre perfecto prefería seguir sola.

Una mañana, mientras las dos nos estábamos preparando para recibir a un posible cliente, me quedé sin argumentos. La petrolera Britania Oil estaba interesada en iniciar una nueva perforación en la costa noreste de las Islas Británicas y antes de empezar querían un exhaustivo informe de los derechos medioambientales de la zona, así como de las consecuencias que tendría sobre su reputación una posible demanda en ese sentido.

Nos sorprendió esa petición por parte de una compañía petrolera. Lo habitual era que se comportasen como si fuesen amos y señores de los océanos y del resto del

planeta. Nosotras la aceptamos intrigadas y dispuestas a conseguir un buen cliente al que poder educar en el fino y necesario arte del derecho medioambiental.

—¿Conoces al abogado de la petrolera? —me preguntó Amelia, mientras estábamos en una de las salas de reuniones de la ONG, esperando su visita.

—No, nunca había oído hablar de él.

—Yo tampoco, pero ayer por la tarde investigué un poco.

—¿Por?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Por curiosidad, supongo. O porque Daniel me ha convertido en una persona extremadamente desconfiada y quería echarle un vistazo antes de dejarle reunirse con nosotras.

—¿Y qué has descubierto? —Le sonreí y guardé los folios en una carpeta de cartón.

—Que al parecer es brillante y un candidato perfecto a ser espía del MI6. Nació en Inglaterra, pero se crió en Japón, y sólo volvió aquí para estudiar la carrera de Derecho. En cuanto se graduó, volvió a marcharse y ha vivido y trabajado en medio mundo. Al parecer es de los mejores.

—Procura que Daniel no te oiga decir eso —me burlé.

—Daniel es el mejor.

—Oh, vamos, déjalo. Estás tan enamorada que da asco.

Intenté sonar despreocupada, pero Amelia vio la verdad y me cogió la mano.

—Siento mucho que lo tuyo con Rafferty no saliera bien. Ni Daniel ni yo entendemos qué diablos ha hecho.

—No ha hecho nada. —Sentí el impulso de defenderlo—. Sencillamente, lo nuestro no funcionó.

Estoy bien, de verdad.

—Deberías salir más. Si te pasas los días aquí metida y las noches encerrada en el piso, nunca conocerás a nadie.

—Tengo mucho trabajo atrasado.

—No es verdad, y aunque lo fuera, puede esperar una noche.

—Amelia...

—Marina...

En ese preciso instante, alguien llamó a la puerta y evitó que volviésemos a comportarnos como adolescentes.

—Adelante —dije yo levantando la voz.

Apareció Rita, la recepcionista de la ONG, con una sonrisa y algo sonrojada.

—El señor Cavill está aquí —nos dijo.

—Gracias, Rita. Hazlo pasar, por favor —contesté, mirándola intrigada.

Cuando se apartó y apareció el señor Cavill comprendí a qué se debía su sonrojo y su sonrisa y no pude evitar reaccionar igual. De reojo, vi que Amelia sonreía satisfecha, como el gato que se ha comido al canario.

James Cavill era sencillamente impresionante.

Durante medio segundo no pude evitar compararlo con Rafferty, pese a que, mientras éste era rubio y de piel dorada, aquel otro hombre tenía el pelo completamente negro y unas facciones tan duras que parecían esculpidas en hielo.

Iba perfectamente afeitado, pero la sombra de la barba se vislumbraba bajo sus pómulos y en la barbilla.

Tenía los ojos de un azul grisáceo, lo que le daba un aspecto casi irreal. Era alto, más que Rafferty, y parecía sentirse muy cómodo en su piel. Llevaba un traje negro con camisa blanca y corbata también negra y cuando la puerta se cerró detrás de él, le tendió primero la mano a Amelia, que era la que estaba más cerca.

—Buenos días, soy James Cavill.

Ella le estrechó la mano y se presentó. Observé el intercambio en silencio. La voz de Cavill se me estaba colando bajo la piel y me había hecho un nudo en el estómago. Por un momento dejé de pensar en Rafferty, y el alivio que sentí fue tan grande que tuve que apoyarme en la mesa que tenía delante para no caerme. Fue apenas un instante, porque de inmediato me sentí culpable y después me puse furiosa por ello.

Yo no había hecho nada malo, era Rafferty el que me había pedido una atrocidad, y tenía todo el derecho del mundo a fijarme en otro hombre y sentirme atraída, aunque fuese ridículo y él ni siquiera me hubiese visto.

—Entonces, usted debe de ser la señorita Coffi. Es un verdadero placer conocerla.

Vi su mirada antes de darme cuenta de que me estaba ofreciendo la mano. Una llama se encendió en mi pecho y empezó a quemarme lentamente. Me habría abanicado cual damisela del siglo XVIII, pero logré contenerme, no así el sonrojo, que probablemente incluso se hizo más intenso.

Acepté su mano y se la estreché. Él notó que yo estaba temblando y me sonrió y acarició la piel de los nudillos con el pulgar.

—Gracias, igualmente.

Le solté la mano y lo invité a sentarse. Si Amelia no hubiese estado ese día allí conmigo, habría sido incapaz de mantener una conversación con un mínimo sentido.

El corazón me latía muy deprisa y no podía dejar de mirar al hombre, aunque al mismo tiempo intentaba evitar hacerlo a toda costa. El nudo que se me había formado en el estómago al verlo entrar sólo había empeorado. Me resultaba imposible concentrarme y no podía entender que en menos de unos meses volviese a sentirme tan repentina e inexplicablemente atraída por un hombre. Si no me había sucedido en treinta años, ¿por qué tenía que pasarme dos veces en tan poco tiempo?

No estaba preparada para soportarlo, y a pesar de que varias partes de mi cuerpo me odiaron por ello, en aquel preciso instante me prometí que esa vez no cedería a aquella atracción y que mantendría las distancias con James Cavill.

Por lo que Amelia me había contado de él, Cavill no residía en Londres, probablemente ni siquiera viviese en Inglaterra, y yo no estaba dispuesta a tener una aventura con un desconocido que estaba de paso en la ciudad, por letal que fuese su atractivo.

—¿Usted qué opina, señorita Coffi?

Y por seductora y ronca que tuviese la voz.

—¿Disculpe? —pregunté confusa, y él, el muy canalla, me sonrió.

—La señorita Clark ha sugerido que para poder elaborar el informe que les pedimos en condiciones, necesitan tener acceso a los planos de prospección de la petrolera.

—Sí, por supuesto.

Si eso era lo que le había dicho Amelia, estaba completamente de acuerdo con ella, aunque en aquel instante fuese incapaz de comprenderlo.

—Entonces, me imagino que no tendrá ningún inconveniente en reunirse conmigo en las oficinas que Britania Oil tiene en el centro. Me temo que esos planos no pueden salir de nuestras dependencias. Además, allí podrá preguntarme todo lo que quiera.

Un cosquilleo me recorrió la espalda y tuve que tragar saliva.

—Tal vez será mejor que se reúna con Amelia, ahora mismo yo estoy ocupada con...

—Voy a tener que insistir en que sea usted —me interrumpió Cavill—. Su reputación como experta en derecho medioambiental la precede. De hecho, usted es el único motivo por el que Britania Oil se ha planteado por primera vez realizar este tipo de consultoría antes de iniciar una explotación. No es negociable. Si no contamos con usted, lamentándolo mucho tendré que prescindir de sus servicios.

Mientras iba hablando, James Cavill iba entrecerrando los ojos, y su color se iba oscureciendo hasta que se convirtió en mercurio y me ahogué en ellos.

—Estoy dispuesto a adaptarme a sus horarios, señorita Coffi, y no pongo en duda que la señorita Clark también es una estupenda abogada, pero la quiero a usted.

Esa última frase me detuvo el corazón un segundo, porque tuve la sensación de que estaba hablando de él personalmente y no de la empresa para la que trabajaba.

Fue halagador y parte de mí se sintió reconfortada al ver que aquel hombre se sentía atraído por mí. Tras la petición de Rafferty, mi orgullo no había vuelto a ser el mismo.

Me asusté. Como abogada no podía negarme, la ONG no podía dejar escapar esa oportunidad, pero como mujer a la que apenas unos meses atrás le habían roto el corazón, iba a mantener las distancias.

—De acuerdo, señor Cavill, reorganizaré mi agenda y me reuniré con usted —accedí.

Él sonrió de un modo distinto al que me había sonreído antes y por un segundo le cambió el rostro por completo y pensé que iba a devorarme allí mismo.

Exceptuando a Rafferty, ningún hombre me había mirado con tanta intensidad, y la mirada de Cavill era más dura aún que la de Raff, menos contenida, más real e impactante.

—Me alegro de que hayamos aclarado este punto —dijo entonces, recuperando

un tono más profesional.

Amelia carraspeó y, cuando la miré, las cejas casi se le salían por lo alto de la cabeza. Por suerte para mí, vio la confusión en mi rostro y tomó la palabra para volver a llevar la conversación hacia los temas legales correspondientes. Gracias a ella, pude pasar las dos horas siguientes mínimamente centrada en mi trabajo.

James Cavill no parecía tener el mismo problema, porque una vez resuelto el tema de quién iba a ocuparse de la consulta, no volvió a mirarme con aquella intensidad que sólo podría definir como hambrienta y nos demostró, tanto a Amelia como a mí, que era un abogado brillante e incansable.

La reunión fue muy productiva, y duró hasta que una alarma proveniente del móvil de mi amiga nos sorprendió a todos.

—Lo siento —se disculpó ella, apagándola de inmediato—. Me temo que tengo que irme.

Se puso en pie y James Cavill y yo la imitamos.

—Ha sido un verdadero placer conocerlo, señor Cavill —le dijo, tendiéndole la mano—. Lamento tener que irme, pero tengo un compromiso.

Recordé que Amelia me había comentado antes que había quedado para comer con Daniel.

—Lo mismo digo, señorita Clark, y llámeme James.

—Por supuesto, James. —Se estrecharon la mano y ella se volvió hacia mí antes de salir—. Nos vemos luego, Marina.

—Claro, saluda a Daniel de mi parte.

A Amelia le brillaron los ojos al oír el nombre de su pareja y tuve celos de los dos. Yo había sentido algo así durante un tiempo; había sido breve y había sido mentira, pero mis sentimientos habían sido de verdad.

La puerta se cerró y con el sonido de la cerradura encajando en su lugar, me di cuenta de que acababa de quedarme sola con James Cavill. Sentí su mirada en mi rostro y me quedé inmóvil mientras él volvía a sentarse en la misma silla que había ocupado hasta entonces. No hizo ningún ademán de recoger sus cosas, sino todo lo contrario: cruzó los brazos y apoyó la espalda en el respaldo de la silla negra, dominando el espacio por completo.

Nunca podría volver a entrar en aquella sala de reuniones sin imaginármelo a él.

Tenía que hacer algo para retomar el control y evitar que se percatase de lo mucho que me estaba afectando su presencia. Volví a sentarme y fijé la vista en los papeles que tenía delante, sin ser capaz de leerlos, porque todavía sentía su mirada fija en mí.

—Bueno —carraspeé—, sigamos.

—No.

—¿No?

—No, deja esos papeles tranquilos y mírame.

Lo hice, pero seguí sujetando los papeles entre los dedos. James levantó la comisura izquierda del labio y a mí me dio un vuelco el estómago. Respondí a esa

media sonrisa enarcando una ceja y permanecí en silencio. Recé para que él pensara que le estaba plantando cara, cuando en realidad no había encontrado todavía la voz.

—Desconfías de mí —dijo entonces—, casi tanto como te sientes atraída hacia mí.

—¿¡Cómo se atreve!?

James descruzó los brazos y se inclinó hacia delante.

—No tienes nada que temer, yo también me siento atraído por ti —contestó, con una seguridad y una calma que resultaba incluso contagiosa—. La cuestión es, Marina, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Tragué saliva e intenté en vano imitar su tono.

—Nada, no vamos a hacer nada, *James*.

Pronuncié su nombre con cierto retintín y a él, evidentemente, no le pasó por alto.

—Oh, vamos, no me digas que estás molesta porque a ti no te he pedido que me llamas por mi nombre y a la señorita Clark sí.

Me sonrojé y me puse furiosa. Ése no era el motivo por el que estaba molesta, pero después de que él lo mencionase, sí que me irritó que hubiese hecho esa distinción. Estaba tan confusa, alterada y mareada por esa atracción que me costaba pensar, y no sabía si quería echarlo de allí o seguir discutiendo con él para poder mirarlo un rato más.

—No, no estoy molesta por eso —le mentí.

—Me alegro. Tú y yo estamos por encima de esas formalidades.

—Tú y yo acabamos de conocernos.

—Tal vez —reconoció—. Dime por qué me tienes miedo.

—Yo no te tengo miedo.

Volvió a sonreírme como si supiera que cada vez que lo hacía mi estómago se perdía por dentro de mi cuerpo y se puso en pie.

—Ven, salgamos de aquí —me pidió, mirándome.

—¿Por qué?

—Ven y lo averiguarás.

No debería haber caído en la tentación que representaba aquel hombre. Tendría que haber hecho caso a mi instinto de supervivencia que me decía que era demasiado pronto y que no podía volver a arriesgar mi pobre y destrozado corazón.

James Cavill era fascinante, su fuerza era contagiosa y el magnetismo animal que desprendía se metía por todos los poros de mi piel. Estando con él, tenías la intuición de que podías ponerte en sus manos y dejarte llevar. Era una sensación tranquilizadora y embriagadora.

Nunca me había considerado una mujer de esas que buscan que un hombre cuide de ellas, pero durante ese primer almuerzo con James, me di cuenta de que él sí era la clase de hombre que inspira que te dejes cuidar. Era decidido, sensual, seguro de sí mismo y tan misterioso que no sabías si era de verdad o un personaje creado por tu imaginación.

—Cuéntame por qué decidiste dedicarte al Derecho medioambiental —me dijo, mientras me servía un poco más de vino blanco.

Me había llevado a un restaurante del centro de la ciudad. Había insistido en ello.

Para ser un hombre que supuestamente no vivía en Londres, se lo conocía a la perfección y consiguió sorprenderme con su propuesta. El Berners Tavern estaba ubicado en un antiguo edificio con un techo tan alto que quitaba el aliento y la comida era absolutamente deliciosa.

—Mis padres son muy aficionados al arte y a mis dos hermanos y a mí siempre nos llevaban de viaje a ver museos y catedrales. Solíamos viajar en coche, porque mi madre decía que prefería discutir con nosotros en el coche que en un avión.

»Recuerdo que nos pasábamos horas en la carretera y que un día me di cuenta de que me gustaba más ver el paisaje que cruzábamos para llegar a nuestro destino que los cuadros o las esculturas de los museos.

—Supongo que tiene sentido, la naturaleza también es una obra de arte. ¿Qué? — Me miró con una sonrisa en los labios.

—Nada —le contesté—. Sólo es que me sorprendes.

Nada más.

—Ah, comprendo. Creías que porque trabajo en una gran multinacional quiero destruir el planeta —se burló.

—No —me sonrojé—, bueno, tal vez un poco.

James se rió y su risa me acarició la nuca y me erizó la piel. Él se dio cuenta y colocó una mano encima de la que yo tenía en la mesa.

—Me gusta mi trabajo, pero nunca he pensado que me definiera como persona. No es lo que soy.

—¿Y qué eres?

No aparté la mano, podía sentir el calor que desprendía su piel sobre la mía.

—Un hombre que se siente muy atraído por ti y que quiere averiguar por qué tienes los ojos tan tristes.

La mención de mi tristeza me llevó a recordar a Rafferty y se me encogió el corazón al pensar que estaba allí sentada, flirteando con otro hombre. No tuve más remedio que retirar la mano. James me permitió retroceder unos centímetros, hasta que me la capturó y entrelazó con cuidado los dedos con los míos.

—Me siento halagada.

—No te lo he dicho para halagarte, te lo he dicho porque es la verdad y porque hace mucho tiempo me prometí que siempre sería sincero conmigo mismo y con los demás.

Sonreí con tristeza.

—Es un gran consejo. Conozco a alguien que debería aprender de ti y no ocultar sus verdaderos sentimientos a los demás.

Me apretó ligeramente los dedos.

—Cuéntame por qué dices eso.

—No, no puedo. —Aparté la mano y en esta ocasión él accedió a dejarme ir—. No es mi historia. Pero puedo decirte que no estoy preparada para esto. Tú te irás dentro de unos días y yo...

—Yo no me voy a ninguna parte, Marina.

Volví a sonrojarme, esta vez de vergüenza, y aparté la vista.

—Lo siento, pero esta metedura de pata demuestra que no soy de la clase de mujer a la que estás acostumbrado.

—Debes saber una cosa de mí: no soy lo que te esperas. No tengo una clase de mujer, ni de persona.

Me sorprendió verlo enfadado, no entendía que mi comentario le hubiese molestado tanto.

—Yo sólo...

—No, no te disculpes —me interrumpió—. No has hecho nada malo. En realidad, soy yo el que debería disculparse. Es evidente que no quieres mantener esta clase de conversación ahora. No debería haberte presionado. —Relajé los hombros y él añadió—: Lo que no significa que no quiera mantenerla en otro momento. Te aseguro que esto sólo es una leve retirada, no una rendición.

—No merece la pena, créeme.

—Voy a contarte una cosa. Supongo que antes de la reunión de hoy, habrás buscado información sobre mí, ¿me equivoco?

—La buscó Amelia.

James asintió sin prácticamente inmutarse.

—Me crié en Japón, mi padre trabajaba en el cuerpo diplomático. De pequeño, soñaba con volver a Inglaterra y llevar una vida normal. Mis padres me prometieron

que cuando cumpliera dieciocho años y tuviera que ir a la universidad, volveríamos a Londres, y utilicé esa excusa para no implicarme en nada de lo que sucedía a mi alrededor. Ellos murieron unos meses antes de que regresáramos.

—Oh, lo siento. No lo sabía.

Levantó una mano para detenerme y, aunque con el gesto le quitó importancia a esa última información, no terminé de creérmelo.

—Fue hace mucho tiempo. En cualquier caso, me enseñó que la vida desaparece así de rápido —chasqueó los dedos—, y que cuando quieres algo, tienes que luchar para conseguirlo. A cualquier precio.

Hablaba con tanta pasión, con tanta intensidad, que resultaba hipnótico. No sabía qué decirle. A pesar de la atracción que sentía por él, acababa de conocerlo y no podía contarle que meses atrás me había enamorado de un hombre al que había dejado porque quería hacer un trío.

Pero James me miraba expectante.

—Hay veces —empecé tras carraspear— en que el precio es demasiado alto.

—Nunca.

Fue una frase tan rotunda que no pude evitar reírme.

—Tiene que ser maravilloso estar tan seguro de uno mismo —le dije, sintiéndome más cómoda.

Flirtear con un ligón, que era lo que me había parecido James con ese último comentario, sí que sabía hacerlo.

Pero me salió el tiro por la culata.

—Tienes una risa preciosa, Marina. Ahora no sólo querré saber qué te ha pasado para que estés triste y asustada, sino que también querré hacerte reír.

—¿Siempre eres tan directo?

—Siempre, ya te he dicho que no quiero tener más remordimientos.

—¿Y crees que yo sería un remordimiento?

—Sé que lo serías. Mira, no pienses en eso ahora.

Llegué a Londres hace una semana y tengo intención de quedarme aquí. He viajado durante mucho tiempo, tal vez demasiado, ahora quiero algo completamente distinto. Tú y yo vamos a vernos muy a menudo para confeccionar el informe de la petrolera y voy a invitarte a cenar, a comer o a salir conmigo todas y cada una de las veces.

—No voy a aceptar.

—Sí, sí aceptarás. Ya lo verás.

Luego volvió a cambiar de tema de conversación y consiguió relajarme de nuevo. Me resultaba muy difícil mantener las distancias y si hubiese insistido un poco más, quizá le habría contado por qué no estaba dispuesta a salir con nadie, pero no lo hizo.

Me invitó al almuerzo y después insistió en acompañarme de regreso a la oficina. Durante el paseo, me contó algunas anécdotas de su vida en Japón como si fuéramos viejos amigos y el tiempo pasó tan rápido que cuando nos detuvimos frente a la

puerta de la ONG deseé que ésta estuviese todavía muy lejos.

—Gracias, James —le dije sinceramente.

—De nada, Marina. —Me sonrió porque adivinó a qué me refería—. ¿Te va bien que nos reunamos mañana a las diez en Britania Oil? Esta tarde pediré que me preparen la información que me habéis solicitado y así podremos ponernos a trabajar de inmediato.

—Sí, allí estaré.

—Te estaré esperando, señorita Coffi.

Se inclinó antes de que pudiera adivinar que iba a hacerlo y me besó en la mejilla izquierda. Se apartó con una sonrisa en los labios y se marchó sin decirme nada.

Yo me quedé allí plantada, mirándolo mientras se alejaba. El corazón me latía muy deprisa y se me había encogido el estómago. Era una sensación agradable que creía que no volvería a sentir en mucho tiempo y me permití saborearla.

Cuando entré en la oficina, saludé a mis compañeros y fui a mi despacho para organizar los casos en los que estaba trabajando. Aceptar el encargo de la petrolera podía significar un gran cambio para nosotros, pero no por ello íbamos a dejar de lado los otros temas de los que nos estábamos ocupando. Amelia me había dicho antes que ella se ocuparía de los que pudiera, yo podía hacerme cargo de otros, y del resto alguno de los abogados con los que trabajábamos.

Estaba tan contenta que me resultó muy fácil concentrarme, era como si me hubiesen quitado un peso de encima. Igual que tras un período de luto por la pérdida de un ser querido, sentí que por fin me estaba despidiendo de Rafferty. Me dio pena y se me encogió el corazón un segundo. Siempre había soñado que el día que me enamorase de verdad sería para siempre, y de Raff me había enamorado mucho, de esa manera loca e instantánea y apasionada que sólo sucede la primera vez.

No había salido bien, Raff y yo no éramos lo que el otro necesitaba. Tal vez yo jamás entendería ni respetaría lo que él me había pedido y probablemente él no entendería que yo me hubiese negado a dárselo, pero la conclusión final era la misma: no podíamos estar juntos.

Si nos hubiéramos mentido y hubiésemos seguido adelante, nos habríamos hecho muy infelices. Él me habría engañado y quizá yo también.

Era un alivio asumir que, a pesar del dolor, había dado el paso correcto. El tiempo lo curaba todo y acababa de conocer a un hombre increíble que había reconocido sentirse muy atraído por mí.

La vida era maravillosa.

La puerta de mi despacho se abrió y apareció Amelia.

—Estás sonriendo —me dijo, desprendiendo felicidad.

—Sí, supongo que sí.

—Me alegro. —Apartó la silla que había frente a mi escritorio y se sentó—. Vamos, cuéntame qué tal ha ido con James.

Durante media hora nos permitimos comportarnos como adolescentes, hablamos

de lo guapísimo que era el señor Cavill y de sus impresionantes ojos grises. Sin embargo, mi amiga no fue capaz de ocultar que en el fondo seguía preocupada por mí y por el tiempo que me había llevado recuperarme de mi ruptura con Rafferty.

—Prométeme que esta vez intentarás ir más despacio.

—Tú sabes perfectamente que estas cosas no pueden controlarse.

No quería discutir con Amelia, había tenido un día increíble y no quería estropearlo. Además, aunque su preocupación fuese lógica y se basase en el cariño que nos teníamos, ella también se había enamorado en cuestión de días y en circunstancias todavía más rocambolescas que las mías.

—Lo sé —reconoció—, pero al menos prométeme que tendrás cuidado.

—Te lo prometo. Yo tampoco quiero que vuelvan a romperme el corazón.

Amelia asintió y me contó que Daniel y ella habían almorzado cerca del bufete de él, Mercer & Bond, porque Daniel estaba ejerciendo de asesor en la fusión de dos bancos escoceses. Esa clase de negocios siempre me habían parecido aburridos; sin embargo, me produjo gran satisfacción oír que Daniel volvía a trabajar después del accidente.

Y al pensar en él y en las semanas que había pasado en coma en la cama del Royal Hospital, el rostro de Rafferty se materializó en mi mente.

—¿Te sucede algo, Marina?

Sacudí la cabeza y vi que Amelia me miraba con una ceja en alto. Al parecer, me había quedado más tiempo del que creía perdida en mis recuerdos.

—¿Sabes algo de Rafferty?

La pregunta la pilló por sorpresa, eso fue más que evidente. Las dos habíamos decidido tácitamente que no volveríamos a mencionar su nombre. Yo me imaginaba que Amelia lo había visto en alguna ocasión; al fin y al cabo, él era el mejor amigo de Daniel, pero nunca me lo había mencionado.

—Sí.

—¿Cómo está?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, de verdad. —Vi que no se decidía y añadí—: Me siento culpable, Amelia.

—¿Por qué? ¿De qué?

—De sentirme atraída por James, de haber ido a comer con él, de haberme reído con él. De haber tenido ganas de que me besara —confesé—. Siento como si le estuviese siendo infiel a Rafferty.

—No digas tonterías, Marina. Rafferty y tú ya no estáis juntos, no le estás siendo infiel.

—Lo sé y cuando consigo pensar con la cabeza —me la toqué con dos dedos—, lo entiendo así. Pero hay momentos en los que no puedo evitar pensar que no estamos juntos por mi culpa y que si yo hubiese accedido a lo que me pedía habríamos salido adelante. Le dejé y él me dijo que me quería.

—Y me gusta pensar que te dijo la verdad, Marina, pero si ese día viste claro que

él y tú no podíais estar juntos, no sigas torturándote con eso.

—Sí, tienes razón.

—Ya verás cómo dentro de nada dejas de sentirte culpable, no te preocupes.

—No me has contestado. ¿Cómo está Rafferty?

Amelia cogió aire antes de volver a hablar, resignada a decirme la verdad.

—Está bien, en Francia. Daniel habló con él el otro día y me dijo que lo había oído cansado y distante. Sí, creo que ésas fueron las palabras que utilizó.

—¿Sabes si va a quedarse allí mucho tiempo?

Recordé lo que Rafferty me había contado sobre aquella pareja de París con la que formó un trío durante años y me hirvió la sangre.

—Creo que de momento no tiene previsto volver, ¿por qué lo preguntas? ¿Cambiarían algo las cosas si volviera mañana?

—No, por nada. Y no, aunque Rafferty Jones apareciera mañana, las cosas no cambiarían. Lo nuestro acabó en Italia y es mejor que los dos sigamos nuestro camino por separado.

—Supongo que sí, pero aunque no me lo has pedido, deja que te dé un consejo. A veces hay caminos que da mucho miedo seguir, pero cuando los emprendes, sabes que tu vida no habría valido la pena si no los hubieras elegido.

—¿Desde cuándo eres tan profunda? —intenté bromear.

—Desde que me atreví a estar con Daniel y descubrí de lo que soy capaz por amor y lo mucho que vale la pena arriesgarse a sentirlo.

El modo en que me miró me inquietó e impidió que hiciese ningún otro comentario a la ligera. Carraspeé nerviosa y desvié la vista hacia la pantalla del ordenador, que se me había bloqueado. No me gustaba sentirme una cobarde.

Britania Oil era la cuarta compañía petrolera más grande del mundo. James Cavill no era un abogado más de los cientos que seguro que empleaban: era el jefe del departamento jurídico. Era el directivo más joven de la empresa y circulaban infinitos rumores acerca de cómo había conseguido esa clase de promoción tan rápido y con tanta contundencia. Dichas teorías eran de lo más dispares e incluían desde favores sexuales hasta chantajes políticos.

La realidad era que James era sencillamente brillante. Se había graduado el primero de su promoción y después se había ido construyendo un currículum espectacular, trabajando en las mejores multinacionales europeas. Además del japonés, dominaba el ruso y el francés y podía defenderse en alemán, y poseía esa clase de educación y elegancia innata que había heredado de sus padres.

Cinco años atrás, cuando se enteró de que Britania Oil quería contratar a un joven abogado para su departamento jurídico, consiguió que lo llamasen para una entrevista y, una vez allí, los convenció de que lo contratasen como jefe de ese departamento. Había averiguado que su predecesor iba a jubilarse y les dijo que si no le daban su puesto estarían cometiendo un grave error.

A partir de ese momento, su reputación profesional no dejó de crecer y de llenarse de anécdotas que lo hacían parecer invencible a la vez que poseedor de un código de honor propio y de unos sólidos principios. Se sabía que era ambicioso y que le gustaba ganar, pero al mismo tiempo nunca nadie había podido acusarlo de nada truculento.

De su vida personal nadie sabía nada, excepto que se había criado en Japón y que sus padres habían muerto en un accidente aéreo cuando él estaba a punto de cumplir dieciocho años.

La información que encontré de James Cavill, la que habría encontrado cualquiera, era la que él quería que se encontrase, y lo único que supe con certeza, además de ese puñado de datos, era que era un hombre que no dejaba nada al azar.

A la mañana siguiente, acudí a la impresionante sede que Britania Oil tenía en la City de Londres.

Aunque estaba nerviosa, había dormido bastante bien, porque por primera vez desde mi regreso de Italia, no había soñado con la discusión que Rafferty y yo tuvimos en la plaza de Siena, y tampoco con sus besos o con que estábamos haciendo el amor. Antes de Rafferty, yo nunca había soñado con un hombre en concreto y días atrás había llegado a pensar que mi cuerpo se negaba a olvidar sus caricias. Pero la noche anterior ya no había soñado con él y lo interpreté como una señal para dejar de sentirme culpable y seguir adelante con mi vida.

El cielo grisáceo de la ciudad se me antojó bonito, porque me hizo pensar en los ojos de James, y silbé una melodía mientras subía en el ascensor acompañada de varios ejecutivos idiotizados por sus móviles. Cuando llegamos a la planta en la que se encontraba su despacho, la puerta del ascensor se abrió tras avisar con una campanilla y él apareció ante mí.

Me dio un vuelco el corazón al verlo sonreír.

—Buenos días, Marina.

Había ido a esperarme. Era un detalle absurdo, ridículo incluso si lo asociabas con un hombre con el cargo de James Cavill en la petrolera, y me pareció romántico.

—Buenos días —le contesté feliz—. No hacía falta que vinieras a buscarme.

—Por supuesto que sí. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. Ven, te acompañaré a la sala que he preparado para nosotros.

Nos instalamos en la sala de reuniones «pequeña», así fue cómo la llamó James, a pesar de que sus dimensiones eran más que considerables, y vi que encima de la mesa había dos ordenadores portátiles, multitud de expedientes y varios canutos de cartón que con toda seguridad contenían mapas y planos.

Puso en marcha los ordenadores y me preguntó si me apetecía tomar algo, un café o cualquier otra bebida.

—No, gracias, estoy bien.

—Si no te importa, tengo que ausentarme un rato —se disculpó—, debo atender una llamada. Pero volveré en cuanto termine. Si necesitas algo, estoy en la puerta de al lado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, no te preocupes.

Me miró de aquella manera tan intensa, igual que me había mirado el día anterior durante nuestro almuerzo, y se dirigió hacia la puerta, que no había llegado a cerrar al entrar.

—Señor Cavill —apareció una chica con un recogido que proclamaba que ejercía de secretaria—, lo están esperando.

—Gracias, Sylvia, enseguida voy —contestó, y en cuanto ella se marchó, volvió a dirigirse a mí—. ¿Seguro que estarás bien?

Su caballerosidad era tan natural, tan innata, que lo hacía parecer incluso más atractivo. Aunque no le hiciera ninguna falta.

—Seguro.

—Volveré en cuanto pueda.

Me miró una última vez y salió al pasillo para ir a su despacho. Estuve más o menos una hora sola y, sorprendentemente, pude concentrarme.

Britania Oil se había tomado en serio lo de la consulta medioambiental y me habían facilitado toda la documentación que necesitaba para poder empezar. Yo sólo estaba al tanto de las cuestiones legales del asunto, pero en la ONG también trabajaban biólogos y, a lo largo de los años, algo había aprendido de ellos, aunque por supuesto les consultaría más adelante. De momento, con lo que sabía, me bastaba

para empezar a trazar las que serían las líneas básicas del informe.

Estaba sumida en una lectura, cuando la voz de James me sobresaltó.

—Estás preciosa —dijo desde la puerta, antes de entrar.

Levanté la vista y le sonreí. Cada vez me resultaba más fácil aceptar sus cumplidos. Parecían sinceros, y para mi orgullo herido era muy reparador oírlos.

—Hola —lo saludé embobada.

—Hola.

Él entró y cerró la puerta tras de sí. Se acercó a la mesa y se sentó en la silla que quedaba frente a la mía; entonces alargó una mano y me cogió la que yo tenía junto al ordenador.

La seguridad con que deslizaba el pulgar por mis nudillos, como si lo hiciera a diario, me resultó increíblemente sensual. Era maravilloso poder dejarme ir y no pensar en nada.

Estuvimos en silencio unos segundos, cerré los ojos y suspiré.

—No entiendo por qué me siento tan segura contigo —dije en voz baja.

—Porque estás conmigo.

Noté el tacto de sus labios en mi mano y después le dio la vuelta y apoyó la mejilla en mi palma. A diferencia de Rafferty, James no parecía tener ningún problema en mostrarme su lado más tierno.

Abrí los ojos de repente y aparté la mano.

Maldita sea, ¿por qué había tenido que pensar en Rafferty en aquel preciso momento? ¿Por qué?

James no pareció enfadarse, se limitó a mirarme a los ojos y esperar. Lo hizo hasta que yo tuve la necesidad de explicarme.

—Hace unos meses, conocí a alguien, se llamaba Rafferty, y me enamoré de él. Rompimos al cabo de poco de tiempo porque... —tragué saliva—, porque no le bastaba conmigo.

James entrecerró los ojos y vi que le ardían furiosos.

¿Era porque estaba celoso o porque le molestaba que alguien me hubiese hecho daño? Nuestra relación todavía no justificaba ninguna de las dos reacciones.

—Todavía estás enamorada de él —afirmó más que preguntó.

—No.

—Sí, por eso has apartado la mano ahora, porque ha sucedido algo que te ha hecho pensar en él y te has sentido culpable.

—No.

—Marina, eres la mujer más sensual que he conocido nunca, tus ojos, tu piel, tu rostro, responden cuando te miro, cuando te toco, cuando estamos cerca. Me siento muy atraído por ti y tengo la sensación de que puedo ver en tu interior. Es excitante, jamás me había sucedido nada igual, y tan intenso que siento que te conozco mucho más de lo que debería. Y a ti te pasa lo mismo, por eso has dicho antes que te sientes segura conmigo, porque esta atracción es tan fuerte que es como si ya formaras parte

de mí.

El corazón me subía por la garganta y notaba un cosquilleo recorriéndome la piel por el modo en que me miraba.

—No me importa que sigas enamorada de ese otro hombre, de Rafferty. Él no está aquí y yo sí. Tienes que dejar de sentirte culpable, no tienes motivos. No has hecho nada.

—Pero quiero hacerlo.

Al oír esa frase, se levantó de su silla y rodeó la mesa para acercarse a mí. Lo hizo despacio, manteniendo en todo momento su mirada metalizada fija en la mía.

Cuando estaba a escasos centímetros de distancia, mis piernas tomaron el control y me puse en pie. Tenía la respiración tan alterada que el pecho me subía y bajaba sin control, y no me calmé hasta que James me puso una mano en la mejilla.

—Chis, tranquila. Estoy aquí.

Me rodeó la cintura con un brazo y me pegó a él al mismo tiempo que bajaba la cabeza y cubría mis labios con los suyos. Me sujetaba con ternura, pero el beso fue brutal, ardiente. Sentí que buscaba borrar cualquier rastro de otro hombre que pudiese quedar en mi boca. Su lengua se movía con autoridad y me rendí a ella. No me daba tregua ni yo quería que me la diese; quería perderme en aquella pasión tan repentina e intensa y no pensar.

James interrumpió el beso, pero no me soltó, sino que ladeó la cara para besarme el cuello. Bajó la mano que tenía en mi cintura hasta mis nalgas y me apretó contra sus muslos para que pudiese sentir lo excitado que estaba.

—No voy a soltarte —me dijo.

—No, no me sueltes.

Eché la cabeza hacia atrás, dándole mayor acceso a mi piel. Él entonces me cogió en brazos y, girando levemente, me sentó encima de la mesa. Me separó las piernas y se colocó en medio.

—Confía en mí, he cerrado la puerta con llave. Voy a cuidar de ti, ¿de acuerdo? Siempre.

—De acuerdo.

Sus ojos se oscurecieron y me besó de nuevo. Me mordió los labios un instante antes de recorrerlos con la lengua. Colocó ambas manos en mi rostro, junto a la mandíbula, para separármela y poder besarme más profundamente. Eran unos besos tan intensos, tan desesperados, que sólo podía entenderlos si me aferraba a lo que él había dicho antes: nuestra atracción era tan fuerte, tan completa, que nos necesitábamos absolutamente. Si no estábamos el uno con el otro de alguna manera, no íbamos a poder seguir.

Obedecí la petición de sus dedos y abrí la boca tanto como pude para que la lengua, los dientes y los labios de él me devorasen. Gemí entregándome, incapaz de seguir analizando por qué reaccionaba así ante aquel hombre, y por qué seguía doliéndome la ruptura anterior. No quería pensar más, no quería sentirme culpable,

sólo quería sentir.

Y necesitaba sentir a James. Él era el único que podía ayudarme.

—Por favor —supliqué, sin saber exactamente qué le estaba pidiendo—, por favor.

—Tranquila, estoy aquí.

Me desabrochó los botones del escote del vestido y me acarició lentamente la piel, a medida que ésta iba quedando al descubierto. Cuando llegó a la cintura, me la sujetó con las manos y me levantó de la mesa para echarme un poco hacia atrás. Abrí los ojos y lo miré confusa, pero antes de que pudiera formularle ninguna pregunta, volvió a besarme y me olvidé de todo.

La boca de James me estaba volviendo loca.

Empezaba un beso con ternura y en cuestión de segundos lo convertía en un asalto sensual, y después volvía a ser suave y romántico. Su sabor era tan misterioso y lleno de matices como él mismo y, cuando se apartaba, yo lo sujetaba por la camisa y volvía a acercarlo a mí, porque no me veía capaz de dejar de besarlo.

Temblaba cada vez que sentía sus manos; James las movía despacio, como si quisiera aprenderse mis reacciones y las estuviese archivando en una carpeta que llamaría «Para enloquecer a Marina del todo».

Me levantó el vestido, que quedó arremolinado sobre mis muslos. Había elegido uno que parecía una camisa y una falda, pero que en realidad era una única pieza.

James me colocó una mano en la espalda y me acercó a él, que seguía de pie frente a la mesa. Noté el calor que desprendía su erección a través del pantalón de traje que llevaba y un gemido escapó vergonzosamente de mi garganta.

—Nada me gustaría más que meterme dentro de ti, cariño. Pero nuestra primera vez no va a ser en la mesa de una sala de reuniones.

No sé si fue el «cariño» o la alusión a que estaríamos juntos varias veces, pero me excitó todavía más.

—James...

—Lo sé, a mí me sucede lo mismo.

Me besó de nuevo y, mientras sus labios me poseían y tranquilizaban, me sujetó las muñecas y me apartó las manos de su camisa para apoyármelas en la mesa. Las dejé inmóviles donde él me las puso y al cabo de unos segundos noté que me acariciaba los muslos muy despacio hasta llegar a las caderas. Allí, cambió de dirección y buscó mis braguitas.

No me dio tiempo a reaccionar, lo único que pude hacer fue sentir y morderme los labios para no gritar de placer. James se arrodilló en el suelo y, tras quitarme las bragas, buscó mi sexo con sus labios y me lo besó con la misma pasión y dedicación con que había besado antes mi boca. Movié la lengua, me sujetó las caderas con las manos y me levantó las piernas para colocarlas encima de sus hombros y que no me doliesen. Ese gesto, tan tierno y considerado, me excitó tanto como los labios que no paraban de moverse encima de mi sexo.

Fue como si me estuviese haciendo suya de otra manera y, a pesar de la sensualidad del acto, lo que más me afectó fue lo unida que me sentí a él en ese momento.

—Eso es, cariño —me dijo—, déjate llevar. Estoy aquí, yo cuidaré de ti.

El orgasmo empezó de repente, sin previo aviso, y se extendió por todo mi cuerpo. Iba a gritar, no iba a poder contenerme. James lo supo, por supuesto que lo supo, parecía saberlo todo de mí incluso antes que yo misma, y se apartó para cubrirme la boca con la suya y besarme.

Notar mi sabor en sus labios fue muy sensual, pero lo mejor fue el ronquido de deseo que salió de su garganta.

Mi sexo notaba la ausencia de sus caricias y él, adivinándolo, deslizó un dedo en mi interior justo cuando más lo necesitaba. Nunca me había sentido así, tan alterada, y lo único que pude hacer fue sujetarle el rostro con las manos y besarlo, mientras los temblores del orgasmo me sacudían el cuerpo.

James se movió al ritmo que yo necesitaba, me besó, me tocó, pegó su fuerte cuerpo al mío hasta que, agotada, me desplomé en sus brazos y me puse a llorar.

—Tranquila, Marina, tranquila. Estoy aquí, ya ha pasado.

Él fue increíble, no me miró en ningún momento como si acabase de proporcionarle un orgasmo a una loca, sino que retiró con cuidado el dedo de mi interior y me levantó la cara, mojada por las lágrimas, para que viese cómo lo deslizaba entre sus labios para lamerlo. Después, me dio un delicado beso en la boca y acunó mi rostro contra su pecho.

—Lo siento —farfullé.

—Yo no. —Me acarició la espalda y el pelo—. Lo necesitabas y ha sido maravilloso. Tengo tu sabor en los labios y te he dado placer. No puedo pedir nada más.

—Pero tú...

Él seguía excitado, podía notar su erección vibrando con fuerza entre mis piernas.

—Yo estoy bien, no te preocupes. Esto ha sido para ti, cariño. Necesitabas saber que podías confiar en mí y que lo que sucede entre tú y yo no es nada malo.

—Pero tú no te has...

—Porque no me hace falta. Me basta con haberte dado placer, ¿de acuerdo?

Volvió a apartarme de él y me besó de nuevo con ternura. Después, me abrochó los botones del vestido y me subió las braguitas por las piernas, que me juntó al terminar. No dejaba de mirarme ni de tocarme, hasta que volvió a cogerme en brazos para ponerme de pie en el suelo.

—No sé qué decir —le dije, con las mejillas todavía acaloradas por el orgasmo.

—Dime que esta noche saldrás a cenar conmigo.

Salí a cenar con James.

Me llevó a un local maravilloso, pequeño y de ambiente muy acogedor, y después fuimos a un íntimo concierto de jazz. Él me tocaba siempre que podía, me colocaba la mano en la espalda de una manera que dejaba claro ante cualquiera que nos viese que me consideraba suya. Y yo empezaba a sentirme así.

Cuando las notas del saxofón se desvanecieron en el aire, le hizo señas a un camarero para que le sirviese una copa. James era un hombre dispuesto a disfrutar de todos los placeres de la vida sin pedirle permiso ni perdón a nadie. El modo en que comía, bebía, escuchaba música, besaba... todo indicaba que sabía perfectamente lo que le daba placer, y que no iba a disculparse por ello.

Estar con él era abrumador. Me bastaba con mirarlo para que un cosquilleo de deseo me recorriese la espalda hasta instalarse entre mis piernas.

Además, James creía firmemente en la anticipación.

Decía que, a menudo, el placer perdía intensidad si se corría hacia él sin sentido, si se alcanzaba demasiado rápido o con demasiada facilidad.

Tuvimos esa conversación hablando de un cuadro, de *El nacimiento de Venus*, de Botticelli, pero yo me estremecí entera como si hubiéramos estado hablando de sexo. James me contó que mientras estaba en Japón se había obsesionado con ese cuadro, pero que, dadas las circunstancias que rodearon su regreso a Inglaterra, cuando volvió a Londres no pudo ir a Italia a visitarlo en la Galería de los Uffizi. Tardó años en hacerlo y cuando por fin lo vio, sintió que la espera había valido la pena.

Me dijo que si lo hubiera visto justo después de la muerte de sus padres, no habría sido capaz de apreciarlo, que el dolor le habría impedido disfrutar de su belleza.

No obstante, cuando lo pudo contemplar, se quedó prendado de ella. Me habló de lo que sintió al estar ante la obra, de la emoción que lo embargó y de cómo siempre perseguía esa sensación en todo lo que hacía.

No hablamos en ningún momento de trabajo. James ya me había dejado claro el día anterior que, para él, la atracción que sentíamos el uno por el otro no tenía nada que ver con nuestra relación profesional, y esa noche volvió a demostrarme que era verdad.

Nunca se me pasó por la cabeza que él pudiese estar utilizándome. Todavía no acababa de entender por qué Britania Oil estaba tan interesada en ese informe, pero sabía que si el que les entregásemos nosotros no les gustaba, encontrarían el modo de saltárselo o de sustituirlo. Y también sabía, para mi sorpresa, que James nunca me engañaría al respecto.

Él poseía una extraña honradez, una sinceridad que incluso podía llegar a ser

brutal. Quizá otra persona se habría asustado, pero a mí, después de lo que me había sucedido, me parecía uno de sus rasgos más atractivos.

El concierto de jazz llegó a su fin y me acompañó a casa en su coche. Lo había comprado nada más llegar, me explicó, y el detalle, por pequeño que fuese, me demostró que también había dicho la verdad en lo de quedarse en Londres.

Condujo por la ciudad con la misma seguridad y confianza con que lo hacía todo, y como si su magnetismo consiguiese incluso dominar el tráfico, encontró un lugar para detener el Jaguar frente a la verja de mi casa.

—Gracias por la cena y por el concierto, James.

Me planteé la posibilidad de invitarlo a subir. Hacía meses que Amelia se había mudado a vivir con Daniel y volvía a tener el apartamento para mí sola.

James detuvo el motor, se giró hacia mí y me besó sujetándome la cara entre las manos. Deslizó la lengua en mi boca y no paró hasta que me arrancó un gemido.

—No me invites a subir —me dijo al apartarse—. Invítame mañana, ¿de acuerdo?

Lo miré confusa y por un segundo me dolió que no quisiera subir, porque pensé que tal vez no me deseaba, pero entonces vi lo mucho que le costaba respirar y lo excitado que estaba y tiré de él para volver a besarlo.

James gimió y me sentí la mujer más poderosa y sensual del mundo.

—Te deseo, James —le confesé. Aquel hombre me volvía loca.

—Deséame más mañana.

Tiró de mí y me levantó del asiento para sentarme en su regazo. La calle estaba desierta, pero algo dentro de mí me dijo que no me habría importado que nos vieran. Lo único que me importaba era besarlo y sentir de nuevo sus caricias.

—James...

Le besé el cuello y respiré hondo. Todo él era adictivo, empezando por el olor de su piel y terminando por el sabor de sus labios. Me tocó el pelo y buscó otra vez mis labios para besarme de nuevo. Levantó las caderas un segundo para dejarme sentir lo excitado que estaba y me mordió el labio inferior antes de soltarme.

—Deséame más mañana, Marina —repitió—. Por favor.

Lo miré y, con cuidado, me aparté y volví a mi asiento. Comprendí que James no quería que me acostase con él sólo para saciar mi cuerpo: quería que mi mente también se muriese por estar a su lado.

No se lo dije, pero ya lo había conseguido. No había pensado en Rafferty en toda la noche, y dudaba mucho de que lo hiciera al acostarme.

—Mañana —accedí abriendo la puerta.

Él se quedó en el coche unos segundos. De reojo, lo vi respirar despacio y flexionar los dedos, pero al final también abrió la puerta y bajó del vehículo. Me acompañó hasta el portal sin tocarme y esperó a que abriese, tras tres intentos fallidos por mi parte de acertar con la llave.

—Iré a tu despacho por la mañana, a las diez —me dijo entonces, con otro tono de voz—. Quiero enseñarte una cosa que he encontrado esta tarde en mi oficina.

—De acuerdo.

—Y por la noche iremos a cenar.

Volvió a cambiarle la voz y sonreí.

—De acuerdo.

—Buenas noches, Marina.

—Buenas noches, James.

Subí en el ascensor con el corazón acelerado y un agradable cosquilleo recorriéndome la piel. Entré en casa y no sentí que las paredes me abrumasen ni que la tristeza reapareciera. Estaba feliz, los besos de James todavía me tenían en una nube y me acosté pensando en él.

Al día siguiente lo desearía más.

Me desperté a la hora de siempre, pero con una sensación distinta. Había dado un paso adelante, había aparecido una persona nueva en mi vida que me había devuelto la ilusión y que además era increíblemente atractivo y sensual. No podía creerme que James hubiese aparecido justo cuando más lo necesitaba y que estuviese resultando ser tan perfecto.

De camino al trabajo, repasé mentalmente los casos que tenía que reasignarle a Amelia o a otro de mis compañeros para poder hacerme cargo del informe de la petrolera. No eran demasiados, pero había dos o tres temas urgentes de los que quería ocuparme personalmente.

Entré tan concentrada, que no me di cuenta de que Roger, uno de nuestros biólogos, me hacía señas. Lo vi moverse y mirarme de un modo extraño, pero no le di importancia. Roger estaba recién licenciado y lo habíamos contratado hacía unos meses. Se desenvolvía muy bien, pero de vez en cuando me hacía alguna consulta, así que pensé que se trataba de eso.

Cuando abrí la puerta de mi despacho, vi que me había equivocado y que el bueno de Roger intentaba advertirme de que había alguien esperándome.

Alguien que jamás habría adivinado.

—Rafferty. —Pronuncié su nombre en voz baja al reconocerlo, a pesar de que estaba de espaldas a la puerta.

A lo largo de los meses que estuvimos juntos, él visitó la ONG en distintas ocasiones, algunas solo y otras acompañado de Daniel cuando éste venía a recoger a Amelia. No habían sido muchas, pero las suficientes para que Roger o cualquiera de mis compañeros pudiese adivinar que entre él y yo existía una relación.

Se dio la vuelta despacio, y durante esos segundos lo vi respirar hondo. Cuando lo tuve frente a mí, el amor que había sentido por él, y que creía haber dejado atrás, resurgió con toda su fuerza en mi interior.

Habría gritado de rabia. No había derecho. Se suponía que Rafferty no iba a reaparecer nunca y que yo ya no lo quería, que ya no sentía nada por él.

Me había empezado a enamorar de James, esa última noche sólo había soñado con él y me había levantado impaciente y ansiosa por verlo y besarlo. Rafferty no

podía estar allí, sencillamente, no podía.

—Hola, Marina.

Estaba tan atractivo como antes, tal vez más. Tenía el pelo un poco más largo y una barba de dos días le oscurecía las mejillas. Parecía cansado, no físicamente, pero sí en el alma. Llevaba unos vaqueros, un jersey de pico azul marino del que sobresalía una camiseta blanca, y encima su cazadora de cuero marrón. El casco de la moto estaba encima de mi mesa como si nunca se hubiese alejado de ella.

Le habría abrazado, así que cerré los puños con fuerza para contenerme y planté los pies con firmeza en el suelo para no acercarme a él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He vuelto, te echaba de menos.

—No —farfullé—, no puedes hacerme esto.

—¿Tú no me has echado de menos?

Me aparté de la puerta y me acerqué a él, que tampoco se había movido de donde estaba. Me detuve sin llegar a tocarlo y lo miré a los ojos. Sí, estaba cansado, y triste. Pero no tenía derecho a estarlo, igual que tampoco tenía derecho a reaparecer así sin avisar.

—¿Qué quieres, Rafferty? —Me crucé de brazos, un gesto de protección y para mantener las distancias.

—Quiero recuperarte.

—¿Acaso han cambiado las cosas? ¿Ya no sientes esa necesidad de acostarte con un hombre y una mujer al mismo tiempo? —Con cada palabra, el dolor que había sentido en aquella plaza de Siena volvía a hundirse en mi pecho y mi humor empeoraba—. ¿Acaso ahora tendrás suficiente conmigo?

Habría podido mentirme, lo sé, pero no lo hizo.

—No, pero voy a intentarlo. —Levantó las manos, que le temblaban, y me sujetó por los antebrazos—. Tengo que intentarlo, Marina. No puedo estar sin ti, voy a volverme loco de lo mucho que te necesito.

—Yo...

—Dime que tú también me necesitas, por favor.

Si Rafferty me hubiese mentido, si hubiese afirmado que se había olvidado de lo que me había pedido en Italia, habría podido rechazarlo. Me habría sentido insultada y me habría apartado de él sin dudarlo. Pero no lo había hecho, había sido sincero y me había enseñado la descarnada desesperación que ardía en su interior. Tuve que besarlo, tuve que hacerlo porque no podía soportar verlo sufrir de esa manera.

Aflojé los brazos y, con una mano, le acaricié la barba mientras me ponía de puntillas. Cuando separó los labios bajo los míos, soltó el aliento y respiró como si llevase todos esos meses que habíamos estado separados sin hacerlo. Introduje la lengua en el interior de su boca y su sabor se extendió por mis venas y me anudó el estómago.

Rafferty me soltó los antebrazos y me rodeó por la cintura para atraerme hacia él

y eliminar la distancia que nos separaba. Movi6 las manos por mi espalda y tom6 el control del beso. Los movimientos de su lengua y de sus labios tambi6n estaban marcados por la rabia y el deseo, igual que los m6os; los dos est6bamos furiosos con el otro por lo que hab6a sucedido y los dos nos est6bamos resarciendo de los meses que hab6bamos estado separados.

Estaba tan aturdida por tener de nuevo a Rafferty conmigo, por sentir su sabor y su olor tan cerca, que no o6 que la puerta se abr6a.

—Hola, Marina.

Solt6 a Rafferty y, avergonzada, me volv6 hacia la voz de James. Dese6 que la tierra se me tragase y not6 que los ojos se me llenaban de l6grimas.

¿C6mo hab6a sido capaz de besar a Rafferty de esa manera despu6s de lo que hab6a sucedido el d6a anterior con James? ¿Acaso no ten6a moral ni principios y s6lo me dejaba guiar por el deseo? ¿Acaso mi coraz6n era incapaz de serle fiel a uno de esos dos hombres?

La angustia me revolvi6 el est6mago e intent6 apartarme de Rafferty, pero 6l apret6 los brazos alrededor de mi cintura y no me lo permiti6. Yo ten6a la cabeza gacha y pod6a ver c6mo su pecho sub6a y bajaba. Raff no era un hombre violento y, sin embargo, la tensi6n que lo dominaba en esos momentos era incluso palpable.

Me tocaba a m6 hacer algo, pedirle a uno de los dos que se fuera y disculparme con el otro. Dar alguna clase de explicaci6n.

Estaba intentando encontrar el valor necesario para levantar la cabeza, cuando not6 unos dedos bajo el ment6n levant6ndomela con suavidad. James.

—Chis, tranquila —me dijo, cuando nuestras miradas se encontraron—, no pasa nada.

Entonces, como si aqu6l no fuese ya el momento m6s dif6cil de mi vida, se inclin6 y me bes6. No fue un beso breve, primero pos6 los labios sobre los m6os con suavidad y me los separ6 despacio con la lengua. Acto seguido, me los recorri6 de un lado a otro, capturando mi sabor y mis temblores.

Yo ech6 la cabeza hacia atr6s, pero James me acarici6 la nuca y me empuj6 delicadamente hacia delante para seguir bes6ndome. Ten6a una mano en mi pelo, reten6ndome sin apenas intentarlo, y la otra en mi mejilla, acarici6ndome el p6mulo y deteniendo las l6grimas.

—Tranquila —volvi6 a susurrar, mir6ndome a los ojos—, todo va salir bien. B6same.

Volvi6 a acercar sus labios a los m6os. Sent6 de nuevo su lengua y no pude evitar cerrar los ojos y rendirme al beso. Notaba los brazos de Rafferty sujet6ndome por la cintura y las manos de James en mi cara y mi nuca.

Una voz en mi cerebro me dec6a que no pod6a besar a James delante de Rafferty, pero la presi6n que hasta entonces me hab6a estado asfixiando desapareci6 con su beso. Sent6 la lengua de James seduci6ndome despacio, recorriendo el interior de mi boca con dulzura, eliminando la tristeza que antes me hab6a producido el beso de

Rafferty.

Yo tenía ambas manos en el pecho de éste y noté que se le aceleraba el corazón. Dejé una allí y llevé la otra al torso de James, porque también necesitaba tocarlo.

Cuando la posé en los botones de su camisa, sentí que se le alteraba la respiración y un ronquido le subió por la garganta hasta perderse en mis labios y deslizarse por la mía.

Suspiré y separé los labios para que James pudiese besarme como ambos necesitábamos. Y, durante ese instante, con la boca de él en la mía, con sus manos en mi rostro y los brazos de Rafferty en la cintura, no pensé en nada y sentí que allí era exactamente donde debía estar.

Hasta que oí que Rafferty respiraba entre los dientes, un sonido mezcla de deseo, dolor y emociones, que en aquel instante no fui capaz de comprender, y me aparté de James para que dejase de besarme.

James me miró a los ojos, el brillo que vi en los suyos, la satisfacción que los iluminaba, me reconfortó tanto que evitó que me asustase por lo que acababa de suceder. Me dio un último beso en los labios, breve e incluso casto, y, acariciándome el pelo, se incorporó y miró a Rafferty.

—Tú debes de ser Rafferty —le dijo y el modo en que lo miró a los ojos me hizo entrar en calor.

Lo contemplaba con una intensidad parecida a como me miraba a mí. No era exactamente igual, pero nunca había visto a un hombre mirar así a otro. La reacción que causó en mi cuerpo ver esa mirada me dejó tan aturdida que tardé varios minutos en asimilarla.

No me molestó que James mirase a Rafferty; no era una mirada lasciva ni sensual. Lo estaba mirando como si ese otro hombre le importase.

Rafferty entrecerró los ojos un segundo y apretó los labios con fuerza. Habría dado lo que fuera por saber qué pensaba. El corazón le latía tan rápido que incluso me asusté e, inconscientemente, le acaricié el pecho. Al sentir la caricia, me soltó como si le hubiese hecho daño y nos miró a James y a mí como un león acorralado.

—Tengo que salir de aquí.

Fue lo único que dijo antes de coger el casco y abandonar muy alterado el despacho. Yo sacudí la cabeza para quitarme de encima el estupor de los besos y la confusión. Tenía que ir tras él, no podía coger la moto en ese estado. Tendría un accidente.

Di un paso adelante, pero James me sujetó por la cintura y me detuvo. Antes de que pudiera decirle que me soltase, me preguntó:

—¿Confías en mí?

—Sí —le contesté de inmediato, sorprendiéndonos a ambos.

—Entonces deja que vaya yo tras él.

—Tú no conoces a Rafferty.

—Deja que vaya yo tras él, Marina —repitió—. Te prometo que después volveré

a buscarte.

—Yo no... —Me mordí el labio inferior.

—Hace unos minutos has confiado en mí, has dejado que te besara delante de él porque sabías que yo me ocuparía de todo. Deja que vuelva a hacerlo.

Me sonrojé y entré en calor. Todavía no podía creerme que hubiese hecho eso.

—Está bien.

—Gracias.

Se inclinó y, tras darme otro beso en los labios, salió corriendo en busca de Rafferty.

(Este capítulo, Marina no puede contártelo). Rafferty

Me había pasado más de dos meses lejos de Inglaterra para no verla, para olvidarme de ella, para no sentirme como el peor de los hombres por lo que le había pedido.

Me fui a Francia, allí siempre me había sentido libre de las constricciones de Londres, era el único lugar donde siempre había podido ser yo mismo. El único país donde podía buscar lo que quería sin miedo a que apareciese una foto mía en algún periódico.

En Inglaterra la prensa fingía ignorarme porque mi padre era el propietario del mayor periódico financiero del país, pero en realidad estaban pendientes de todos y cada uno de mis movimientos. Mi padre, Colin Jones, era un hombre poderoso y nadie quería provocarlo innecesariamente, pero por el mismo motivo, no dudarían en utilizarme para hacerle daño. Él y yo teníamos una relación cordial, nunca habíamos compartido intimidades, pero siempre habíamos estado el uno al lado del otro y yo no quería perjudicarlo de ningún modo.

Mis preferencias sexuales no le incumbían a nadie, pero yo sabía que no eran las más usuales y comunes del mundo, y por eso siempre había intentado contenerlas.

Negarlas.

Tal vez si no hubiese vivido en París lo habría logrado, pero la vida no siempre se ajusta a nuestros deseos y le gusta torturarnos.

Cuando estaba en la universidad y participé en mi primer *ménage à trois*, me pareció que era lo más erótico y sensual que había hecho nunca. Estar allí, en aquella cama, con aquella mujer, una estudiante de Filología alemana dos años mayor que yo, y aquel otro hombre, un miembro del equipo de remo de otra universidad, fue increíble.

Por primera vez me sentí libre para hacer lo que quería, para sentir placer sin temor a que la mujer que estaba conmigo en la cama intentase utilizarme para conseguir algo más allá de un orgasmo. Estaba harto de no poder confiar en nadie. Sin ir más lejos, mi última novia se había acostado con mi mejor amigo, mientras que a mí me quería para que le solucionarse la vida.

Un trío eliminaba todos esos problemas. Ninguno de los involucrados deseaba que esa relación fuese más allá del sexo. Nick, el otro hombre, y yo nos turnamos para complacer a Olga y esa noche sentí más placer sexual que en todos mis encuentros anteriores.

Nick y yo no nos tocamos, ninguno de los dos estaba interesado en esa clase de contacto. Olga estuvo con los dos y ninguno de los tres contuvo ni ocultó ningún deseo.

A la mañana siguiente, cada cual se fue por su lado sin esperar nada a cambio, excepto quizá la posibilidad de repetirlo si a los tres nos volvía a apetecer.

Llevaba seis meses trabajando en París cuando conocí a Carla y a Gérard. Ella estudiaba periodismo y él trabajaba en un despacho de arquitectura en el mismo edificio donde yo iba al gimnasio. Decidimos compartir piso, porque así podíamos alquilar uno más grande y céntrico, y unas semanas después de la mudanza, nos dimos cuenta de que prácticamente lo hacíamos todo juntos.

Terminar en la misma cama fue un proceso natural para mí, y también para ellos dos. Ninguno de los tres nos lo tomábamos en serio y nos servía para no estar solos y darnos placer.

Fue mucho mejor que con Nick y Olga, porque Carla, Gérard y yo vivíamos juntos y nos respetábamos. Tanto Gérard como yo queríamos a Carla a nuestra manera; ninguno de los dos llegó nunca a enamorarse de ella, pero ambos la habríamos cuidado y protegido de cualquiera que hubiese intentado hacerle daño.

Carla tampoco se enamoró de ninguno de nosotros.

Cuando nos acostábamos los tres, ella dejaba que los dos nos dedicásemos a complacerla y que le hiciéramos el amor, y después ella se las ingeniaba para hacernos enloquecer de deseo a ambos.

Entre Gérard y yo nunca surgió nada. A mí me excitaba verlo con Carla, por supuesto, mientras él la penetraba yo podía recrearme en sus pechos y llevarla al orgasmo de otra manera. Y a él le excitaba verla conmigo, pero nosotros dos no nos tocábamos. De hecho, una noche en que Carla lo insinuó, Gérard salió tan rápido de la cama que se cayó de culo al suelo.

A la larga, la relación dejó de funcionar. Carla conoció a alguien en la universidad y ya no se acostó más con nosotros, y ni Gérard ni yo fuimos a buscar a una sustituta.

Él fue el primero en mudarse, encontró otro trabajo en Nîmes y se fue de París. La ciudad nunca había acabado de gustarle. Yo volví a Londres. Durante una época, participé en algún que otro *ménage* pero sólo con fines sexuales. En Francia había conocido a algunas parejas que solían disfrutar de esos encuentros y a las que no les importaba cambiar de tercero, pero dejé de hacerlo porque no me satisfacía y, al terminar, volvía a sentirme vacío y utilizado, como cuando era un joven universitario.

Había estado también con algunas mujeres, pero ninguna había logrado interesarme lo suficiente como para querer seguir con ella. No era sólo cuestión de que echase de menos ser tres en la cama, sino que no quería participar en un trío con ellas.

Hasta el día que conocí a Marina.

Recuerdo que al verla en medio del salón de su apartamento cuando fui a recoger a Amelia para acompañarla a la boda, me excité tanto y tan rápidamente que incluso estuve a punto de correrme. Pero no había sido sólo una cuestión física, el deseo que Marina había logrado despertar en mí iba mucho más allá. Se me había metido bajo la piel y me había hecho desear cosas que siempre había considerado inaccesibles para

un hombre como yo: el amor, la confianza en otra persona. El sexo con ella había sido increíble, maravilloso. A su lado podía ser yo mismo, podía dejarme ir y sólo sentir, y me bastaba con estar con ella.

Pero poco a poco había vuelto a echar de menos la libertad de ser tres en la cama. Quería quedarme sentado y ver a otro tocar a Marina para deleitarme con su placer y sentir que me pertenecía, que sin mí allí con ella no lo sentiría. Quería compartirla con otro para llevarla a un orgasmo como nunca se había imaginado y poder abrazarla después y quedarme para siempre con ese aspecto de ella por descubrir. Quería poder dárselo todo, acariciarla, besarla, mientras otro hombre estaba dentro de su cuerpo.

No quería que le faltase nada y quería ser yo, y sólo yo, quien se lo diese todo. Cuando estaba sin Marina, me decía que no podía pedírselo, que ella no era como Carla o como Olga, que me echaría de su vida y me consideraría un enfermo, y por eso había decidido callarme.

Pero la necesidad me hizo distanciarme de ella y cuando la verdad apareció, Marina, en efecto, me abandonó.

Me fui a Francia porque allí nadie sabía quién era y podía buscar a alguien con quien calmar mis necesidades.

Lo busqué, acudí a un club frecuentado por parejas deseosas de esa clase de encuentros. Llegué a entrar en un dormitorio con un hombre y una mujer, pero me fui sin tocarlos, porque no podía soportar que Marina no estuviese.

Me maldije. ¿Por qué diablos había tenido la sensación de que si me acostaba con esa pareja le estaría siendo infiel a ella? Sabía la respuesta, porque me había enamorado de Marina a pesar de todo.

Si hubiera podido, me habría arrancado de dentro esa necesidad que me impulsaba a compartirla con otro hombre en la cama, pero si era sincero conmigo mismo, sabía que eso era imposible.

París me había acogido durante esos meses de desasosiego y tristeza y me había ofrecido la posibilidad de olvidar a Marina. Hasta que una mañana cometí la estupidez de llamar a Daniel y preguntarle por ella.

—Amelia me ha dicho que ha conocido a un hombre.

Fue la única frase que oí de la conversación. Sin ser consciente de ello, hice el equipaje y volví a Londres.

Y había estado delante de ella, la había tenido de nuevo entre mis brazos. La había besado y había sido incapaz de mentirle y decirle que no, que ya no necesitaba un *ménage à trois* con ella. Le había dicho la verdad y había estado dispuesto a convencerla, a suplicarle que al menos lo intentase. Había estado dispuesto a muchas cosas, a todo con tal de no perderla.

Pero cuando aquel desconocido entró en el despacho e interrumpió nuestro beso, sentí que el mundo se detenía y que, en mi interior, varias cadenas se rompían. La emoción que me sacudió fue tan intensa que fui incapaz de pensar o de reaccionar.

Temblé. La imagen de Marina besándose con ese hombre mientras todavía estaba entre mis brazos no se alejaba de mi mente. Maldito sea. Los ojos de él no se borraban por más que lo intentase.

Me puse el casco y me monté en la moto, que había aparcado cerca de la ONG. Entonces noté que unas manos muy fuertes me sujetaban por la cintura desde atrás.

—Quédate donde estás, Rafferty.

La cabeza me dio vueltas y apreté los labios hasta notar el sabor de la sangre.

—Suéltame —le ordené entre dientes—. Suéltame antes de que me vuelva y te haga daño de verdad.

—No te soltaré hasta que me prometas que te quedarás a hablar conmigo. —Apretó los dedos en mi cintura—. Prométemelo.

Tragué saliva. Habría podido quitármelo de encima y poner en marcha la moto. Llevaba el casco puesto y mis ojos quedaban ocultos. Miré la llave de contacto, que ya había metido, y después el tráfico de la calle. Podía hacerlo, pero eso equivaldría a huir y esos últimos meses había aprendido que no podía seguir escapando. Había llegado el momento de que asumiera mi verdad frente a quien fuera, y si ese tipo quería asustarme para que me alejase de Marina, iba a descubrir que estaba muy equivocado.

Levanté las manos, que tenía sobre el depósito de gasolina, y me quité el casco muy despacio. Los dedos que me retenían se fueron aflojando poco a poco y noté que su propietario se alejaba de mí. Dejé el casco en el sillín y me bajé de la moto para enfrentarme a él.

—Dios mío, tienes los ojos más increíbles del mundo.

Eso fue lo primero que me dijo al verme y yo, para mi vergüenza, me sonrojé.

—¿¿Se puede saber a qué diablos estás jugando!?! —le pregunté furioso.

Me dije que sólo estaba furioso y que para nada me sentía halagado —o excitado — por su cumplido.

No sabía qué le había contado Marina exactamente a ese hombre, pero mi instinto me decía que no le había revelado el motivo de nuestra ruptura, ni tampoco la naturaleza de mi petición. Tal vez ella jamás me perdonara y no volviese nunca conmigo, pero no era la clase de mujer que traicionaba la confianza de otra persona.

—No estoy jugando a nada, Rafferty. —Me miró fijamente a los ojos. Conocía esa clase de táctica, el muy hijo de puta estaba intentando tranquilizarme.

—Mira, no sé quién eres...

—Soy James, James Cavill —me interrumpió él, tendiéndome una mano sin apartar la vista.

No se la estreché y noté que mi rechazo le provocaba cierta incomodidad, lo que sin duda me ayudó a recuperar un poco el control.

—De acuerdo, James. —Crucé los brazos y me apoyé en la moto, que me había quedado a la espalda. Él, *James*, apartó la mano y, durante unos segundos, desvió la vista hacia mi torso, pero enseguida volvió a mirarme a los ojos—. ¿A qué diablos ha

venido eso de besar a Marina delante de mí?

Sin apartar la vista, él respondió con firmeza:

—Podrías haberte ido.

—Me he ido.

—Antes.

—Mira, es obvio que Marina te interesa y que a ella le interesas tú también —me obligué a añadir—, pero he vuelto y quiero recuperarla. Así que ya lo sabes.

El escrutinio de James empezaba a ponerme nervioso. Si me hubiese pegado, o se hubiese puesto en plan posesivo con Marina habría sabido reaccionar; le habría devuelto el puñetazo o le habría gritado. Sin embargo, seguía allí de pie observándome, diseccionándome.

—No sólo quieres recuperarla.

No pude evitar mi reacción y abrí los ojos. Lo que sí logré disimular fue el nudo que se me formó en el estómago.

—Me largo de aquí. —Me di media vuelta y cogí el casco.

Di por hecho que él desaparecería y el silencio me lo confirmó. Solté el aliento despacio.

—Te ha gustado ver cómo besaba a Marina. —James me detuvo con su voz—. He podido oír cómo te cambiaba la respiración. Y no sólo eso: mientras la besaba, he podido sentir tus ojos sobre mí. Tenías ganas de tocarme.

Me volví de nuevo y lo sujeté por las solapas de la chaqueta.

—Jamás. Estás loco, Cavill.

—Tal vez. —El muy engreído me sonrió—. Pero tú estás excitado.

Lo solté de golpe y me di de nuevo media vuelta hacia la moto.

—Déjame en paz, Cavill. No sé a qué estás jugando, pero no me interesa. Y no permitiré que le hagas daño a Marina.

—Yo tampoco permitiré que se lo hagas tú, Rafferty.

Y si uno de los dos está jugando a algo, ése eres tú. Yo sé quién soy, sé lo que quiero y cómo lo quiero. Tú no o, si lo sabes, no tienes el valor de reconocerlo e ir a por ello.

—Vete de aquí —le dije entre dientes.

—No sé qué diablos pasó entre Marina y tú, pero a juzgar por tu reacción conmigo, puedo imaginármelo.

—No, no puedes.

—¿Eso crees? —me retó y se acercó lo suficiente como para susurrarme las siguientes palabras al oído—: Querías estar con ella y con otro hombre.

Oír la verdad, saber que ese desconocido la había adivinado sólo mirándome, me sacudió profundamente.

Tenía que irme de allí cuanto antes.

Eché los hombros hacia atrás y me puse el casco sin mediar palabra. Me monté en la moto y giré la llave con la determinación que tendría que haber demostrado antes.

No debería haberme dado la vuelta, debería haber mantenido la vista al frente. Pero me giré y vi a James mirándome. Él se llevó dos dedos a la frente para saludarme y dejarme claro que volvería a verlo. Aceleré y el rugido de la moto ocultó los latidos de mi corazón.

El trayecto hasta mi casa sirvió para tranquilizarme y cuando aparqué en el garaje, me había convencido de que esa extraña conversación con James y el modo en que él me había afectado se debían únicamente a mi reencuentro con Marina.

Ese hombre estaba loco, yo no me sentía atraído por él, yo quería a Marina, sólo me sentía atraído por ella.

Nunca me había sentido atraído por ningún hombre, eso complicaría mucho las cosas. Demasiado.

Iba a recuperar a Marina, ahora más que nunca. No iba a permitir que él la engañase y la utilizase. A pesar de lo que había sucedido en el despacho de la ONG, ella no era la clase de mujer capaz de estar con dos hombres. Ése había sido el motivo de nuestra ruptura.

Y el tal James me había dejado claro con sus insinuaciones y con sus miradas que le gustaban tanto los hombres como las mujeres y que no tenía ningún problema en serle infiel a su pareja. El muy cretino prácticamente se me había insinuado justo después de besar a Marina.

Entré en casa desde el garaje y lancé la cazadora encima de la mesa que había frente al sofá. Busqué el móvil en los bolsillos del pantalón y cuando lo encontré marqué el número de Daniel.

—¿Quién es ese imbécil de James Cavill? —le pregunté en cuanto descolgó.

—No tengo ni la más remota idea, Rafferty. A mí también me molesta, Amelia dice que es muy atractivo.

—Lo es, pero tú no tienes de qué preocuparte.

—¿Y tú sí? Creía que entre Marina y tú ya no había nada.

En momentos como ése podía odiar a Daniel.

—He vuelto y quiero recuperarla.

—Pues al parecer voy a tener que decirte que no te metas. Esto de tener una relación y hablar de los sentimientos me ha vuelto humano.

—Me gustabas más cuando no lo eras, Bond.

—Te entiendo.

—¿Y ahora también bromeas? Dios mío, eres irrecuperable.

—Lo sé. —Carraspeó—. ¿Cuándo has llegado a la ciudad?

—Hace unas horas.

—Mira, Rafferty, has estado fuera varios meses.

Marina estuvo muy mal y desde que apareció el tal Cavill vuelve a estar bien, así que lo único que puedo decirte es que si sólo quieres recuperarla para demostrar algo o porque te aburres, no lo hagas.

—No, no es eso.

—Está bien. —Daniel suspiró—. No seré yo quien te diga que no luches por la mujer que te ha vuelto loco.

—Dime qué sabes de James Cavill.

—Poco, en realidad, nada. Amelia me prohibió que lo investigase.

—¿Y le has hecho caso?

—Por supuesto.

—Está bien, me las apañaré solo. Gracias por nada, Bond. Te llamaré mañana para ir al gimnasio a boxear un rato.

—Aquí estaré, Jones.

Colgué igual de furioso, o más, que antes. Me encaminé hacia el dormitorio, el mismo que había compartido con Marina antes de aquel condenado viaje a Italia, me desnudé y me di una ducha. Bajo el agua, pensé en ella y me dejé llevar.

Seguía demasiado excitado como para poder pensar, en ese estado jamás conseguiría centrarme, y todavía tenía el sabor de su beso en mis labios.

Sí, Dios, la había besado y la había sentido temblar entre mis brazos. Marina seguía siendo mía. Tenía que serlo, era imposible que ese desgraciado se hubiese interpuesto entre nosotros en tan sólo unos meses.

Mierda.

El sabor de ella siguió en mis labios, su perfume siguió impregnado en mis fosas nasales, pero en mi mente la vi besándose con James, rindiendo su boca a los besos de él, tocándonos a los dos. Una mano encima de mi torso y otra en el de James.

Me corrí como había sido incapaz de correrme durante meses y grité el nombre de Marina en la soledad de mi cuarto de baño.

(Este capítulo tampoco te lo puede contar Marina). James

Me quedé en la acera viendo cómo la moto de Rafferty se alejaba con él. No podía respirar y el corazón me golpeaba frenético las costillas. Todavía no podía creerme lo que acababa de suceder. Yo nunca había sentido tanto amor de repente, jamás me había excitado tanto estar rodeado de un sentimiento tan intenso. Había sido abrumador, único. Excitante. Y no iba a dejarlo escapar.

Había quedado con Marina a las diez en su despacho, pero esa mañana me retrasé y llegué un poco tarde. Saludé a Amelia, su amiga, que iba a acompañarme, pero justo en ese momento le sonó el móvil y se disculpó.

No vi necesidad de seguir molestándola y me encaminé solo hasta la puerta de Marina. La abrí sin llamar, ni se me ocurrió detenerme. Y la descubrí besando a otro hombre.

A Rafferty, quien supuestamente le había roto el corazón.

El amor y la atracción que había entre ellos me impactó de tal modo que no dije nada y me quedé mirándolos. Sentí envidia y pensé que daría cualquier cosa por poder formar parte de algo así. Iba a irme, o eso creía, pero entonces noté la tristeza de Marina, sentí en la piel que, aunque estaba besando a ese otro hombre, también estaba pensando en mí. Lo supe, supe que ella pensaba en mí y cuando dejaron de besarse y la vi llorar, sus lágrimas me confirmaron que no me equivocaba.

Me quedé mirándola, buscando la manera de ayudarla, de demostrarle que podía confiar en mí, que mis promesas de la noche anterior iban en serio. No sabía qué hacer y entonces noté la mirada de Rafferty sobre mí.

No era la primera vez que un hombre se fijaba en mí físicamente, y no habría sido la primera tampoco que yo me habría dejado seducir por uno. Nunca me había dejado limitar por ninguna clase de etiquetas y para mí la atracción siempre se había basado en la persona, no en su sexo.

Pero Rafferty no me estaba mirando porque yo le pareciera atractivo, aunque, después de lo que había sucedido antes de que se fuera en su moto, no tenía ninguna duda de que se lo parecía. Me estaba mirando pidiéndome ayuda.

Lo vi tan perdido que cuando me acerqué a Marina también lo habría abrazado a él. No lo hice, por supuesto, ninguno de los tres estaba preparado para eso, pero cuando la besé a ella, me aseguré de que él formase parte del beso.

Había sido un movimiento muy arriesgado, pero hacía años que había aprendido a confiar en mis instintos y éstos me gritaban que tanto Marina como Rafferty me necesitaban. No me enamoré de ellos en ese instante, nadie que haya sentido el amor de verdad podría reducirlo a un segundo; sin embargo, sentí que mi vida iba a estar

ligada a la felicidad de esas dos personas.

Había besado a Marina porque ella era la única a la que tenía derecho a besar en aquel encuentro, e intenté transmitirle con mis labios que podía confiar en mí, que conmigo estaba a salvo. La había sujetado por la nuca y, con el movimiento, mi antebrazo quedó justo encima del torso de Rafferty. Noté cómo a él se le aceleraba el corazón, la respiración le cambiaba y en ningún momento intentaba apartarme. De hecho, en un gesto que Rafferty seguramente negaría hasta su último aliento, había movido las piernas hasta que uno de sus muslos había rozado el mío.

Deduzco que fue entonces cuando gimió, y la realidad de lo que estábamos compartiendo se entrometió entre los tres. Rafferty se apartó, yo había adivinado que lo haría incluso antes de que lo hiciera. A lo largo de toda mi vida, había aprendido que los grandes placeres, los regalos del destino, no hay que intentar explicarlos, hay que cogerlos al vuelo y cuidarlos. Él, a juzgar por su mirada, se había pasado la suya huyendo de sí mismo.

No permití que Marina fuese detrás de él. Ella tampoco entendía lo que acababa de suceder y si los dos se quedaban a solas, se gritarían y se recriminarían haberse dejado llevar frente a otra persona. Para ellos, yo todavía era un extraño. Quizá para Marina no tanto, pero yo sabía que nuestra relación no podía compararse aún con el vínculo que la había unido a Rafferty.

Yo había llegado tarde a nuestra historia; sin embargo, dependía de mí que siguiera adelante y se convirtiese en lo mejor de nosotros. Marina, la dulce y bella Marina, me había emocionado al confiar ciegamente en mí, al dejar, tal vez inconscientemente, su vida, la nuestra, en mis manos.

Salí corriendo detrás de Rafferty y lo encontré de pie frente a su moto, dispuesto a irse de allí confuso y furioso con él y conmigo. Tenía que detenerlo. Fue una reacción tan visceral que se convirtió en física, y lo sujeté por la cintura.

Lo sentí temblar. Otra vez. Y tuve que flexionar los dedos para no abrazarlo allí mismo, en plena calle.

Probablemente me habría dado un puñetazo, pero lo habría aceptado gustoso si eso lo hubiese reconfortado.

Ya se lo habría hecho pagar de otra manera en otro momento.

Rafferty no me había escuchado, o si lo había hecho, había negado el efecto que le causaban mis palabras y se había ido. Yo me había quedado allí mirándolo, buscando el modo de hacerle volver y consciente de que lo único que podía hacer era darle tiempo y espacio. Algo que a mí siempre me había costado especialmente. Cuando me fui de Japón, dejé allí todos los prejuicios y las limitaciones y me dispuse a vivir la única vida que tenía tal como quería.

Encontrar a alguien con quien compartirla me había parecido un sueño imposible, algo inalcanzable, que, por tanto, me había negado a imaginar. Sin embargo, en cuestión de pocos días mis entrañas me decían que no había encontrado a una persona, sino a dos, y que los necesitaba a ambos para componer la sinfonía de mi

vida.

Me quedé en la calle unos minutos después de que la moto de Rafferty desapareciese entre los coches. Tenía que calmarme tras ese enfrentamiento, no podía volver con Marina y asustarla. Respiré profundamente y, frustrado, me froté la cara.

Mi instinto me había llevado a mudarme a Londres precisamente entonces, no un año antes ni dos meses después, sino justo en aquel momento, para que mi destino se cruzase con el de Marina y el de Rafferty.

Cuando noté que ya estaba lo bastante sereno, inicié el camino de regreso a la ONG. Encontré a Marina esperándome fuera; se rodeaba con los brazos y se balanceaba nerviosa sobre los talones. Estaba adorable y el modo en que se me encogió el corazón sirvió para confirmarme que debía luchar por ellos.

—Marina —la llamé, porque ella miraba hacia el otro lado de la calle.

Se volvió de golpe y, al verme, le cambió el semblante. La preocupación se desvaneció levemente y los ojos le destellaron un segundo. Poco a poco, esbozó una leve sonrisa y corrió hacia mí.

Abrí los brazos para rodearla con ellos en cuanto estuvo lo bastante cerca.

—James.

La abracé y le acaricié la espalda y el pelo negro.

Oírla pronunciar mi nombre me había robado el aliento momentáneamente.

—Tranquila, ya estoy aquí.

Ella me abrazó con fuerza y ocultó el rostro contra mi torso. Yo me quedé abrazándola, disfrutando de la sensación de tenerla conmigo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber—. ¿Has encontrado a Rafferty? ¿Dónde está?

—Lo he encontrado, pero se ha ido. No te preocupes, está bien. Te lo prometo.

Asintió y dio mis palabras como ciertas, al menos al principio. Pasada la preocupación inicial, aflojó los brazos y echó la cabeza hacia atrás en busca de mi mirada.

—¿Qué ha pasado en mi despacho, James? —preguntó despacio.

Supuse que mientras yo había perseguido, y alcanzado, a Rafferty, ella no había parado de darle vueltas a aquellos dos besos: el que le había dado él y el mío.

—Tenemos que hablar. —Le sujeté la cara con las manos y le aparté el pelo con cariño—. Lo nuestro ya no es tan fácil como creíamos, ¿no te parece? Ahora no se trata sólo de ti y de mí, ni de una mera atracción. Es mucho más complicado.

—Sí, es complicado —convino.

Las mejillas se le ruborizaron un poco, delatando que no le resultaba fácil hablar de eso.

—Podemos ir a mi hotel, no está lejos. O, si lo prefieres, podemos ir a tu casa. Tú decides, pero no vamos a mantener esta conversación en plena calle, o en un café, donde pueda oírnos cualquiera. No me avergüenzo de mis sentimientos y no quiero que tú te avergüences de los tuyos, pero no le incumben a nadie excepto a nosotros tres.

Abrió los ojos confusa.

—¿Tres?

—Sí, tres. —Bajé la cabeza y la besé. Mis besos la reconfortaban y a mí me daban fuerzas para seguir adelante. Y besar a Marina me había parecido maravilloso desde el principio—. Decide, ¿adónde quieres ir? Porque te aseguro que ni tú ni yo vamos a ser capaces de trabajar hasta que hayamos hablado.

—A mi casa. Si a ti no te importa, prefiero ir allí.

—No, por supuesto que no me importa. Tu casa es el lugar perfecto. ¿Quieres caminar o prefieres coger un taxi?

—Caminar, está cerca y así me tranquilizaré un poco.

—Eh, cariño —le di otro beso—, no tienes de qué preocuparte. Sólo vamos a charlar un rato y a poner las cosas en orden para poder arreglarlas, ¿de acuerdo?

—¿Por qué estás tan seguro de ti mismo? ¿Por qué no estás enfadado por haberme pillado besando a otro hombre? —Negó con la cabeza—. No lo entiendo.

—No te he pillado besando a otro hombre, te he visto besando a Rafferty, alguien de quien estás enamorada. Sí, he sentido celos, y envidia, pero porque se os veía tan entregados el uno al otro, tan pendientes sólo de vosotros dos, que me habría gustado formar parte de ello. No estoy enfadado, porque esta clase de sentimientos no se pueden forzar, crecen con el tiempo, y yo acabo de llegar a tu vida. Antes de verte con Rafferty, ya sabía que quería quedarme contigo, pero ahora —le sonreí—, ahora te lo pondré muy difícil si quieres echarme.

—¿Por qué?

Le acaricié de nuevo las mejillas y después me aparté un poco de ella y bajé la manos para entrelazar los dedos con los suyos.

—Vamos a tu casa y hablaremos. Intenta no pensar en nada hasta que lleguemos. —Eché a andar y tiré de ella para que me siguiera—. Ya sé, cuéntame cómo entraste a trabajar en la ONG. Una chica con tu currículum habría podido estar en cualquier bufete de Londres... Dime por qué te decidiste por una organización no gubernamental.

Marina tardó unos segundos en contestarme, de hecho, pensé que no iba a hacerlo. Empezó a hablar después de cruzar el segundo semáforo y no se detuvo hasta que llegamos a la puerta de su apartamento. Yo hasta entonces sólo había visto el portal de la calle, pero en esa ocasión subí a su piso, e incluso abrí yo, porque a ella le temblaban las manos.

—Adelante —me invitó, tras coger aire—, siéntate donde quieras. Estás en tu casa.

—Gracias.

Era un piso muy femenino y acogedor. Lo primero que me llamó la atención fueron los tonos cálidos con que estaba decorado, y lo segundo, el jardín interior que se veía a través del ventanal del salón. Me imaginé que ese jardín era el motivo por el que Marina lo había elegido.

Su hogar era tan dulce y sensual como su propietaria, y estaba repleto de los mismos misterios y contradicciones.

Había libros casi por todas partes y también un ordenador portátil al lado de unos cuadernos. Cojines de colores neutros y una manta de tonos brillantes. Vi de reojo que Marina se quitaba los zapatos y que caminaba descalza, sus medias susurraban sobre el suelo de madera y me gustó ver que se sentía lo bastante cómoda y segura conmigo como para bajar la guardia.

Me acerqué a la ventana y observé el jardín; había dos rosales blancos y distintos arbustos, una pequeña mesa de hierro forjado y dos sillas junto a una regadera y una manguera mal recogida.

—¿Quieres beber algo?

Me volví y la vi de pie frente a la puerta que deduje que era la de la cocina.

—No, gracias. Estoy bien así.

—Yo beberé un poco de agua.

Asentí y me acerqué al sofá para sentarme a esperarla. No la llamé, esperé a que apareciera cuando estuviese lista. A Rafferty lo había presionado porque había pensado que era la única opción que tenía, pero con ella tenía que ser más delicado. Me quité la chaqueta y la dejé doblada encima de la mesa de café que tenía delante.

Después, busqué el móvil en el bolsillo interior y, tras mandarle un breve mensaje a mi secretaria, me aseguré de apagarlo. No quería que nada ni nadie nos molestase.

Marina apareció unos minutos más tarde. Se la veía nerviosa, pero se acercó intentando aparentar serenidad.

Yo me había sentado en un extremo de una de las dos piezas que formaban el sofá y ella ocupó el otro; entre los dos había tres cojines, uno encima del otro. No los aparté, me bastaba con que Marina no hubiese elegido sentarse en el otro sofá.

—Dime qué sucedió entre Rafferty y tú para que decidierais no seguir juntos. Os he visto besaros y es obvio que estáis enamorados.

—Oh, James —sollozó—, lo siento.

—No tienes que sentir nada —le aseguré—. Sé que por mí también empiezas a sentir algo muy fuerte.

Esperaré a que llegue el resto, pero ahora necesito saber por qué ya no estás con él. —La vi morderse el labio inferior y retorcer con los dedos el extremo de un cojín—. No lo estás traicionando por decirme la verdad. Te prometo que nunca utilizaré lo que me digas aquí para hacerle daño a Rafferty.

Me miró a los ojos y adiviné que había acertado.

—Antes quiero que me digas por qué me has besado delante de él. —Marina me demostró otra vez que, además de ser una mujer muy apasionada, era increíblemente lista y nada se le pasaba por alto—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué pretendías conseguir?

—Voy a contestarte, pero tienes que prometerme que después tú harás lo mismo. Basta de evasivas, Marina.

—Basta de evasivas —repitió.

—De acuerdo. —Solté el aire y volví a inspirar despacio—. Cuando he entrado en el despacho y te he visto besando a Rafferty, durante un segundo me he puesto furioso. No tenía ni idea de quién era ese hombre ni de por qué lo estabas besando después de lo que sucedió anoche entre tú y yo. Entonces he visto cómo te sujetaba la cara y cómo lo abrazabas tú y lo he entendido todo. Me he planteado irme, vuestro beso era hermoso, pero nunca me he sentido cómodo espiando a nadie. Pero entonces los dos habéis abierto los ojos y me habéis mirado. Tú has apartado la vista enseguida —le expliqué, mientras ella repetía el gesto—, te has sentido culpable y avergonzada.

Y también te has asustado.

»Tu reacción me ha reconfortado; si me hubieras mirado sonriendo satisfecha o sarcástica, me habrías decepcionado mucho y me habría ido de allí sin más, sintiéndome, como mínimo, engañado.

—Sí, antes de abrir los ojos y poner punto final al beso ya había empezado a pensar en ti y me sentía muy mal por estar con Rafferty —reconoció, con la mirada fija en la mía.

—Gracias por decírmelo, significa mucho para mí.

—Pero eso no quita que haya besado a Rafferty y que me haya gustado hacerlo —añadió, furiosa consigo misma y todavía confusa por la situación.

Yo seguí con mi explicación, consciente de que Marina estaba pendiente de mis palabras.

—Rafferty también me ha mirado. Durante un segundo he pensado que estaba rabioso conmigo, que iba a ordenarme que saliera del despacho y os dejase a solas, pero no ha hecho nada de eso. No se ha puesto a llorar como tú, pero también estaba sufriendo y yo he sentido el impulso de ayudarlo, de protegerlo.

—¿Por qué? Hasta hoy ni siquiera lo conocías.

—Hasta hace unos días tampoco te conocía a ti, Marina, y nuestra conexión es más intensa que la de mucha gente, ¿no crees?

—Sí, pero...

—Con Rafferty me ha sucedido lo mismo.

Ella se quedó entonces sin aliento y abrió los ojos asustada. Apartó la vista igual que había hecho en el despacho después de besar a Rafferty y la fijó en el cojín que tenía torturando en el regazo. Quería pedirle que me mirase, quería abrazarla, pero le dejé tiempo para pensar y no intenté tocarla.

—No soy lo bastante sofisticada para tener esta conversación —dijo ella al cabo de unos minutos, con voz queda—. No tengo esta clase de experiencia y no sé si quiero, o puedo, tenerla.

—Lo único que te pido, Marina, es que seas sincera contigo misma y conmigo. Y también con Rafferty. Lo demás no importa. Dime qué piensas, qué te preocupa, qué quieres saber y te prometo que te diré la verdad.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Te sientes atraído por Rafferty?

Me sorprendió que eligiese esa pregunta para empezar, pero no que apartase de nuevo la vista.

—Sí, y él se siente atraído por mí, aunque de momento está empeinado en negarlo.

Se levantó del sofá y caminó nerviosa, le temblaban las manos y era obvio que estaba haciendo un esfuerzo para no echarse a llorar o a balbucear. Era una mujer increíble, la más valiente que había conocido nunca, y la más sensual. Cualquiera otra me habría echado de inmediato de su casa, o me habría insultado a gritos; sin embargo, ella estaba dispuesta a escucharme.

—No puedo creerme que me esté pasando esto —farfulló en voz baja—. Es demasiado. Demasiado.

Negó con la cabeza y volvió a sentarse.

—Cuéntame qué pasó entre Rafferty y tú —le pedí.

Presentía que la clave de su confusión radicaba en esa ruptura.

—Estuvimos juntos varios meses —empezó a decir sin mirarme, cogiendo de nuevo un cojín para ponérselo en el regazo a modo de protección—. Viajamos juntos a Italia para visitar a mi abuela y a mi tía. Las semanas anteriores al viaje, me pareció que Raff se estaba alejando de mí, pero lo achaqué al trabajo y a la rutina y pensé que nos iría bien estar lejos de la ciudad unos días.

Una mañana, fuimos de paseo a Siena y le dije que me había enamorado de él. — Se volvió hacia mí mientras reconocía con valentía que estaba enamorada de ese otro hombre, y yo la habría besado por ello—. Le pregunté si estaba preocupado por algo. Él primero intentó convencerme de que no le pasaba nada, pero insistí. —Suspiró abatida—. Y acabó confesándome la verdad.

—¿Qué verdad?

—Me dijo que necesitaba que hubiese una tercera persona en nuestra cama; otro hombre.

En ese instante fui yo quien se quedó sin aliento.

Marina tenía motivos para estar alterada. Mi instinto no me había fallado, Rafferty me había mirado porque me necesitaba, pero de repente tuve un mal presentimiento.

—¿Otro hombre en concreto? —le pregunté.

—No —negó con la cabeza—, creo que no. Según él, necesitaba acostarse conmigo y con otro hombre a la vez, para poder ser él mismo y amarme de verdad.

—¿Qué le dijiste?

—Que no, ¿qué querías que le dijera? —me desafió con la mirada—. Yo no puedo acostarme con un desconocido así, sin más.

—¿Eso fue lo que te pidió Rafferty?

Marina soltó el aliento y volvió a coger aire.

—No lo sé, James. No sé qué me pidió. ¿Que me acostase con otro hombre delante de él? ¿Que me acostase con dos hombres al mismo tiempo? Si estás enamorado de una persona, no quieres que esté con nadie excepto contigo.

—¿Y si estás enamorado de dos personas y esas dos personas lo están de ti y también entre ellas?

—Eso es imposible.

Me limité a enarcar una ceja. A ella los ojos le habían brillado esperanzados al oír esa opción, a pesar de que no se había dado cuenta.

—Así que Rafferty y tú os separasteis después de ese viaje —dije.

—Sí, yo me quedé en Italia unos días con mi abuela y él volvió a Inglaterra. Después se fue a Francia, creo, y no le había visto hasta esta mañana.

—Rafferty me ha dicho que quiere recuperarte.

—A mí también me lo ha dicho, pero no lo conseguirá. Ahora estoy contigo.

Me levanté del sofá, ya le había permitido que estuviese sola demasiado rato, y le di un beso en los labios. Marina tardó unos segundos en responderme, tenía los hombros tensos y aguantaba la respiración, pero poco a poco la fue soltando hasta suspirar en mi boca. Cuando me aparté, apoyó la cabeza contra mi torso.

—Podríamos estar los tres juntos —susurré, acariciándole el pelo.

Ella se apartó de golpe.

—¡No! ¿Por qué? ¿Acaso tú también necesitas compartirme con otro?

—No, por supuesto que no. Si tú y yo nos completamos, seré el hombre más feliz del mundo. Y te juro que jamás te seré infiel. La cuestión es si para completarnos necesitamos también a Rafferty. Hoy, cuando te he besado delante de él, ¿te ha molestado que él estuviese, o has sentido que así era como tendría que ser siempre? Piénsalo y sé sincera, Marina. Por favor. Yo no me iré, estaré contigo sea cual sea tu respuesta, lo que he empezado a sentir por ti es demasiado intenso para negarlo o para ponerle condicionantes de ninguna clase.

Lo único que te pido es que me digas la verdad.

Ella me sostuvo la mirada midiendo cada palabra, sopesándola y al final asintió. Volví a abrazarla, quería ver si se apartaba o se acercaba a mí de nuevo y cuando se relajó y volvió a recostar la cabeza en mi torso, suspiré aliviado.

—Me ha sorprendido —susurró—, pero no me ha parecido raro. Me ha gustado teneros a los dos cerca, pero no es normal.

—El amor no es normal, Marina, es lo más excepcional que existe.

—¿Qué vamos a hacer, James?

Le acaricié el pelo, confiaba en mí y no iba a defraudarla.

—Voy a intentar que te enamores de mí tanto como lo estás de Rafferty y voy a intentar haceros felices a los dos.

—¿Por qué?

—Porque cuando te he besado mientras estabas en los brazos de él, he sentido que llevaba toda la vida esperándoos.

Marina ya puede seguir con su historia...

James insistió en que no intentase buscarle una explicación lógica a nuestros sentimientos, ni tampoco a la atracción que sentíamos entre nosotros tres. A mí el corazón todavía me latía descontrolado por los besos de esa mañana en mi despacho y seguía sin poder creer lo que había sucedido.

¿De verdad había besado a James delante de Rafferty? ¿De verdad había sentido, en aquel preciso instante, que por fin podía ser feliz?

Todavía sentía un cosquilleo en las palmas de las manos por haber tocado el torso de James y de Rafferty al mismo tiempo mientras los besaba, y no podía quitarme de la cabeza que, durante un segundo, los tres habíamos estado casi abrazados. La imagen se repetía una y otra vez en mi mente y me parecía lo más bonito y romántico que había visto en mucho tiempo.

¿En qué clase de hipócrita me había convertido?

Meses atrás, había rechazado a Rafferty porque me había pedido que metiésemos a otro hombre en nuestra cama y, sin embargo, ahora se me encogía el estómago al pensar que podíamos estar los tres juntos: él, James y yo.

«Porque James no es un desconocido y también te estás enamorando de él».

Tal vez ésa fuera la explicación, o tal vez mi subconsciente estuviese intentando encontrar una excusa para justificar mi sobrecarga sexual y ese deseo que me parecía incontenible.

Noté las manos de James en mi espalda, acariciándome suavemente, y de repente no pude soportarlo más. Necesitaba que me besase.

Levanté la cabeza y busqué sus labios desesperada.

Él, gracias a Dios, me los ofreció y me besó con la pasión que tanto necesitaba. Me cogió por la cintura y me sentó en su regazo, igual que había hecho la noche anterior en el coche. Noté su lengua moviéndose frenética dentro de mi boca, quemando todos los rincones donde se detenía, intoxicándome con su sabor. Un sabor distinto al de Rafferty, pero igual de adictivo, más en aquel instante, porque James era el faro que me estaba guiando en medio de aquella tormenta.

—Te necesito —reconocí sin vergüenza antes de volver a besarlo.

Llevé las manos a sus hombros de músculos bien definidos y, en ese momento tensos, hundí los dedos en ellos. James separó los labios para besarme más profundamente y me perdí en su boca.

Bajé las uñas por su camisa y le empecé a desabrochar los botones. Tenía que tocarlo. Cuando llegué al último botón, separé los dos extremos de la tela y tiré de la camisa hacia los lados. Posé las manos en su torso, que quemaba, y se tensó bajo mis

dedos. Abrí los ojos porque necesitaba verlo. Ante mí descubrí unos músculos firmes, cubiertos de un suave vello negro y las cicatrices de unas viejas heridas, que le acaricié con los dedos.

—Son de un sable, en Japón practicaba *kenjutsu*.

Vuelve a besarme.

Incliné la cabeza, pero no lo besé como me pedía; posé los labios sobre las marcas blancas de la hoja de sable y James respiró entre los dientes. Se las besé despacio, recreándome en lugares que hacían que sus dedos se apretasen en mi espalda o que se le acelerase la respiración. Luego bajé las manos hasta el cinturón y se lo desabroché para deslizar después los dedos por encima de los calzoncillos y acariciar su erección.

James me enmarcó entonces la cara con las manos y me acercó a sus labios. Me besó con pasión, me mordió el labio inferior y movió la lengua con fuerza hasta que me hizo sucumbir y le dejé tomar el control.

Apartó las manos de mi rostro y me retuvo sólo con su beso, que aumentaba de intensidad, mientras los gemidos se perdían entre los dos. Noté sus manos en mis muslos, me atrapó el borde del vestido entre sus dedos y me lo subió hasta la cintura. Movié luego los dedos e, igual que estaba haciendo yo con él, me acarició el sexo por encima de la ropa interior.

Moví las caderas y gemí, necesitaba más. Necesitaba sentirlo de verdad dentro de mí para saber si el fuego que creábamos juntos era de verdad. No me bastaba con besarlo y tocarlo, quería verlo perder el control, quería sentir su placer mezclándose con el mío. Deslicé los dedos debajo del algodón de los calzoncillos. No podía moverme, no quería apartarme ni pedirle que me llevase a la cama. Mi cuerpo no podía contenerme, el deseo me estaba ahogando.

—James, por favor...

Volvió a besarme, atrapando mi boca de nuevo, pero noté que tensaba los dedos por encima de mis braguitas.

Gimió entre el beso, un sonido ronco y frustrado. Entonces me levantó y me tumbó en el sofá para quitármelas. Lo hizo muy rápido, con movimientos certeros y algo bruscos, aunque noté que se aseguraba de no hacerme daño.

Pensé que me dejaría allí tumbada y se colocaría encima de mí, pero me cogió de nuevo por los brazos y me sentó encima de él.

—Te deseo, Marina. Mucho.

Una gota de sudor resbalaba por su pecho y su erección se marcaba con fuerza bajo los calzoncillos.

—Yo también. Por favor, James, jamás había necesitado tanto...

Colocó una mano entre los dos y se sujetó el pene para guiarlo hasta la entrada de mi cuerpo. Gemí y moví las caderas en busca de más. El tacto de su piel había bastado para llevarme al borde del orgasmo.

—Mírame, Marina —me pidió con voz ronca. Levanté la cabeza, porque me

había quedado fascinada mirando nuestros cuerpos a punto de unirse—. Mírame, si entro dentro de ti, no saldré jamás, ¿lo entiendes? Buscaré la manera de quedarme aquí siempre y de darte todo lo que necesitas. Y si creo que nos necesitas a Rafferty y a mí, me aseguraré de conseguirlo.

—Yo...

No podía pensar, el deseo me nublaba la mente.

—Chis, tranquila. Ahora somos tú y yo. —Me besó al tiempo que me penetraba—. Eres perfecta, Dios, jamás querré estar sin ti.

Su miembro se deslizó despacio en mi interior, ensanchándolo, buscando llegar a lo más profundo, haciéndome temblar. Haciéndome suya. Me sujetó por las caderas para que no pudiera moverme y fue él quien se encargó de levantar y bajar las suyas, dándome, tal como me había dicho, lo que necesitaba.

No dejó de besarme, de devorar mis labios, de lamerlos, morderlos, de gemir encima de ellos. Yo estaba completamente vestida, excepto por las braguitas, y él también; lo único que podía tocarle era el torso desnudo, y fue increíblemente erótico. Notaba los músculos de sus pectorales contraerse bajo mis palmas cada vez que él levantaba las caderas y me penetraba un poco más. Le hundí las uñas, haciendo que flexionase los dedos.

—Deja que me mueva —le supliqué.

—No.

Me sujetó con más fuerza y siguió entrando y saliendo lentamente de mi cuerpo. Eran pocos centímetros, James estaba sentado en el sofá y yo seguía encima de él, y esa penetración constante me hizo enloquecer. Mi cuerpo se apretó alrededor de su miembro para retenerlo y James aumentó la intensidad del beso.

Empecé a temblar, el corazón se me subió a la garganta, una gota de sudor me resbaló por la espalda.

—Por favor...

Aparté el rostro y entonces él me besó el cuello. Un escalofrío me recorrió la piel y se detuvo en mi sexo.

—Noto lo excitada que estás —murmuró, besándome la clavícula—, me quema. Me habría corrido en cuanto he entrado.

—Por favor, James, no puedo más. Necesito...

—Sí, sé lo que necesitas. —Levantó de nuevo las caderas muy despacio y yo sollocé—. No voy a correrme todavía, y tú tampoco.

«¿No?»

—James...

Separé los labios y le lamí el hueco de la garganta.

El sabor de su piel se me subió a la cabeza; era un hombre extraordinariamente adictivo.

—Noto que te aprietas a mi alrededor, estás temblando. Yo estoy igual. —Me besó de nuevo la clavícula y deslizó la lengua por mi piel—. Si Rafferty estuviese

aquí con nosotros, podría acariciarte los pechos mientras yo te sujeto las caderas.

—James...

Gemí y noté que llegaba al límite. Nunca había estado tan cerca de un orgasmo, sintiéndolo inalcanzable al mismo tiempo. No iba a tenerlo hasta que James quisiera, comprendí.

—Rafferty podría quitarte el vestido y yo seguir moviéndome dentro de ti. ¿Te gustaría? —Creo que asentí, porque él siguió—: A mí también. —Apartó una mano de mi cadera y la llevó hasta donde se unían nuestros cuerpos para acariciarme el clítoris con los dedos—. Yo podría tocarte así, entrar y salir de tu cuerpo, tú podrías acariciarme el torso, sujetarme por las nalgas y... ¿sabes qué podría hacer Rafferty?

Gemí de nuevo y moví la cabeza hacia ambos lados, no podía más. El sudor me había pegado el vestido a la piel y James retenía mi orgasmo con la punta de sus dedos.

—¿Qué podría hacer Rafferty?

Movió los dedos de nuevo, lentamente, levantó las caderas despacio y con fuerza, entrando por completo dentro de mí, y apartó la otra mano de mi cintura para sujetarme la nuca y levantarme la cabeza. Cuando nos miramos, vi en sus ojos tanto deseo, sinceridad y amor que me estremecí, y él vio lo mismo en los míos, porque era exactamente lo que sentía. Me acercó el rostro al suyo y, cuando nuestros labios se rozaron, susurró:

—Rafferty podría besarme.

En cuanto noté su lengua acariciando la mía, alcancé el orgasmo y me sujeté de sus hombros. Él también se estremeció y eyaculó sin dejar de besarme y sin soltarme.

Mi cuerpo no podía parar de temblar, mi boca buscaba la de James, la suya necesitaba la mía. Y los dos sentimos que, en cierta manera, Rafferty también nos estaba besando.

Lo sé porque, cuando por fin dejé de temblar y abracé a James, no me sentí culpable. Lo único que pensé fue que había sido maravilloso y que quería compartirlo con Rafferty. James me besó el pelo, me acarició la espalda, dejó que yo sintiese lo afectado que estaba y lo difícil que le resultaba recuperar el aliento.

—No te soltaré nunca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y encontraré la manera de hacer entrar en razón a Rafferty. Confía en mí.

—Lo hago, creo que me estoy enamorando de ti.

Le temblaron las manos y me apartó de su torso. Las levantó despacio y me acarició las mejillas.

—Te estás enamorando de mí; si no, no me habrías necesitado tanto. No dudes de ti nunca más, ni de nosotros. Yo también me estoy enamorando de ti.

Le sonreí y dejé que volviese a besarme. Pensé que bastaría con un beso, pero no fue así. James se levantó del sofá conmigo en brazos y lo guié hasta mi dormitorio, donde volvió a hacerme el amor. Esta vez, él estaba encima de mí, aguantando su

peso con los brazos, con la camisa colgando a su alrededor, porque no habíamos sido capaces de soltarnos para desnudarnos.

—Nunca tendré suficiente de ti —me dijo—, aunque te tenga cada noche y cada día.

—James...

Entraba y salía de mi cuerpo deteniéndose en el lugar exacto, alargando los movimientos lo necesario para mantenernos a ambos en el límite.

—Eres lo más hermoso que me ha sucedido nunca, Marina, y cuando Raff esté con nosotros, quizá pueda tranquilizarme y volver a respirar. Eres demasiado para mí.

—James, te...

Inclinó la cabeza para besarme. Un mechón de pelo negro le caía por la frente y me hizo cosquillas en la nariz.

James era así, una poderosa mezcla de autoridad y dulzura, tenía detalles cariñosos y tiernos, incluso el alma de un poeta, y al mismo tiempo era dominante.

—Dímelo cuando de verdad estemos completos —me pidió al apartarse—. Dios, no puedo hacerte todo lo que quiero. —Movié las caderas y sentí que de nuevo podía alcanzar el clímax—. Voy a besarte, no puedo contenerme más.

Me besó y se dejó ir, entró dentro de mí del todo y, en cuanto lo sentí estremecerse, me precipité hacia un segundo orgasmo tan intenso y fuerte como el primero.

James me sujetó por los hombros y me besó frenético mientras eyaculaba y los dos nos entregábamos el uno al otro, eliminando para siempre la posibilidad de buscar una vuelta atrás. Cuando nos quedamos quietos y conseguimos volver a respirar, él me llenó el cuello y el rostro de besos hasta que, apoyándose de nuevo en las palmas de las manos, se levantó de encima de mí y me miró.

—¿Qué te parece si nos desnudamos?

—Me parece una idea excelente —contesté con voz ronca por los gemidos.

James me sonrió y salió con cuidado de mi interior.

No se levantó de inmediato, sino que se tumbó a mi lado y me abrazó de nuevo para darme otro beso. No volvió a mencionar a Rafferty, y supe que si éste nunca llegaba a estar allí con nosotros, James sería feliz conmigo. Pero él tenía razón, nos faltaba una parte para estar completos.

Había hecho el amor con un hombre maravilloso por el que estaba empezando a sentir algo increíble e intenso.

Podría pasarme la vida entera sólo con él y me bastaría, pero no sería suficiente. Igual que mi amor por Rafferty tampoco había sido suficiente para mantenernos juntos o para aceptar su petición. Nos faltaba amor, nos faltaba James.

Ahora tenía a James y cuando se acostó por fin desnudo a mi lado y me abrazó, me prometí a mí misma que haría lo que fuera para hacerlo feliz. Igual que él me lo había prometido antes. Nos faltaba Rafferty y, aunque me daba un miedo atroz reconocer que me había enamorado de dos hombres a la vez, no estaba dispuesta a

perderlos.

Me había pasado la vida entera saltando de una relación fallida a otra, me habían sido infieles, me habían ignorado, me habían abandonado. Si dos hombres como Rafferty Jones y James Cavill se atrevían a enamorarse de mí, no iba a rechazarlos ni a elegir sólo porque no fuese lo normal, lo correcto o lo habitual.

Lo habitual nunca me había hecho feliz, me había dejado sola. Iba a luchar por estar rodeada de amor, no por echar el polvo del siglo con dos hombres impresionantes. Iba a luchar por dos personas que me querían y que, si James tenía razón, podían quererse también entre ellos.

Iba a luchar por el amor más completo que había existido nunca.

Abracé a James y le di un lento beso en los labios.

Cuando me aparté, él me miró a los ojos y enarcó una ceja a modo de pregunta:

—Hablaré con Raff —susurré, protegiendo aquella intimidad como si fuera un tesoro—. Tienes razón, nos necesita a los dos, pero de momento sólo me conoce a mí.

Levantó una mano y me acarició la mejilla con reverencia.

—Eres increíble, Marina. Gracias.

—No, tú eres el increíble. Sin ti, jamás me habría atrevido a reconocer lo que siento.

Tiró de mí y volvió a besarme.

Me desperté una hora más tarde y me levanté de la cama con cuidado de no molestar a James, que seguía durmiendo. Fui al baño por el batín, me anudé el cinturón y, cuando volví al dormitorio, me lo quedé mirando.

Estaba tumbado boca abajo, con el rostro vuelto hacia mí y los ojos cerrados. Tenía la espalda al descubierto, con la sábana tapándolo sólo de cintura para abajo. Una de las cicatrices que yo había besado antes le subía por el costado hasta llegar a la columna vertebral.

Ese deporte japonés que había practicado, de cuyo nombre en aquel instante era incapaz de acordarme, le había moldeado el cuerpo, pero era más que evidente que había seguido con él después de abandonar Japón.

Tenía el pelo quizá un poco más largo de lo estrictamente apropiado y se le rizaba un poco en la nuca.

—Si me miras no puedo dormir —farfulló él.

—Lo siento. —Sonreí—. No quería despertarte.

Entreabrió un ojo y me devolvió la sonrisa. Estaba perdiendo el corazón y la cabeza por ese hombre a una velocidad vertiginosa. Me sonrojé. A pesar de lo que habíamos compartido, esa sonrisa me acaloró las mejillas, pero antes de que él o yo pudiésemos decir nada más, sonó un móvil en el comedor.

Era el mío. Fui a buscarlo y oí que James se movía en la cama. Cuando vi el nombre que aparecía en la pantalla, se me encogió el estómago.

Rafferty.

—¿Rafferty? —contesté al teléfono.

—Sí, soy yo.

Tenía la voz ronca, como con restos de cristales rotos y noches en vela.

—¿Dónde estás? —Sujeté el aparato con fuerza y caminé hasta quedar frente al ventanal que daba al jardín.

—En casa. —Oí un sonido extraño de fondo, que tardé varios segundos en identificar: la puerta del congelador al abrirse, seguido por el de unos cubitos de hielo cayendo sobre el mármol de la cocina. Había estado en casa de Rafferty y podía imaginármelo a la perfección—. Acabo de llegar del gimnasio, Daniel me ha dado una paliza.

Sabía que Rafferty y Daniel solían boxear juntos en el gimnasio que regentaba el fisioterapeuta que había ayudado a Daniel a recuperarse, pero nunca había visto a Rafferty llegar con un golpe o una herida.

—¿Te has hecho daño?

Después del modo en que se había ido de la ONG no sabía si le molestaría que me preocupase por él, pero no me importó. Estaba preocupada y quería que lo supiera.

Iba a tener que acostumbrarse. Ese hombre estaba sufriendo y me había hecho sufrir muchísimo, pero había llegado el momento de cambiar nuestra manera de actuar y buscar lo que necesitábamos para ser felices.

Yo ya había empezado. Noté la presencia de James a mi espalda y sus manos deslizándose por mis brazos para reconfortarme. No dijo nada, tal vez porque no quería que Rafferty lo oyese, pero me abrazó y me envolvió con su fuerza.

—Me ha partido la ceja, pero ha sido culpa mía —reconoció—. ¿Podemos vernos? Me gustaría hablar contigo de ese Cavill.

Se me erizó la piel al oírlo mencionar a James con tanta rabia. Rafferty era un hombre apasionado, cierto, pero socialmente era afable y se avenía con todo el mundo. La tensión con la que había hablado dejaba claro que James lo afectaba visceralmente. Yo estaba a punto de salir en su defensa, pero él, que había oído la conversación porque estaba pegado a mí, me miró y negó con la cabeza.

Confié en él y seguí su consejo.

—Por supuesto que podemos vernos —le contesté a Rafferty y James asintió satisfecho—. Si quieres, puedo ir a tu casa.

—Gracias, Marina. —Suspiró e intuí que le quitaba un peso de encima—. Dame media hora e iré a buscarte a la oficina.

—No —lo detuve—, no hace falta. Además, tienes que cuidarte la ceja —añadí convincente.

No quería explicarle por teléfono que no me estaba en la ONG y que tenía compañía.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Está bien —accedió a regañadientes—, te espero aquí.

Me colgó y yo me di la vuelta entre los brazos de James. Éste llevaba el torso desnudo, pero vi que antes de salir del dormitorio y venir a mi encuentro se había puesto los calzoncillos.

Permanecimos en silencio unos segundos, él acariciándome la espalda, yo dejando que sus manos me reconfortasen.

—Está furioso —susurré.

—Lo sé.

—Ha ido a boxear con Daniel y le ha partido una ceja.

Las manos de James se tensaron.

—¿Está bien?

—Sí, creo que sí, pero quiere verme para hablarme de ti. Ha pronunciado tu nombre con tanta animadversión...

—Es normal, son muchas cosas. Acaba de conocerme y te he besado delante de él. —Suspiró—. Tal vez me he precipitado.

—No digas eso. Si no me lo hubieras hecho, me habría costado mucho más aceptar lo que sucede entre nosotros. Has sido muy valiente, James.

—Quería besarte, siempre quiero besarte. Y cuando he visto los ojos de Rafferty, he sentido que también era lo que él quería. Espero, por el bien de los tres, que no me haya equivocado.

Asentí y me abracé a su cintura con más fuerza.

—Rafferty no es como tú, él no acepta el placer, el amor o la felicidad como un regalo. Opone resistencia, no sé por qué. Después de discutir y separarnos en Italia, durante unas semanas estuve demasiado triste como para pensar en él o en lo que me había dicho, pero ahora creo que lo que me pidió, lo de compartirme con otro hombre, era sólo un modo más de distanciarse.

James me acarició la espalda y me dio un beso en la cabeza.

—No conozco a Rafferty, pero cuando he ido tras él y hemos discutido, he podido sentir que está lleno de emociones y de sentimientos. No me ha parecido un hombre que quiera o necesite estar solo... todo lo contrario. Quizá le hicieran daño en el pasado y por eso desconfía del amor y de las relaciones, tal vez por eso está empeñado en boicotearlas desde el principio, aunque sea de un modo inconsciente.

—¿Qué vamos a hacer, James? Tengo que ir a verlo, me necesita. Pero no sé qué decirle y no voy a mentirle ni a permitir que te insulte.

—Vamos a ir a verlo juntos. Tú y yo. Ahora ya no estás sola. —Me apartó de él y buscó mis ojos—. Y Rafferty tampoco.

Tenía un nudo en la garganta y me costó tragar, mi mirada se perdió en la de

James y en ella encontró refugio. Tenía muchas dudas, pero ninguna acerca de que su sugerencia era acertada.

—Y tú tampoco —susurré.

—No, yo tampoco —reconoció con voz ronca—. Vamos, ve a ducharte. Yo llamaré a la oficina y les diré que hoy no cuenten conmigo.

Se inclinó para darme un beso en los labios, un beso que prolongó unos segundos, hasta que se apartó despacio.

Lo observé mientras sacaba el móvil del bolsillo interior de su chaqueta, que antes había dejado encima de la mesilla; desprendía tanta fuerza y seguridad que me tranquilizaba sólo mirarlo. Levantó la vista y me sonrió, y yo tuve que irme a la ducha, porque si me hubiese quedado allí un instante más, lo habría besado y no lo habría soltado nunca.

El agua caliente me relajó. Durante esos minutos, intenté dejar mi mente en blanco. Íbamos a ver a Rafferty; éste me necesitaría para entender y aceptar lo que James y yo íbamos a decirle. Sabía que, para Rafferty, yo iba a ser lo que James había sido para mí: un ancla, el faro en mitad de la tormenta.

Cerré el grifo y, al apartar la cortina, me encontré con una toalla perfectamente doblada esperándome. Yo no la había dejado allí preparada, así que me dio un vuelco el corazón ante el detalle de James.

Me sequé y me dirigí a mi dormitorio para vestirme, vi que él tecleaba concienzudo algo en su teléfono.

—Gracias por la toalla.

—De nada. —Apretó una última letra y se levantó de la cama—. Iré a ducharme. —Me besó al pasar junto a mí—. No tardaré.

Me olió el pelo y me acarició la cintura por encima de la toalla.

—De acuerdo.

—Aunque quiero que sepas que, si no fuera porque Rafferty no está esperando, te metería en la ducha conmigo.

Se apartó y vi que sus ojos se oscurecían hasta adquirir el color plateado con el que me habían cegado mientras hacíamos el amor.

Oí el agua correr y me sonrojé al darme cuenta de que me había quedado allí petrificada mientras él se encerraba en el cuarto de baño. Sacudí la cabeza para quitarme de encima el estupor, aunque el deseo se quedó conmigo, y me planté frente al armario para vestirme.

Elegí un vestido, era el tipo de prenda con el que mejor me sentía y sabía que a Rafferty le gustaban.

Era un vestido nuevo, de colores morados y malva, lo había comprado una semana antes, después de pasarme días y días viéndolo en el escaparate de una tienda, cerca del trabajo. Me puse la ropa interior, un conjunto que combinaba encaje rosa y violeta, las medias y las botas y me dirigí al baño para maquillarme y peinarme.

Abrí la puerta y al ver a James con una toalla anudada a la cintura en mi pequeño

y femenino cuarto de baño, me ruboricé.

—Estás preciosa —me dijo.

—Gracias.

Él se peinó con los dedos y, tras darme un beso, me dejó sola. Siempre que pasaba por mi lado me besaba, como si no pudiese dejar escapar la oportunidad. Respiré hondo y me dispuse a secarme el pelo y maquillarme.

Si me detenía a pensar, me pondría nerviosa y eso no ayudaría a nadie, ni a Rafferty, ni a James ni a mí, así que me concentré en arreglarme. Tardé diez minutos, todavía tenía las puntas del pelo húmedas y el maquillaje era suave, lo justo para sentirme cómoda.

Cuando salí, James me estaba esperando de pie, con la mirada fija en el jardín que se veía desde la ventana que había junto al sofá. Evidentemente, llevaba el mismo traje de antes, pero en el cuello de la camisa podía ver restos de las gotas de agua que le habían resbalado del pelo.

—Ya estoy lista.

James se dio la vuelta decidido; si estaba preocupado, logró ocultármelo y me ofreció sólo su fuerza.

Bajamos a la calle y detuvo un taxi. Una vez dentro, le di la dirección de Rafferty al conductor.

Me cogió la mano durante el trayecto y me explicó que había concertado una cita con una inmobiliaria para buscar casa en Londres cuanto antes. Britania Oil lo había instalado en un lujoso hotel en el centro, pero él, ahora que había decidido echar raíces, estaba impaciente por encontrar un sitio al que poder llamar «hogar» e ir moldeándolo poco a poco.

—La casa de Rafferty es preciosa —le dije—, intenté preguntarle por qué había elegido una tan grande para él solo, pero eludió el tema. Tiene un jardín precioso en la parte trasera y está rodeada por una verja. Es un lugar de ensueño, pero parece un proyecto a medias.

Tiene habitaciones aún vacías y creo que incluso hay unas por remodelar.

—Averiguaremos la historia de esa casa —propuso él.

El taxi dobló la última esquina y apreté los dedos de James porque los nervios que hasta entonces había contenido mínimamente me sobrepasaron.

—¿Y si nos echa?

—No se lo permitiremos. —Se volvió hacia mí—. Será difícil, ni por un momento me he imaginado a Rafferty dándome la bienvenida, pero sé que lo que he sentido en tu despacho y después, cuando lo he seguido, era de verdad. Aunque si quieres ir sola, si prefieres que no te acompañe, me quedaré fuera.

»Probablemente me costará contenerme: mis instintos me piden que te cuide y te proteja, y estoy impaciente por conocer a Rafferty. Pero si tú me lo pides, me quedaré en la calle, ¿de acuerdo? Ahora lo más importante sois Rafferty y tú.

El taxi se detuvo, James me soltó la mano y pagó al conductor. Bajó del vehículo,

oí el ruido de su puerta, pero no conseguí reaccionar hasta que abrió la mía y me tendió la mano para ayudarme a bajar. El coche negro se alejó y él me sujetó la cara entre las manos.

—Tú decides, cariño. —Me dio un beso y se apartó.

Era un hombre magnífico. La tensión que reflejaban sus hombros evidenciaba lo mucho que le estaba costando hacerse a un lado y esperar, pero iba a hacerlo si yo se lo pedía.

De repente pensé que no quería hacer nada sin él; aunque era capaz de enfrentarme a cualquier situación sola, no quería hacerlo si podía tenerlo a mi lado. Le cogí una mano y subimos los escalones que conducían a la puerta de Rafferty.

Llamé al timbre. James se colocó justo detrás de mí, transmitiéndome su fuerza y, con una mano en mi cintura, también esos sentimientos tan intensos que crecían sin parar entre los dos.

Oí abrir la cerradura y, cuando apareció Rafferty, me sonrió durante un segundo, hasta que vio a James detrás de mí.

—¿Qué hace él aquí?

No intentó cerrar la puerta, pero entrecerró los ojos y la apretó tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

—Déjanos entrar, Raff. —Levanté una mano para acariciarle la herida de la ceja, pero se apartó antes de que pudiera tocarlo—. Por favor.

Él siguió inmóvil y en silencio.

—Estoy aquí porque quiero asegurarme de que Marina está bien —intervino James.

—Yo jamás le haría daño —se defendió Rafferty, sintiéndose insultado.

—Lo sé y sabes perfectamente que eso no es lo que he insinuado. Lo sabes. —James apretó la mano que tenía en mi cintura—. Déjanos entrar o cierra la puerta, porque Marina no entrará sin mí.

Me notaba el corazón en la garganta y estaba aguantando la respiración. Quería abrazar a Rafferty y decirle que no tenía motivos para estar tan a la defensiva, quería curarle la herida y darle un beso. Y también quería darle otro a James por ser tan fuerte por los tres. Sin él no habría tenido el valor de seguir adelante.

A Rafferty le tembló un músculo en la mandíbula, pero se apartó y nos dejó pasar. Cerró la puerta de golpe y casi lo oí gruñir detrás de nosotros.

Me dirigí al salón. Hacía meses que no estaba en esa casa y seguía pareciéndome preciosa. Al lado de la escalera que subía a los dormitorios —y a unas habitaciones vacías— había una maleta y una bolsa de deporte y deduje que Rafferty ni siquiera había deshecho aún el equipaje.

—No me esperaba esto de ti, Marina —dijo furioso—. Creía que al menos me merecía una conversación a solas, pero ya veo que no. Y ya veo que has elegido al señor Sin Escrúpulos, dispuesto a tirarse a todo lo que se le pone delante, hombres incluidos.

»Me parece perfecto, pero si crees que con él vas a tener tu familia feliz, me parece que estás muy equivocada, a no ser que estés dispuesta a...

—Ni se te ocurra terminar esa frase, Rafferty —lo amenazó James, volviéndose de golpe hacia él—. Te permito que me insultes porque todavía no me conoces y porque entiendo que te cuesta aceptar lo que está pasando, pero no te atrevas a insinuar que Marina no es la mejor mujer que has conocido nunca. Tú más que nadie deberías saber lo hermosa e increíble que es.

—Yo también lo creía, pero está visto...

James caminó hacia él, deteniéndose a escasos centímetros.

—Está visto que estás dolido y que no puedes pensar con claridad, pero si insultas a Marina, a esa mujer que está dispuesta a luchar por ti, te juro que te arrepentirás, ¿de acuerdo? —Me señaló con un dedo mientras mantenía la mirada fija en la de Rafferty.

Yo los observé atónita. Era la primera vez que los veía juntos tan de cerca y entendí lo que James me había dicho sobre la atracción que existía entre los dos. No dependía de mí, y era lo más bello y sensual que había visto nunca.

El torso de Rafferty subía y bajaba con dificultad, como si le costase respirar, y tenía los puños cerrados a los costados. Si los hubiese abierto, no sé si habría empujado a James o lo habría acercado a él para besarlo.

Parecía capaz de hacer ambas cosas, y los ojos le brillaban igual que si en su interior se estuviese librando una batalla sobre qué opción tomar.

Entonces desvió la vista hacia mí y soltó el aliento muy despacio.

—Lo siento, Marina. No he pretendido ofenderte —me dijo.

—Lo sé, no te preocupes.

Se apartó de Rafferty y se acercó a mí. Me cogió las manos, que yo me había estado retorciendo nerviosa, y me dio un beso en los labios.

—¿Por qué has venido con él, Marina? —me preguntó Rafferty, evidenciando su confusión y su cansancio—. ¿De verdad tenías miedo de que fuera a hacerte daño?

—No, por supuesto que no. —Solté a James y me acerqué a él. Pensé que me rechazaría, igual que había hecho al abrir la puerta, pero esta vez permitió que lo abrazase—. Te he echado mucho de menos —suspiré.

Rafferty se tensó, completamente a la defensiva, pero después respiró despacio y, al cabo de unos segundos, se relajó un poco y me abrazó.

—Yo también, por eso he vuelto.

Cerré los ojos, podía oír su corazón latiendo bajo mi mejilla.

—¿Por qué has venido con él? —insistió.

—Porque lo necesito aquí conmigo, y tú también.

Rafferty cogió aire y, tras soltarlo, me alejó con cuidado.

—Yo a él no lo necesito, sólo te necesito a ti —me dijo, mirándome con tristeza a los ojos.

—No es verdad. En Italia me dijiste que necesitabas que nos acostáramos con

otro hombre. No sólo me necesitas a mí.

Suspiró frustrado y se pasó una mano por el pelo.

—Lo que te pedí en Italia no tiene nada que ver con él. Jamás te pediría que te enamorasas de otro hombre.

—Tú querías que dejase que otro me tocara sin sentir nada por él —respondí, intentando contener las lágrimas—, pero si te hubiese dicho que sí, habrías encontrado la manera de distanciarte de mí, de dejarme.

—No, eso nunca. Si hubieras accedido a ello, jamás te habría dejado.

—Pero tampoco te habrías comprometido del todo, nunca me habrías amado. Lo que me pediste me habría alejado de ti, habrías encontrado la manera de convertir lo nuestro en una relación sin futuro, estancada en esa clase de encuentros.

—¿Y enamorándote de él me has hecho un favor? —El sarcasmo flotó en el aire.

—Él se llama James, Rafferty. ¿Te has fijado en que eres incapaz de pronunciar su nombre, de mirarlo? ¿Por qué crees que es?

—¡Porque te has acostado con él! ¡Porque me ha arrebatado a la mujer que quiero!

—Tal vez —reconocí para apaciguarlo un poco—, pero también porque te sientes atraído por él.

—Yo no me siento atraído por *James*.

Éste, que se había mantenido en silencio durante nuestra conversación, se acercó en ese momento a nosotros y dijo:

—Esta mañana, en el despacho de Marina, podrías haberme apartado de ella. Eres tan alto como yo y probablemente igual de fuerte. ¿Por qué no lo has hecho?

¿Por qué has dejado que la besara mientras ella estaba en tus brazos?

—Estaba aturdido por el viaje y me has pillado por sorpresa. Además, no quiero hablar de estas cosas contigo.

Se apartó y caminó por delante de la chimenea.

—Raff, mírame, por favor —le pedí—. En Italia me hiciste mucho daño, me ha llevado meses recuperarme, pero sé que si no me hubieras contado la verdad también habríamos acabado separados. Yo, a pesar del amor que sentía y siento por ti, tampoco era feliz. Conocer a James me ha salvado. Es un hombre maravilloso y lo que estoy empezando a sentir por él es tan fuerte como lo que siento por ti.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que estás enamorada de los dos? —Le costó formular esta pregunta y tuvo que humedecerse los labios—. No digas estupideces, Marina.

No sé qué diablos te ha dicho este gilipollas para convencerte, pero no puedes amar a dos hombres al mismo tiempo.

Respiré hondo para no reñirlo por haber insultado a James; era evidente que estaba dolido y reaccionaba atacando al hombre al que consideraba su enemigo, no su aliado.

—Digo que puedo estar enamorada de los dos y que me niego a renunciar a uno de vosotros. Tú me pediste que dejase que otro hombre tocara mi cuerpo, yo quiero

pedirte que dejes que James te conozca. —Lo vi abrir los ojos con desesperación y con algo que identifiqué como una mezcla de miedo y anhelo—. Quiero que dejes que llegue a tu corazón.

—¡Jamás! Tienes que elegir, Marina. O él o yo.

—¿Tanto miedo tienes de darme una oportunidad, Rafferty? —intervino entonces James con voz ronca.

—No seas engreído, Cavill. No te tengo miedo, sencillamente, no me van los hombres. Me parece genial que a ti te guste todo, así tienes más donde elegir, supongo, pero eso no va conmigo.

—Claro, entiendo. —James vino a mi lado, pero no me tocó, toda su atención estaba fija en Rafferty, que seguía frente a nosotros, con la chimenea tras él—. Y cuando hacías tríos no te gustaba ver el cuerpo del otro hombre que estaba en la cama contigo.

Rafferty entrecerró los ojos, me miró de soslayo un segundo y vi que los pómulos se le oscurecían. No supe si era de vergüenza o de deseo.

—Me gustaba ver lo que hacía ese hombre con el cuerpo de la mujer —contestó—. Prácticamente nunca me fijaba en ellos, para mí eran como un instrumento.

—Y esas relaciones no llegaban nunca a nada —señaló James—. Porque ¿qué puede haber más seguro que acostarte con una mujer a la que le da placer otro hombre, una mujer que nunca llega a ser sólo tuya y un hombre que tampoco te afecta? —Se acercó a Rafferty, deteniéndose a milímetros de él—. Nada, no existe nada más seguro y más vacío. Nunca has tenido que jugarle el corazón. Pero hasta ahora nunca te habías enamorado de una mujer como Marina, y tampoco... —se acercó un poco más, los labios de ellos dos casi se tocaban y yo tuve que humedecerme los míos— habías conocido a un hombre como yo.

Pensé que James lo iba a besar, que iba a demostrarle lo real que era esa atracción que yo incluso podía saborear, pero se apartó de golpe y le dio la espalda. Lo vi apretar la mandíbula frustrado y cómo Rafferty apenas podía respirar.

—No quiero perderte, Raff. —Lo vi tan perdido que le ofrecí una salida—. Y no quiero perder a James. Danos una oportunidad.

—Tú no me la diste —replicó. Le temblaban las manos y la voz. Echó los hombros hacia atrás y se dirigió hacia la puerta de la casa—. Marchaos de aquí. Los dos.

Me mordí el labio inferior para no echarme a llorar allí mismo. Habíamos fracasado. Rafferty apenas nos había escuchado y se había negado en redondo a darnos una oportunidad. Miré hacia arriba para contener las lágrimas y, justo cuando creía que iba a perder la batalla, James me acarició la espalda.

—Le dijiste a Marina que necesitabas que en vuestra cama hubiese un tercer hombre, ¿no es así, Rafferty? Al menos, ten el valor de reconocer la verdad también delante de mí.

Raff se detuvo en el pasillo y se dio media vuelta.

—Sí, así es —reconoció furioso.

—Pues bien, si de verdad estás dispuesto a conformarte con eso, de acuerdo, acepto, pero antes tenemos que ir a cenar los tres.

Se me encogió el estómago al oír sus palabras y tuve que recordarme que me había pedido que confiase en él.

Desde donde estaba, podía ver que a Rafferty le costaba respirar.

—¿Tú estás de acuerdo, Marina? —preguntó entonces, mirándome con desconfianza—. ¿Te acostarás conmigo y con James aunque él y yo no nos soportemos?

—No asumas nada sobre mí, Rafferty —intervino James antes de que yo pudiese contestar—. Habla por ti.

—Confío en James —dije, tras humedecerme los labios. A Rafferty no le gustó mi respuesta, pero James se lo merecía—, y a ti te he echado mucho de menos. Me gustaría mucho que pudiésemos cenar los tres juntos. No sé qué sucederá después de la cena.

—Me parece bien —accedió Raff finalmente—. Podemos cenar juntos el viernes, pero no quiero ir a ningún restaurante. Venid aquí a las ocho. Y ahora —se dirigió a la puerta y la abrió—, quiero que te vayas, James. —Lo miró a los ojos—. Marina, tú puedes quedarte si quieres.

James se tensó, pero noté que, aunque le costaba, procuraba mantener la calma. Se alejó de mí y se dirigió solo hacia la puerta, dándome, sin decirme nada, la posibilidad de quedarme. Se detuvo frente a Rafferty y la tensión de antes apareció al instante. Se quedó allí los segundos necesarios para obligar a Rafferty a reconocerla, a pesar de que no hizo nada al respecto.

Cuando los ojos de éste cambiaron de color y no tuvo más remedio que apartarlos, James reanudó la marcha y salió de la casa cerrando la puerta a su espalda.

Me habría gustado quedarme, pero Rafferty estaba muy alterado y algo me decía que necesitaba estar solo, que si me quedaba utilizaría lo que sucediera entre nosotros como excusa para no enfrentarse a lo que le estaba pasando con James.

Respiré hondo y me acerqué a él, que seguía inmóvil junto a la puerta. Me detuve igual que había hecho James y me puse de puntillas para darle un beso en los labios. En cuanto nuestras bocas se tocaron, Rafferty reaccionó sujetándome por la cintura y devorando mis labios. Me besó furioso, con una pasión teñida de dolor y de miedo, con rastros de unas emociones que ya habían aparecido en algunos de nuestros besos. Le temblaban los labios y flexionaba los dedos en mi cintura.

Estaba excitado, mucho más de lo que justificaría ese único beso. Y me necesitaba. Le rodeé el cuello con los brazos y noté que la piel le quemaba, el sudor le empapaba la nuca y el torso le subía y bajaba apresuradamente contra el mío. Me levantó del suelo y me apoyó la espalda en la pared del pasillo. Un cuadro se movió junto a mi cabeza por la fuerza del golpe, aunque él se aseguró de ponerme la mano en la nuca para protegerme del impacto.

—Te necesito, Marina. Ahora.

—Sí, sí.

No me planteé que estuviese haciéndole daño a James por estar de esa manera con Rafferty horas después de haber hecho el amor con él. Lo nuestro era nuevo y delicado, pero en el fondo de mi corazón sabía que James sería el primero en decirme que si Rafferty me necesitaba no podía abandonarlo.

—Te necesito, Marina. Por favor.

—Chis, tranquilo. Estoy aquí.

Le aparté el pelo sudado de la frente y seguí besándolo. Oí que se desabrochaba los botones de los vaqueros y apreté los muslos alrededor de su cintura. Él gimió pegado a mis labios, me mordió y después pasó la lengua por la herida. Una mano fuerte, que no dejaba de temblar, se deslizó entre los dos y segundos más tarde noté su erección acariciándome el sexo por encima de las bragas. Apartó la tela furioso y me penetró lentamente.

—Dios, Marina. Te he echado tanto de menos... —gimió, casi sin ser consciente de ello.

Entraba y salía de mi cuerpo con desesperación, sin rastro del amante sofisticado que podía estar horas atormentándome sin dejar que alcanzase el orgasmo. El que estaba ahora haciéndome el amor era un hombre con demasiados sentimientos, no uno que intentaba mantenerlos a raya.

—Yo también a ti —le susurré al oído, antes de besarle el cuello.

Rafferty bajó la cabeza hacia mi cuello, pegó su mejilla a la mía y noté que le temblaba el pulso. Su miembro se estremecía al entrar y salir lentamente de mi cuerpo, buscando la manera de alargar esa tortura y desesperado por acabar al mismo tiempo.

—Tranquilo —le dije de nuevo en voz baja—, te quiero, Raff.

—Dios —farfulló él.

Le acaricié la nuca. Volver a sentirlo dentro de mí era maravilloso. El amor que sentíamos el uno por el otro era como un bálsamo que curaba las heridas causadas por nuestra discusión en Italia y los meses de ausencia. Y ese sentimiento iría a más, averiguaría cómo hacer feliz a ese hombre tan dulce y al que la vida le había hecho tanto daño. Descubriría la verdad sobre él y le demostraría que se merecía tanto amor que con el mío no bastaba, que también tenía que amarlo James.

Me estremecí al pensar en éste y en lo que me gustaría que algún día sintiesen el uno por el otro. No iba a conformarme con que se gustasen, ni con que fuesen amigos: James y Rafferty tenían que amarse.

Rafferty estaba saliendo de mi cuerpo y apreté los labios de mi sexo para retenerlo; ahora que había descubierto la profundidad de mis deseos, tenía que estar conmigo.

—Te quiero, Raff —repetí—, quiero dártelo todo, pero yo sola no puedo.

Le tiré del pelo para echarle la cabeza hacia atrás y poder besarlo. Él me engulló con sus labios. Estaba perdido, el sudor le cubría la cara y tenía los ojos cerrados con

fuerza. Sentí su desesperación. Nuestras bocas se pelearon, buscaron un beso más intenso. Cuando él volvió a apartarse y a esconder el rostro en mi cuello, le susurré al oído:

—Si él estuviese aquí ahora, te acariciaría la espalda. —Su erección creció en mi interior—. Te quitaría el jersey y la camiseta y te besaría el cuello y los hombros.

Apretó las manos que tenía en mis nalgas y me mordió el cuello. Cada vez estaba más excitado, más entregado al deseo.

Seguí, aunque a mí también me costaba hablar de lo cerca que estaba del orgasmo.

—Te lamería la espalda, te desabrocharía los vaqueros. O... —me mordí el labio inferior—... o tal vez me desnudaría a mí, me tocaría los pechos mientras tú me sujetabas. O... —no podía seguir—... o quizá me besaría una vez en los labios y después te besaría a ti.

Rafferty se tensó entonces y buscó mis labios para besarme, morderme, lamerme, mientras eyaculaba con una brutalidad que nunca había visto antes. Mi clímax fue igual de intenso. Me sujeté a él y me dejé llevar por su cuerpo, por nuestro amor, y por la presencia innegable de James en nuestras mentes. No había dicho su nombre en ningún momento, pero no tenía la menor duda de que Rafferty sabía a qué él me refería.

A medida que el orgasmo fue retrocediendo, también disminuyó la carnalidad del beso y sus labios se tornaron tiernos y suaves. Me besaba con reverencia, pidiéndome perdón con cada uno de los besos. Me robó el corazón con esa ternura. Le sujeté el rostro entre las manos y lo aparté de mí para mirarlo.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —le dije.

Él me miró confuso un segundo y después arrugó las cejas. Me dejó en el suelo y, con cuidado, salió de mi interior. Se abrochó los vaqueros sin mirarme, estaba tan preocupado que casi podía oírlo pensar.

Lo habría abrazado de nuevo desde la espalda y le habría dado un beso en el omóplato, por encima de la ropa, pero él se alejó de mí.

—Te espero el viernes.

Me dolió esa fingida indiferencia, el distanciamiento sin disimulo, y que no mencionase a James. Me aparté de la pared, pensé que era un hombre herido y que necesitaba recuperarse de la cantidad de emociones que lo habían bombardeado. Aunque eso no le daba derecho a ser cruel y a hacerme daño.

—Aquí estaremos —le contesté, mientras abría la puerta.

Esperé unos segundos a ver si me contestaba, si corregía el uso del plural o si sencillamente se daba la vuelta. No hizo ninguna de esas cosas; subió la escalera y desapareció.

Yo hice lo mismo. Cerré la puerta, negándome a derramar ni una sola lágrima. Bajé los peldaños hasta la calle y sollocé aliviada al ver a James esperándome.

Estaba apoyado en una farola, la preocupación era más que evidente en su rostro

y también el esfuerzo que había tenido que hacer para quedarse allí sin hacer nada. Se apartó en cuanto me vio y se acercó a mí con los brazos abiertos.

—Marina, ¿estás bien?

—Sí. —Acerqué la nariz a los botones de su camisa y respiré hondo. Su olor, mezclado con el de mi jabón, con el que se había duchado, me tranquilizó—. Lo siento.

—No tienes de qué disculparte —me contestó él, besándome la cabeza—. Si Rafferty te necesitaba, has hecho bien en quedarte y estar con él —adivinó—, pero si te ha hecho daño, tendrá que vérselas conmigo.

—No, no es eso —le aseguré—. Es que nos necesita tanto y está tan empeñado en negarlo... —Expresé mi frustración sujetando las solapas de su chaqueta.

—Ha accedido a que cenemos los tres juntos el viernes —dijo él—. Es un paso importante.

—Intentará ignorarte, o te insultará.

—Lo sé, pero no se lo voy a permitir. Y tarde o temprano tendrá que reconocer que estoy aquí y que no pienso irme a ninguna parte.

—No lo sé, James. No quiero que te haga daño, y tampoco quiero hacértelo yo. Tal vez sería mejor que te olvidaras de mí, de nosotros.

—Eso jamás. —Me abrazó con más fuerza—. Jamás, ¿me oyes? Estás cansada, has tenido un día muy difícil. Te llevaré a tu casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me soltó y detuvo un taxi que pasaba. Nos subimos y le dio mi dirección al conductor. Cuando el vehículo se puso en marcha, me acercó a él y me abrazó para que pudiese descansar apoyada en su torso. Pensé que no iba a dormirme, jamás me había dormido en un taxi, pero cuando abrí los ojos y vi que estábamos estacionados frente a la verja de mi apartamento, me sonrojé.

James pagó al taxista y me ayudó a bajar. Subimos juntos a casa, pero él en ningún momento insinuó que buscara una invitación. Me preparó un té mientras yo me quitaba las botas, e insistió en que me pusiese cómoda.

Salí cinco minutos más tarde con mi bata puesta y me bebí el té mientras él tecleaba a mil por hora mensajes en su móvil. Tras dos o tres bostezos, estuve a punto de quedarme dormida en el sofá, pero James me sonrió y me llevó a la cama.

—Duérmete. Conozco el camino y me puedo ir solo. —Me besó y me acarició el pelo—. Te llamaré mañana y te recordaré que me siento increíblemente unido a ti, para que no se te ocurra pensar las tonterías de antes. El viernes no tardará en llegar, ya lo verás, y entonces convenceremos a Rafferty de que deje de comportarse como un cretino herido y malcriado.

Sonreí y me gané otro beso. El último de esa noche.

Me quedé dormida en cuanto oí que James cerraba la puerta y no me desperté hasta la tarde del día siguiente.

Rafferty me llamó y me invitó a cenar con él, Daniel y Amelia esa noche. Acepté

porque me apetecía ver a mi amiga, pero le dejé claro que iba a contárselo a James y que eso no cambiaba los planes de los tres para el viernes.

Rafferty fingió no oírme.

James, por su parte, me dijo que lo pasase bien esa noche y que le diese recuerdos suyos a Amelia. Antes de despedirme de él, le aseguré que no me iría con Rafferty después de cenar.

Había decidido que hasta que hablásemos los tres el viernes no volvería a acostarme con ninguno de los dos.

Aunque podía justificar los anteriores encuentros, y ambos habían sido maravillosos, no me gustaba tener la sensación de que los estaba engañando. Y no sólo a ellos, sino también a mí misma.

Había momentos en los que seguía dudando sobre si de verdad me había enamorado de los dos o si había fabricado esos sentimientos para justificar mi deseo, pero en el fondo de mi alma sentía que no podía seguir haciendo el amor con Rafferty por la mañana y con James por la tarde, o al revés. Eso sólo complicaba las cosas para todos y me hacía sentirme infiel.

James me escuchó con atención. Nos habíamos reunido en su despacho para hablar del informe de la petrolera y me había guardado esa conversación para el final.

Durante la reunión, los dos fuimos capaces de concentrarnos en el trabajo, si bien el beso que me dio en cuanto llegué no fue para nada profesional y sí muy personal. Cuando llegamos al último punto de la lista que nos habíamos marcado como objetivo, James descolgó el teléfono para decirle a su secretaria que no le pasase llamadas y que se asegurase de que no lo molestaba nadie.

Después de colgar, se acercó a donde yo estaba sentada y me dio otro beso muy lento. Cuando se apartó, me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Qué te preocupa?

Entonces le conté que iba a cenar con Rafferty y le hablé de mi decisión de no volver a acostarme con ninguno de los dos hasta que hubiésemos cenado los tres juntos el viernes. Al terminar, esperé nerviosa, aunque intenté disimularlo. Estaba decidida y ni Rafferty ni James iban a hacerme cambiar de opinión, pero no quería tener que discutir con ellos.

—No quiero que te arrepientas de haber hecho el amor conmigo —empezó a decir James—, y aunque a una parte de mí le duele y le molesta no haber estado cuando hiciste el amor con Rafferty, puedo entender que él te necesitara tanto como yo. —Soltó el aliento—. Y me alegro de que estuvieras a su lado, así que tampoco quiero que te arrepientas de haber hecho el amor con él.

—No me arrepiento, pero creo que será mejor para todos que no vuelva a pasar hasta que sepamos si esto que sucede entre los tres es posible o es sencillamente una locura.

—Es posible y una locura. —Me sonrió—. Lo cierto es que te entiendo, y si es tu decisión, la respeto. Pero puedo seguir besándote, ¿no?

—Por supuesto —le aseguré aliviada.

James se acercó a mí y me dio un beso más sensual que el anterior, tremendamente erótico.

—Piensa en mí esta noche, y dale recuerdos a Amelia, y también a Rafferty.

—Lo haré.

Me levanté, recogí mis cosas y me fui de Britania Oil con un cosquilleo en los labios por los besos de James.

Pasé por la ONG y seguí trabajando en el informe de la petrolera una hora más; había recopilado mucha información e intenté ponerla en orden.

Amelia no estaba en su despacho, esa tarde tenía una reunión en un hospital al que ayudábamos a enviar medicamentos a zonas bélicas y probablemente seguía allí o ya se había ido a su casa a cambiarse para la cena de esa noche.

Acabé el documento en el que estaba trabajando y decidí terminar mi jornada laboral. Al salir, paseé por la calle a paso lento para observar los escaparates y relajarme. Estaba ilusionada por la cena y también un poco nerviosa.

Cuando llegué al apartamento, imágenes de James en el salón y en mi cama se mezclaban con otras en las que aparecía Rafferty. Todavía no tenía ninguna de ellos dos, y no quería tenerla hasta que llegase el momento adecuado, porque sabía que si aparecía en mi mente no podría arrancármela.

Me duché y me vestí pensando sólo en lo agradable que sería cenar con Amelia y Daniel, o al menos intentándolo.

Media hora antes de la cena, sonó el timbre. Rafferty había insistido en recogerme y yo no me había negado.

Entró, su colonia invadió el vestíbulo, y me dio un beso.

—Estás preciosa.

—Gracias —contesté con los labios húmedos—. ¿Te duele la ceja? —Levanté una mano para tocarle la herida y, a diferencia del día anterior, me lo permitió.

—No, sólo me escuece un poco.

Fui a por el abrigo y el bolso y dejé a Rafferty observando el jardín por la ventana del salón. Cuando salí del dormitorio, estaba tan pensativo que ni siquiera me oyó.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—¿Le has dicho lo que sucedió ayer entre tú y yo antes de que te fueras de mi casa? —No me miró, mantuvo la vista fija donde la tenía y las manos en los bolsillos.

Los hombros se le veían tensos, como soportando demasiado peso.

—No, no hizo falta —le contesté—. Me estaba esperando, lo supo en cuanto me vio.

—¿Se enfadó?

Me acerqué y le acaricié la espalda; él se erizó, sorprendido por la caricia.

—No, no se enfadó. Si quieres saber cómo se siente, puedes llamarlo por teléfono, ¿lo sabes, no?

Me pareció que asentía, pero fue un gesto tan breve que quizá me lo imaginé.

Eché los hombros hacia atrás, sacudiéndose de encima las preocupaciones junto con aquella conversación.

—Será mejor que nos vayamos.

Me cogió el abrigo y me ayudó a ponérmelo antes de abandonar el apartamento.

La cena fue muy agradable. Ver a Rafferty con Daniel siempre me había gustado, porque tenía la sensación de que en presencia de su amigo se atrevía a relajarse de una manera como no lo hacía estando solo conmigo. Era como si Daniel conociese una parte del pasado de Rafferty a la que yo no tenía acceso.

Daniel, quien al principio no había sido santo de mi devoción, había resultado ser un hombre magnífico que hacía muy feliz a mi mejor amiga. Además, era tan influyente en Londres que resultaba divertido cenar con el señor Bond y ver cómo el restaurante entero se quedaba mirándonos. Rafferty solía burlarse de él por ello. Raff, aunque también gozaba de mucha popularidad por ser quien era, no inspiraba el temor que inspiraba Daniel.

Tras la cena, Amelia y Daniel se despidieron de nosotros y vi cómo se besaban mientras esperaban que el aparcacoches del restaurante les trajese el suyo. Al ver ese beso, en principio tan inocente y romántico, se me encogió el corazón.

¿Qué pasaría si al final estaba de verdad enamorada de James y de Rafferty y conseguíamos hacer funcionar una pareja de tres? Nunca podría besarlos a los dos mientras esperábamos que nos trajeran el coche. La clandestinidad con la que tendríamos que vivir nuestra relación me sacudió de golpe y un escalofrío me recorrió la espalda. Rafferty lo vio y me abrazó.

—¿Tienes frío?

—No.

Jamás había podido mentirle. Me miró y siguió mi mirada hasta Daniel y Amelia. Adivinó que los observaba con envidia.

—Lo que tienen ellos dos es muy difícil de conseguir —me dijo.

—Lo sé, pero han luchado mucho para lograrlo. Yo también estoy dispuesta a luchar.

—¿Crees que vale la pena? —Entre su sarcasmo noté la desesperación.

—Por supuesto.

—¿Con quién, con James o conmigo? —me retó.

—Con los dos.

Entonces me soltó y se dirigió al aparcacoches, que ya había entregado el vehículo a Daniel y a Amelia, para darle el resguardo del suyo. El chico desapareció y Rafferty volvió a mi lado.

—Aun en el caso de que exista la manera de tenernos a ambos, jamás podrás llevar una vida normal. ¿Te imaginas qué dirán de ti si se sabe que estás con dos hombres al mismo tiempo?

Tragué saliva. Me negaba a sentirme mal por mis sentimientos y por un segundo odié a Rafferty por utilizar ese vil argumento en mi contra.

—Me da igual, las críticas malintencionadas o los chismes no pueden hacerte compañía de noche o cuando tienes problemas. El amor de tu vida sí.

—El amor de tu vida es singular.

—No tiene por qué serlo.

—No sé si eres inocente o si te estás buscando una excusa para sernos infiel.

—¿A quién?

—A James y a mí.

—Vaya, veo que ahora sí puedes decir su nombre y que por fin reconoces que tenéis algo en común.

Rafferty se sonrojó y el ruido del motor interrumpió lo que iba a decirme. Nos subimos al coche y él condujo en silencio hasta mi apartamento. Al llegar allí, paró el motor y se bajó para abrirme la puerta y acompañarme.

Yo seguía ofendida por su último comentario, pero no fui capaz de apartarme de él cuando me puso una mano en la espalda y se inclinó para darme un beso.

—Lo siento —dijo—, no quería ofenderte. Es que me cuesta entender que me echases de tu vida porque te pedí un *ménage à trois* y ahora afirmes estar enamorada de James y de mí.

Me dio un vuelco el corazón al oír el modo en que dijo su nombre esa vez. Tal vez él no lo supiera, pero empezaba a sentir algo por James. Quizá sólo fuera curiosidad, pero al menos era un principio.

—Es distinto y tú deberías comprender la diferencia mejor que nadie. Tu *ménage* nos habría distanciado, era una medida de protección que querías utilizar para no enamorarte de mí del todo, para no depender de mí. Lo que yo quiero es darte más amor, no limitarlo.

—¿Más amor?

—El mío y el de James.

Se detuvo en el portal y me dio otro beso. Yo se lo devolví y le acaricié la nuca.

—No creo que eso suceda, Marina, pero estaré aquí cuando te des cuenta. Buenas noches.

Se apartó y se dirigió sombrío hacia el coche, tenía los hombros caídos y caminaba despacio.

—Buenas noches. Acuérdate de la cena del viernes —le dije, levantando un poco la voz para que pudiese oírme a pesar de la distancia.

—No la he olvidado.

Se sentó al volante y se alejó de allí.

Llegó el viernes. Yo estaba tan nerviosa que me había pasado la mañana entera mirando el reloj y corrigiendo errores de mecanografía en los documentos que había intentado escribir. Al mediodía me di por vencida y le dije a Amelia que me iba a mi casa a descansar, porque tenía la sensación de que estaba cogiendo un resfriado.

No había vuelto a ver a Rafferty desde la cena con Daniel y Amelia, había hablado con él por teléfono varias veces, pero no nos habíamos vuelto a ver. Sabía que en el bufete donde trabajaba le habían adjudicado una cuenta muy importante y que requería toda su atención, y también que había quedado con su padre para comer y con su madre para tomar el té. En nuestras conversaciones telefónicas no me había preguntado por James directamente, pero en todas ellas se las había ingeniado para averiguar cómo estaba, y yo se lo había permitido.

En lo que se refería a James, sólo nos habíamos visto una vez, pero fue en una reunión con otros directivos de la petrolera y no pudimos besarnos ni hablar de nada personal, aunque él consiguió acariciarme la mano por debajo de la mesa durante unos segundos. Aparte de eso, también habíamos hablado por teléfono. Me había contado que su búsqueda de piso estaba siendo un verdadero fracaso y quedamos en que lo acompañaría en su próxima cita con el agente inmobiliario.

Él sí me había preguntado por Rafferty directamente y el día antes de la cena, los dos decidimos que sería mejor que llegásemos por separado a su casa, tal vez así Rafferty no empezase la noche a la defensiva.

El viernes, después de dudar más de media hora frente al armario, elegí un vestido que no recordaba haberme puesto ni con uno ni con otro, de fina lana verde.

Quería que esa noche fuese el principio de algo mágico, de nuestra historia, y no quería que nada, ni siquiera yo, les recordase el pasado.

Seguí el mismo criterio a la hora de elegir la ropa interior, a las medias no les di la misma importancia, y tampoco a las botas. Ya vestida, me sequé el pelo y me maquillé con suavidad: colores rosados en las mejillas, eyeliner y un ligero toque de pintalabios. En cuanto terminé de arreglarme, bajé a la calle y me subí al primer taxi que encontré.

No quería quedarme sentada en el sofá, dudando de todas y cada una de las decisiones que había tomado.

Miré el reloj del taxímetro y vi que sólo faltaban unos minutos para la hora acordada. Pagué al conductor y bajé frente al portal de la casa de Rafferty. Eché de menos la presencia reconfortante de James; en poco tiempo había llegado a ser vital para mí, y se me encogió el estómago al pensar que al cabo de unos minutos los vería a ambos de nuevo. Respiré hondo y subí decidida los escalones.

Llamé a la puerta, que se abrió en cuestión de segundos, como si hubiesen estado esperando detrás de la misma.

—Hola —suspiré al ver a Rafferty.

Por lo visto acababa de ducharse, pues todavía tenía el pelo de la nuca húmedo, llevaba vaqueros, botas y una camiseta negra. La casa olía a las mil maravillas, de la cocina salía un aroma exquisito que no lograba identificar.

—Hola —me respondió él con una sonrisa. Las conversaciones de esa semana nos habían ayudado a recuperar cierta normalidad—. Estás preciosa, como siempre.

Se inclinó y se detuvo a escasos milímetros de mis labios, como si me pidiera permiso. Tiré de él cogiéndolo de la camiseta y lo besé. No nos separamos hasta que se nos oyó gemir, poniendo en evidencia la intensidad y el deseo que había ido creciendo con el beso.

La puerta de la calle estaba cerrada a mi espalda y me apoyé en ella para recuperar el aliento. Rafferty me acarició la cara con los nudillos de una mano y carraspeó.

—Me alegro mucho de que hayas venido, tenía ganas de verte.

—Yo también.

Sonó una campanilla en la cocina y él se apartó para ir a vigilar la cena. Yo aproveché para quitarme el abrigo y colgarlo en el perchero junto con el bolso, y después fui a su encuentro.

Se me aceleró el corazón al ver la mesa del comedor elegantemente preparada, con tres cubiertos y dos velas blancas encendidas en el centro. Era un ambiente elegante y discretamente romántico.

Entré en la cocina sin hacer mención de la mesa y me quedé sin habla durante unos segundos al ver lo cuidadoso que había sido Rafferty al preparar esa velada. A él le gustaba cocinar, eso lo había visto durante los meses que habíamos estado juntos, pero una parte de mí había temido que para esa noche adoptase una postura más distante y hubiese elegido encargar la cena a un restaurante. Que hubiese decidido prepararla él probablemente significaba mucho más de lo que el propio Rafferty estaría dispuesto a reconocer.

—¿Cómo puedo ayudar? —me ofrecí en cuanto recuperé la voz.

Él apartó la vista del horno un segundo —deduje que de allí había salido el aviso— y me miró como si fuera a rechazar mi ofrecimiento, pero entonces repiqueteó la tapa de un cazo que había en el fuego.

—Levanta la tapa y remueve la salsa con una cuchara, por favor.

—Claro.

Cogí una cuchara de madera y un paño para no quemarme. Levanté la tapa y el aroma de la salsa se me coló en la nariz.

—Huele muy bien.

Removí y de reojo vi que Rafferty cerraba el horno y se volvía hacia la encimera para cortar unas verduras que después colocó con cuidado en la bandeja que se estaba

horneando. Volvió a apartarse y en ese preciso instante sonó el timbre de la puerta.

Se tensó, lo vi claramente, pero soltó despacio el aliento y echó los hombros hacia atrás varias veces. Pensé que iba a ir a abrir, pero antes se dirigió a mí y bajó el fuego del cazo.

—Puedes dejar de remover —me dijo, luego se dio media vuelta y salió de la cocina.

Con cuidado, dejé la cuchara apoyada en el cazo y fui tras él. No quería estar lejos de ninguno de ellos mientras Rafferty siguiera sintiendo aquella animosidad hacia James. Llegué al pasillo justo en el momento en que abría la puerta.

—Buenas noches, he traído unas botellas de vino.

La voz de James se coló en el silencio que Rafferty tardó en romper.

—Gracias, pasa, adelante.

Se apartó y James entró, pero no echó a andar, sino que esperó frente a Raff a que éste cerrase la puerta.

—¿Has cocinado tú? —le preguntó cuando volvieron a quedar de frente—. Huele muy bien.

—Sí, he cocinado yo.

Vi que Rafferty se sonrojaba y apartaba la mirada de la de James. Éste, sin embargo, sonreía satisfecho.

—Gracias, es todo un detalle. —Entonces me vio y la sonrisa se le ensanchó—. Hola, preciosa. Te he echado de menos estos días. —Se acercó a mí y se inclinó para darme un beso en los labios.

No dudé en devolvérselo. No me planteé si Rafferty nos estaba mirando o no, aunque deseé que fuese lo primero.

—Hola —saludé a James cuando se apartó—, yo también te he echado de menos.

Rafferty pasó por mi lado. No me miró, pero en su rostro no vi nada que pudiese ofenderme, sino todo lo contrario. Igual que aquel día en mi despacho, no le había molestado que James me besara delante de él. Entró en la cocina y nosotros dos lo seguimos.

Tras un par de minutos algo tensos, Raff accedió a que James también lo ayudase a acabar de preparar la cena y, cuando estuvo lista, entre los tres sacamos las bandejas y el vino al comedor.

James llevaba las botellas que había traído y un sacacorchos; yo me ocupaba de una cesta con pan recién hecho y una ensalada maravillosa, y Rafferty llevaba el pescado que acababa de sacar del horno.

—Dejadlo todo en la mesa —nos dijo.

James se quedó de pie y empezó a descorchar el vino; mientras, yo contemplé la disposición de los cubiertos. Rafferty había colocado unos en la presidencia de la mesa rectangular y los otros dos a ambos lados.

Quizá conscientemente, James se había detenido justo en la presidencia y yo opté por retirar la silla que quedaba a su izquierda, sin dejar de mirar de Rafferty, dándole

la posibilidad de detenerme y corregirme si así lo deseaba.

Él no dijo nada, aunque tenía los hombros tan tensos que parecía estar a punto de estallar.

James sirvió tres copas de vino y levantó la suya.

—Por nosotros, por esta cena.

Era un brindis sencillo, directo, no prometía ni ocultaba nada. Me pareció una magnífica elección y levanté mi copa para brindar con una sonrisa.

—Por nosotros, por esta cena —repetí.

James y yo esperamos a Rafferty. Vi que arrugaba las cejas antes de coger por fin la copa y también levantarla.

—Por nosotros, por esta cena.

Las copas de cristal chocaron y, tras beber un sorbo, los tres nos sentamos y empezamos a cenar. La comida era deliciosa y al principio nos sirvió de excusa para encontrar un tema de conversación neutro y relajado. Poco a poco nos fuimos atreviendo a ser más honestos y empezamos a hablar de nuestro trabajo y de lo que habíamos hecho durante esos días que no nos habíamos visto.

Ninguno de los tres confesó secretos o traumas de infancia, fue agradable y sencillo. Íntimo. Me recordó las cenas con mis padres y mis hermanos, durante las cuales nos contábamos qué habíamos hecho y nos recordábamos que éramos una familia y estábamos los unos al lado de los otros.

Rafferty seguía dirigiendo la totalidad de sus preguntas hacia mí, pero James sabía colarse en las conversaciones, hasta que por fin logró captar su atención.

Quizá fuese la música que sonaba de fondo, o la comida, o el buen vino, pero llegó el momento en que Rafferty le hizo una pregunta. Y no fue una pregunta cualquiera.

—¿Cómo fue crecer en Japón siendo el hijo de un cónsul británico?

James lo miró a los ojos y, antes de contestar, bebió un poco más de vino. Yo lo estaba observando y vi que Rafferty seguía el movimiento de la nuez del cuello de James y tragaba saliva imitándolo. Cuando empezó a hablar, a contar parte de la historia que yo ya había oído, Rafferty lo escuchó con atención.

—Debió de ser muy duro perder a tus padres tan joven —señaló.

—Lo fue, pero me sirvió para aprender que la vida es un regalo y que no debemos posponer nuestra felicidad.

Es demasiado excepcional como para dejarla para más tarde, ¿no estás de acuerdo?

Rafferty buscó su copa y se la terminó.

—Sí, estoy de acuerdo. El problema es que a veces esa felicidad de la que hablas es sólo una farsa, y cuando lo arriesgas todo por una farsa, pueden hacerte mucho daño.

—Oh, Raff, ¿por qué dices eso? —le pregunté yo.

Pero en cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí, porque él sacudió

la cabeza confuso y al verme recordó que los tres estábamos allí.

—Por nada —me contestó tras carraspear. Apartó la silla de la mesa y se puso en pie—. Iré a por el postre.

Iba a levantarme para ayudarlo, pero noté que James me miraba indicándome que permaneciese sentada. Tras la metedura de pata, decidí hacerle caso y esperé.

Rafferty apareció dos minutos más tarde con tres trozos de pastel y completamente recompuesto. Dejó primero un plato frente a James, que le dio las gracias, después otro frente a mí, y también se las di. Luego se sentó y nos comimos el delicioso pastel de chocolate.

—Si me dices que lo has hecho tú, intentaré convencerte para que a partir de ahora siempre nos cocines tú —le dijo James.

Rafferty se sonrojó, incómodo. Me sorprendía ver a ese hombre que siempre había considerado tan fuerte (y que lo era) sonrojándose por un cumplido.

—No, no lo he hecho yo —contestó.

—Es de una pastelería que nos recomendó Amelia el otro día —le expliqué yo a James.

Terminamos, y cuando Rafferty se levantó para retirar los platos, James se levantó también y le dijo que se quedase sentado, que ya lo haría él. Rafferty intentó negarse, pero James lo sujetó por una muñeca e insistió:

—Deja que me ocupe yo, por favor. Tú ya has hecho bastante.

Rafferty fijó la vista en la mano de James, cuyos dedos le rodeaban la muñeca sin llegar a apretársela.

Aguanté la respiración.

—De acuerdo —concedió.

James le soltó entonces la muñeca y se llevó los platos a la cocina. Rafferty se pasó los dedos por la zona que le había tocado, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, detuvo el movimiento y se terminó el agua que le quedaba en el vaso.

—¿Qué te parece si tú y yo vamos al salón? —me ofreció—. Antes he encendido la chimenea y me apetece tomar una copa.

—Claro. —Ambos nos levantamos—. Se lo diré a James.

Rafferty abandonó la mesa y oí que la música subía de volumen: había llegado al salón. Entré en la cocina sólo un segundo para decirle a James que lo esperábamos allí y él me contestó con un guiño. Envidiaba la seguridad que mostraba en sí mismo y en nosotros, aunque no sabía si la sentía de verdad o lo fingía por mí.

Llegué al salón, donde la melodía de jazz flotaba en el aire. La estancia sólo estaba iluminada por la luz del fuego y vi a Rafferty sujetando un vaso que probablemente contenía whisky. Estaba de pie frente a la chimenea, dándome la espalda. Me acerqué a él y le rodeé la cintura con los brazos.

—Gracias por la cena.

Lo besé por encima de la ropa y él se volvió despacio. Bebió un poco de whisky y

dejó el vaso medio lleno en la repisa. Pensé que iba a apartarse, pero me rodeó también por la cintura y me besó apasionadamente.

Sus labios sabían al whisky que se acababa de beber y a chocolate. Movía la lengua despacio en el interior de mi boca, recorriendo cada rincón, mientras me entrechaba contra él, pegándome a su torso.

Lo oí gemir, el sonido fue creciendo en su garganta y se coló en la mía con el beso. Su boca era cada vez más posesiva, más sensual, y su erección se apretaba contra mi abdomen.

Me notaba la piel ardiendo, pero no por culpa del fuego de la chimenea que teníamos delante, sino por los besos de Rafferty. La cena, las miradas, la conversación, los días que me había pasado lejos de ellos, todo fue demasiado y mi piel parecía incapaz de contener el deseo que invadía mi cuerpo.

Entonces, noté a James pegado a mi espalda y me fallaron las rodillas. Me había imaginado qué sentiría cuando estuviese con los dos, pero nunca habría podido imaginarme ese asalto a mis sentidos. Esa sensación de perfección tan abrumadora, de bienestar.

Tenía que estar allí con aquellos dos hombres, por eso antes nunca había sido feliz con nadie, ni siquiera con Rafferty, porque faltaba una parte de mí: faltaba James.

—Tranquila, te tengo —me susurró éste al oído.

Rafferty interrumpió el beso, tensó los hombros y noté que se le aceleraban los latidos. Si se apartaba, me rompería el corazón. Le sujeté el rostro entre las manos y abrí los ojos para mirarlo.

—No, por favor —musité—. Por favor.

Él mantuvo los ojos fijos en los míos; vi que los iris le cambiaban de color justo antes de que los levantara y mirase a James. No sé qué le dijo con esa mirada, sólo sé que volvió a inclinar la cabeza y me siguió besando. Y en ese instante me bastó con eso.

Luego empezó a desabrocharme el vestido muy despacio, podía sentir sus nudillos acariciándome la piel.

Cuando terminó, James tiró de la prenda por mi espalda y también me acarició la piel, y me besó el cuello y los hombros antes de agacharse y recorrerme la columna vertebral con la lengua.

Yo también quería tocarlos, así que tiré del jersey y de la camiseta que llevaba Rafferty para quitárselos por la cabeza. Como él era mucho más alto que yo, fue James, desde mi espalda, quien terminó de hacerlo.

—Gracias —murmuré, levantando la cabeza.

—De nada —me contestó él, inclinándose para besarme.

Entonces me sujetó la mandíbula entre las manos y acunó mi rostro, mientras sus labios me poseían igual que habían hecho antes los de Rafferty, quien, por su parte, se dedicó a besarme el cuello y a bajar la lengua hasta mis pechos.

Me temblaba todo el cuerpo, estaba tan al límite del orgasmo que dudaba que

pudiese seguir conteniéndome.

La lengua de James seguía entrando y saliendo de mi boca y Rafferty me besaba y acariciaba los pechos. Levanté las manos y las coloqué en los hombros de éste y, al hacerlo, me di cuenta de que se había arrodillado delante de mí y que me estaba desnudando.

Las emociones se agolpaban de tal manera en mi mente que me costaba discernirlas; lo único que sabía con certeza era que los dos hombres que amaba me estaban besando.

—James —suspiré—, quítate la camisa.

Él volvió a capturar mis labios con los suyos, pero noté que sus manos dejaban de tocarme y supuse que estaba haciendo lo que le había pedido. Segundos más tarde, mi espalda desnuda se apoyaba contra su torso y respiré más calmada. Tocarlos a ambos los hacía más reales, los alejaba del reino de las fantasías y los convertía en los hombres que de verdad estaban allí conmigo.

Estaba descalza sobre la alfombra, mientras las manos de Raff subían cuidadosas por mis muslos, seguidas de sus labios.

—Raff, cariño —sollocé.

Entonces, acercó los labios a mi sexo y empezó a hacerme el amor de esa manera tan íntima. James volvió a besarme y capturó todos y cada uno de mis gemidos, mientras me acariciaba los pechos con las manos, me los acunaba, los pellizcaba; sabía exactamente cuándo ser dulce y cuándo no, cuándo utilizar la fuerza y cuándo la ternura.

Ellos dos iban perfectamente sincronizados entre sí y con mi deseo. Apreté los dedos en los hombros de Rafferty al notar que iba a llegar al clímax. James me besó entonces con más fuerza, imitando con la lengua los movimientos que hacía la de Raff dentro de mí, y estallé en mil pedazos en sus brazos.

No podía dejar de temblar. Rafferty seguía lamiéndome, con los brazos alrededor de mi cintura, prácticamente manteniéndome en pie. Yo tenía la espalda apoyada en el torso desnudo de James, su calor me quemaba la piel y sus labios me poseían y me robaban el aliento, mientras sus manos me apretaban los pechos.

Fue tan intenso que pensé que iba a desmayarme. La lengua de Rafferty se movía cada vez más despacio, hasta que sus caricias se convirtieron en besos y subió lentamente por mi abdomen y mis costillas. Esquivó los pechos, que seguían cubiertos por las manos de James, y continuó por mi cuello. Cuando llegó a mi rostro, James se apartó y al instante su lugar lo ocupó Rafferty, con un beso cargado de deseo.

James siguió tocándome los pechos, ahora con suavidad, y me besó el cuello y la clavícula. Estaba completamente pegado a mí, podía sentir su erección presionándome las nalgas y la de Rafferty el estómago.

Ninguno de los dos había terminado, pero los dos estaban a punto.

De repente, la necesidad de darles el mismo placer que ellos me habían dado a mí

fue abrumadora y deslicé las manos hacia la cintura de Rafferty para quitarle los vaqueros. Él se estremeció al notar mis dedos en la piel desnuda del abdomen, y me detuvo un segundo, sujetándome las muñecas. Creía que iba a apartarme, pero me las soltó y me besó con más fuerza.

Le desabroché los vaqueros y cuando iba a empujar hacia abajo, me resultó imposible. Estaba demasiado excitado y su erección me entorpecía el camino.

—Deja que te ayude —me susurró entonces James al oído—, tú ocúpate de Rafferty y yo me ocuparé del pantalón, ¿de acuerdo?

Interrumpí el beso para contestarle y entonces vi que el rostro de Rafferty estaba a escasos milímetros del de James. Sus miradas se encontraron y me quemaron. James se lamió los labios y con la lengua me acarició la oreja, pero Rafferty apartó la vista y volvió a besarme a mí.

James se limitó a reír en voz muy baja y a susurrarme:

—Sujétale, princesa.

Un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo. Sujeté la erección de Rafferty con cuidado, mientras James le tiraba del pantalón hacia abajo. Me habría gustado abrir los ojos y ver sus manos en las piernas de Raff, pero el beso de éste me lo impidió; aun así, me estremecí al imaginármelo.

Rafferty y yo estábamos completamente desnudos.

Podía sentir el vello de sus muslos haciendo cosquillas en los míos, mientras su erección seguía temblando en mi mano. James, en cambio, todavía llevaba los pantalones puestos. Después de desnudar a Raff, había subido las manos por mis piernas y mi cintura y ahora volvía a acariciarme y pellizcarme los pechos, aunque de vez en cuando me pasaba las manos por el abdomen y dibujaba círculos que se iban acercando a mi entrepierna.

Quería que él también estuviese desnudo, pero no quería soltar a Rafferty, no quería que el deseo que dominaba cada una de sus reacciones se diluyese y se arrepintiera de estar allí con nosotros.

Empecé a mover la mano despacio, a tocarlo como sabía que le gustaba, a recorrer la diminuta apertura del prepucio con el pulgar.

—Marina —gimió entonces él, liberando mis labios un segundo.

—Me gusta tocarte —le susurré, besándole en el pecho al mismo tiempo que movía la mano. Al acercarme a él, sin proponérmelo hice que los nudillos de James le rozasen el torso y Rafferty respiró entre los dientes—. Raff, cariño, quítale los pantalones a James. —Se tensó un segundo, pero le lamí el pecho y seguí masturbándolo—. Por favor.

Lo vi morderse el labio inferior, pero cuando gemí empezó a besarme con desesperación y segundos más tarde noté que retiraba las manos de mi cintura y las deslizaba hasta mi espalda para desabrochar el cinturón de James. El pantalón cayó al suelo por su propio peso.

Rafferty no se agachó para desnudarlo, igual que James había hecho con él, pero

sus manos no volvieron a mi cintura, sino que se quedaron en la de James, atrapándome a mí entre los dos.

Entonces me besó frenético, buscando perderse en mis besos de un modo que no había buscado nunca, moviendo las caderas para que su erección se deslizase entre mis dedos. Los apreté y le di la presión que buscaba.

A mi espalda, James seguía besándome la nuca y los hombros y tenía una mano atrapada entre mis pechos y el torso de Rafferty; con los dedos me acariciaba los pechos y me pellizcaba los pezones, pero también acariciaba el torso de Raff. Con cuidado, deslizó la otra mano entre los dos, evitando la erección de Raff, debió de pensar que para ser la primera vez no podíamos pedirle tanto, y detuvo los dedos en mi sexo para acariciarlo despacio, hasta que gemí y separé ligeramente las piernas para sentirlo más.

Lo necesitaba dentro.

—James —murmuré—, Raff...

Los dos gimieron y siguieron atormentándome. James metió unos dedos en mi interior con cuidado y los movió al mismo ritmo con que adelantaba las caderas. Tenía su miembro entre las nalgas y lo podía sentir subiendo y bajando, temblando y excitándose. La punta me acariciaba la espalda y estaba húmeda, casi tanto como la que tenía en mi mano.

Intenté imaginarme en medio de los dos, perdida en sus brazos y recibiendo sus besos y sus caricias, y la imagen fue tan poderosa que llegué al orgasmo en aquel preciso instante. Y ellos también. Rafferty eyaculó en mi mano sin dejar de besarme ni de sujetar a James contra mi espalda. Me imaginé sus dedos en la fuerte cintura de éste, apretándolo.

James también terminó; me hundió los dientes en un hombro un instante, para después lamerme la marca y besármela con desesperación y arrepentimiento. El semen caliente resbaló por mi espalda y nos pegó la piel del uno contra la del otro, mientras mi sexo seguía apretando sus dedos en mi interior.

No podía dejar de temblar, el beso de Rafferty, las caricias de James... En aquel instante me entregué a ellos y, en el fondo de mi corazón, supe que siempre les pertenecería y que jamás podría vivir sin ellos.

—Raff, te quiero —sollocé, apartándome un segundo. Él respondió a mi declaración con otro beso—. James, te quiero —gemí, interrumpiendo el beso.

Entonces éste volvió la cara hacia mí y capturó mis labios con un beso idéntico al que antes me había dado Raff, que no me soltó, sino que me besó el cuello.

James tardó mucho en apartarse, se resarcía por los besos que no había podido darme antes y no quitó sus dedos del interior de mi cuerpo hasta que yo le sujeté la muñeca y le pedí que lo hiciera, porque ya no podía seguir. Entonces llevó las manos a la cintura de Rafferty.

Lo supe porque éste me soltó de repente y se apartó de nosotros. La ausencia fue tan repentina, tan dolorosa y tan cruel que sollocé, y si James no me hubiese estado

sujetando, me habría caído de rodillas al suelo. Él me dio un último beso en los labios y se retiró despacio. Me rodeó la cintura, sentí temblar sus dedos y le puse una mano encima. Él suspiró cansado a mi espalda y los dos abrimos los ojos y miramos a Rafferty.

—No me toques —farfulló éste—. Nunca.

—Raff, ¿cómo puedes hablarle así a James después de lo que acaba de suceder entre nosotros?

—A ti puede tocarte, joder, es evidente que me excita y me encanta, pero que mantenga las manos y los labios alejados de mí, ¿entendido? —Y se señaló a sí mismo con cara de asco.

—Puedes decírmelo a mí directamente —intervino James a mi espalda—, no hace falta que utilices a Marina como mensajera.

—De acuerdo —replicó Raff furioso—. No me toques, no te acerques a mí.

—¿Por qué? —preguntó James.

—¿Cómo que por qué? Porque no quiero.

—No es verdad. Te he sentido temblar cuando te he rozado y cuando nos hemos mirado después de besar a Marina querías que te besara, me has mirado los labios.

—¡No! Son imaginaciones tuyas. Entiendo que nuestros cuerpos tienen que rozarse de vez en cuando, es prácticamente imposible que no lo hagan, pero nada más.

—Ah, es verdad, se me olvidaba. Para ti, todo esto —abrió las manos y nos abarcó a los tres— es sólo un juego sexual. Tendrás que perdonarme por no ser un robot, como tú.

—Yo no soy un robot.

—Pues claro que lo eres.

James me soltó y se agachó para coger su camisa del suelo. Luego me secó con cuidado la espalda con ella.

Noté que le temblaban las manos y fue tan delicado conmigo que los ojos se me llenaron de lágrimas. Cuando terminó, me dio la vuelta y depositó un beso muy lento y muy romántico en mis labios.

—Lo siento, Marina. Has estado maravillosa.

—Tú también, James —le dije, acariciándole la mejilla.

Odiaba que aquel hombre tan fuerte y generoso se sintiese herido por culpa de los miedos de Rafferty.

—Te quiero —me dijo entonces—, pero ahora mismo debo irme de aquí. Si me quedo, haré o diré algo de lo que luego me arrepentiré. Lo entiendes, ¿verdad?

—Yo no soy un robot —repitió entonces Rafferty, buscando la confrontación que James le acababa de negar.

—Lo eres. —En esta ocasión, James lo complació—. Has cocinado para mí, me has dejado sentarme a tu mesa, te has interesado por mí y te he contado detalles de mí que nunca le había contado a nadie, excepto a Marina, porque me has mirado como si

de verdad te importase. Me has sonreído y me has mirado durante toda la noche. — James iba subiendo el tono de voz e iba acercándose a Rafferty—. Le hemos hecho el amor juntos a Marina, he tenido tus manos sobre mi piel cuando los tres hemos alcanzado el orgasmo, y cuando por fin me atrevo a tocarte, me dices que no puedo. Eso, Rafferty, es ser un robot o un hijo de puta. Tú eliges.

Raff echó un brazo hacia atrás y le dio un puñetazo.

James no cayó al suelo, pero se tambaleó hacia atrás.

Cuando recuperó el equilibrio, lo miró sin decirle nada y terminó de vestirse en silencio. No se puso la camisa manchada, que lanzó furioso al suelo y recogió de inmediato, sino un jersey que se había quitado al entrar, los calzoncillos, los calcetines y los pantalones y, finalmente, los zapatos.

—Espérame, James. Me voy contigo.

El puñetazo me había dejado sin habla. La reacción de Rafferty no tenía sentido; él no era un hombre violento, y James tenía razón: lo había mirado con interés e incluso deseo durante toda la noche.

—Lo siento —masculló entonces Rafferty—. Iré a la cocina a por hielo.

Me puse el vestido y los zapatos; las medias y la ropa interior las arrugué y me las guardé en el puño.

Luego me acerqué a James.

—¿Estás bien?

—No, no demasiado. —Se sujetaba la mandíbula—. Pero el puñetazo no ha sido nada. Tengo que irme de aquí.

Asentí y le cogí la mano. Salimos al vestíbulo, donde él recogió su abrigo, en el que guardó la camisa mientras yo me ponía el mío y guardaba la ropa interior y las medias en el bolso. Raff apareció con un trapo con hielo y, sin decir nada, lo acercó al rostro de James y se lo colocó encima de la zona enrojecida.

—Lo siento —repitió, pero esta vez mirándolo a los ojos—. Lo siento.

Llevaba puesta la camiseta, los vaqueros desabrochados e iba descalzo. James se mantuvo en silencio, tenía los hombros completamente tensos y los puños cerrados.

—Será mejor que nos vayamos, Raff. Tal vez todo esto ha sido un error y deberíamos olvidarlo —le dije yo con tristeza.

—No —masculló él—, el error ha sido mío. Lo siento.

Me miró para que viese lo arrepentido que estaba y al comprobar que le brillaban los ojos, me quedé sin aliento. Después, se volvió de nuevo hacia James y le sostuvo la mirada. La de James seguía desprendiendo dolor y rabia.

Suspiré, y me disponía a abrir la puerta, cuando vi que Raff cogía una mano de James y le abría los dedos uno a uno, luego se acercó la palma al rostro y se la puso sobre la mejilla.

—Lo siento —repitió, apoyando la cara en la palma de James, dejando que lo tocara de esa manera tan íntima.

Éste apartó la mano y cerró los dedos con fuerza, y, tras mirar a Rafferty una

última vez, pasó por mi lado y salió de la casa. Fui tras él después de despedirme de Rafferty, pero éste tenía la cabeza gacha.

Atrapé a James en la calle y le pedí que me acompañase a casa. Sabía que no se negaría, que su caballerosidad podría más que él.

Durante el trayecto, permanecí en silencio, le di la privacidad que tanto parecía necesitar, pero cuando se detuvo frente a la verja de mi apartamento, dije:

—Me pediste que confiara en ti, ¿te acuerdas? Ahora soy yo la que te pide que confíes tú en mí. Rafferty necesita tiempo, y lo que ha hecho al marcharnos tiene que haberle costado mucho. Dale otra oportunidad, por favor.

—Me ha dado un puñetazo, Marina. Ha reaccionado como si le diese asco que lo tocara, como si lo que queremos que exista entre los tres fuera algo vergonzoso o repugnante. —Apretaba el volante con fuerza y le temblaba la mandíbula.

—No lo cree de verdad, sólo está asustado. Tú mismo lo dijiste. No renuncies a nosotros tan pronto, no renuncies a mí tan pronto.

Soltó el aliento despacio y volvió a coger aire.

—Tienes razón, lo siento —dijo al fin, y noté que la opresión que sentía en el pecho se aligeraba—. Pero lo que hemos compartido ha sido tan bonito, tan intenso, que cuando me ha rechazado tan tajantemente he perdido la cabeza.

Me acerqué a él y le di un beso donde Rafferty le había golpeado.

—No te disculpes. Me alegro de haberte ayudado, tú siempre lo haces por mí. Ve a descansar, James. Nos vemos mañana.

—Tú siempre me ayudas, Marina. Recuerda que te quiero.

—Yo también te quiero.

A la mañana siguiente, me desperté con una insistente llamada a mi puerta. Tardé varios minutos en comprender exactamente de dónde provenía el ruido y qué significaba, y cuando lo hice me planteé no abrir. Pero lo hice. Salí de la cama y, tras ponerme la bata, abandoné el dormitorio.

—¿Quién es?

—Soy yo, Rafferty.

Le di al botón del interfono y esperé junto a la puerta a que subiera. Crucé los brazos; a pesar de que se había disculpado, seguía enfadada con él y Raff lo adivinó con sólo mirarme.

—Sé que estás furiosa conmigo —me dijo al entrar—. Y tienes razón.

Cerré la puerta y caminé hasta el sofá del salón. A juzgar por el sol que entraba por la ventana, ya era tarde, pero la noche anterior me había dejado exhausta y me habría gustado seguir durmiendo.

—¿A qué has venido, Rafferty?

—Quiero arreglar las cosas. —Se sentó abatido en el sofá.

—No es conmigo con quien deberías estar hablando.

—No tengo el teléfono de James —confesó, pero luego se apresuró a añadir—, y si de verdad estamos juntos en esto, creo que también tengo que arreglar las cosas contigo.

Refunfuñé porque estaba demasiado cansada para acertijos verbales y cogí el móvil para darle el número de James. Rafferty se anotó un punto cuando no lo llamó desde mi móvil, sino que copió el número en el suyo.

Se apretó el puente de la nariz varias veces, un tic que delataba que estaba nervioso, y esperó pacientemente a que contestasen.

—Soy yo, Rafferty. No me cuelgues. —Se puso en pie, buscando una vía de escape a sus nervios—. Sí, lo sé.

Lo siento.

No podía oír lo que decía James, pero me hice una idea.

—Marina me ha dado tu teléfono —siguió Rafferty—. Te he llamado porque quiero invitaros a salir, a ti y a ella. Sí. He visto que en el British Museum hay una exposición de arte japonés y he pensado que podría gustarte.

Vi que Rafferty se sonrojaba y que volvía a apretarse el puente de la nariz. Me acerqué a él y lo abracé por la cintura para comunicarle que se había ganado mi perdón.

Suspiró aliviado.

—Claro, a las cuatro en tu hotel. Sí, iré a buscarte.

No, ya pasaré yo antes a recoger también a Marina. Ah... —carraspeó—, gracias, James.

Colgó y jugueteó nervioso con el teléfono.

—Lo has hecho muy bien —le dije, dándole un beso en el pecho—. Muy bien.

—No estés tan segura, todavía no hay nada resuelto.

Le solté la cintura y lo miré.

—Acabarás de arreglarlo, ya lo verás. —Bostecé—. ¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana —me contestó.

—¿Y no hemos quedado hasta las cuatro?

—James tiene cosas que hacer. —Era evidente que esa respuesta a Raff no le había gustado.

—Entonces ven a la cama conmigo —le dije, tras bostezar de nuevo—. Para dormir. Sólo para dormir. Seguro que no has pegado ojo en toda la noche y yo necesito descansar un poco más. Es agotador estar enamorada de dos hombres —bromeé.

—De acuerdo —accedió él—, yo también quiero dormir un rato.

Se quitó los zapatos y el jersey, pero se dejó los vaqueros y la camiseta. Yo me metí en la cama primero y él me siguió tras poner la alarma del móvil.

—Me alegro de que hayas venido, Raff —le confesé, antes de acurrucarme a su lado.

—Yo también, Marina, y creo que empiezo a entender eso de estar enamorado de dos personas al mismo tiempo.

Cuando nos despertamos, horas más tarde, Raff y yo nos besamos, pero nos separamos antes de que pudiese suceder algo más. Sin decirnos nada, los dos éramos conscientes de que faltaba James y nos sentimos impacientes por estar con él.

Me duché mientras Rafferty me preparaba una taza de té. A pesar de lo extraño de mi horario durante ese sábado, me apetecía un té antes de irnos. Me vestí y me maquillé y, tras tomarme la infusión, nos fuimos a buscar a James.

Éste se alojaba en el Clarendon, un viejo hotel que habían reformado y acondicionado con todos los lujos y que en ese momento era el más solicitado de la ciudad, probablemente de Inglaterra.

James nos esperaba en el vestíbulo. Llevaba vaqueros negros, jersey también negro y una cazadora de piel del mismo color. Era la primera vez que no lo veía con traje y ese aspecto tan oscuro le otorgaba aún más misterio y sensualidad. Nos acercamos a él y vi que estaba furioso, pero no con nosotros, ni siquiera con Rafferty.

—Hola, James —lo saludé—. ¿Sucede algo?

Él me rodeó por la cintura y se inclinó para darme un beso largo y sensual, sin importarle lo más mínimo quién pudiera vernos.

—Hola, princesa. Necesitaba besarte. —Me soltó—. Esta noche apenas he dormido y me he pasado la mañana visitando apartamentos absurdos y carísimos, en los que no me veo viviendo ni en un millón de años.

—¿Dónde te ves viviendo? —le preguntó Rafferty.

James se volvió hacia él antes de contestarle.

—En una casa.

—Seguro que la encontrarás —aseveró.

—Eso espero. —James me cogió de la mano—. ¿Nos vamos?

—Claro —contestó Raff—. Vosotros dos, seguidme.

James y yo así lo hicimos y él nos llevó hasta el British Museum, donde, efectivamente, había una exposición sobre arte japonés. James se fue relajando a medida que cruzaba las distintas salas repletas de pinturas, grabados, jarrones e incluso sables y espadas.

En esa última sala, los dos se pusieron a hablar frente a un antiguo sable.

Me acerqué sigilosamente para observarlos. No quería espiarlos, sólo quería asegurarme de que estaban bien. Era increíblemente hermoso verlos juntos, uno tan rubio y el otro tan moreno. Los dos altos y fuertes y al mismo tiempo capaces de infinita ternura.

—¿Fue un sable como éste el que te hizo la cicatriz que tienes en la espalda? —le preguntaba Rafferty a James.

—No exactamente, pero parecido. ¿Cómo sabes que tengo una cicatriz?

—Ayer la vi —reconoció Raff—, aunque lo intenté, no podía dejar de mirarte.

James tragó saliva y mantuvo la mirada fija en la espada encerrada en una vitrina.

—¿Por qué lo intentabas?

—Mi vida ya es lo bastante complicada, James.

—¿Fue sólo por eso, porque no quieres complicarte la vida?

—No, no fue sólo por eso, pero eso es lo único que puedo reconocer ahora. —Volvieron a quedarse en silencio y me planteé descubrir mi presencia, pero Rafferty habló de nuevo—: Lamento haberte pegado y lamento haberte pedido que no me tocases.

—¿De verdad? No juegues conmigo sólo porque quieras repetir lo de anoche; ni Marina ni yo nos lo merecemos.

—De verdad.

Vi que Rafferty alargaba una mano y cogía la de James para entrelazar los dedos con los suyos. James lo miró atónito, sorprendido, probablemente no sólo porque lo tocara, sino también porque lo estaba haciendo en un lugar público y muy concurrido.

Rafferty, que nunca hacía nada a medias y al parecer estaba arrepentido de verdad, levantó las manos de ambos entrelazadas y depositó un único beso en los nudillos de James. Fue muy breve, y quizá sus labios ni siquiera llegaron a tocarle la piel, pero el gesto dejó claro que sus intenciones eran sinceras.

Carraspeé y entonces vieron que estaba detrás de ellos. James me sonrió sin disimulo y Rafferty fue más discreto, pero también me mostró su felicidad y me cogió de la mano. Recorrimos juntos las otras salas. En una, James me cogió la otra mano y no me soltó, aunque bromeé diciendo que parecíamos niños pequeños en una

visita con el colegio.

Al terminar de ver la exposición, fuimos a cenar a un tranquilo restaurante italiano y James nos contó lo horribles que le habían parecido los pisos que había ido a visitar esa mañana.

—¿Cómo diablos conseguiste la casa donde vives? —le preguntó a Raff.

—Me temo que formaba parte del patrimonio familiar —contestó éste—, aunque nunca nadie de mi familia había vivido ahí. La encontré por casualidad, o ella me encontró a mí, todavía no lo sé, cuando volví de Francia. Sentí algo especial al entrar y ya no salí. Es demasiado grande para mí y todavía tengo que reformar demasiadas cosas, pero... —Levantó las manos.

—Te entiendo —dijo James—, si yo la hubiese visto, seguro que la habría comprado.

—Sí, es preciosa —convine yo.

—De acuerdo, podéis venir a tomar un café —propuso Rafferty en broma, pero James y yo aceptamos en serio.

Rafferty insistió en pagar la cuenta; al fin y al cabo, nos dijo, nos había invitado él, y después nos fuimos en su coche hasta su casa. Aparcó en el garaje y, cuando bajamos del vehículo, me quedé mirando cómo hablaban ellos dos sobre las distintas herramientas que había encima de una mesa.

Entré en la casa dejándolos solos en el garaje, porque sabía que habían arreglado sus desavenencias lo suficiente como para no discutir si yo no estaba presente, y me dirigí al salón. En la chimenea quedaban unas brasas y las avivé para encender fuego. Luego me acerqué al aparato de música y elegí un álbum con viejas canciones de jazz. Iba a sentarme en el sofá, cuando los vi entrar, todavía conversando.

Los dos me miraron, y fue Rafferty el primero en hablar:

—Siempre que te veo, me dejas sin aliento.

—A mí me sucede lo mismo —añadió James.

—Y a mí con vosotros dos.

Se acercaron al mismo tiempo, sincronizados como los felinos salvajes que sus miradas sugerían que eran. Un escalofrío me recorrió la espalda y se me aceleró el corazón.

Rafferty me besó en cuanto se detuvo frente a mí y James me apartó el pelo de la nuca para besarme el cuello mientras me rodeaba la cintura con las manos.

—Quiero una cama —dijo entonces James—, quiero veros a los dos en una cama.

Me estremecí y temí que Rafferty fuese a negarse, a ponerse de nuevo a la defensiva, pero interrumpió el beso y dijo:

—Sí, yo también. Cógela en brazos y llévala a mi dormitorio, yo te indico el camino.

James me levantó del sofá en volandas y miró a Rafferty.

—Tú mandas, Ra, yo te sigo.

Rafferty tragó saliva al oír ese diminutivo de su nombre. Nunca nadie lo había

utilizado y en cuanto yo lo oí me pareció que era el que tenía más sentido. Ra era el dios del sol y Rafferty, con su pelo y su piel dorada, sin duda lo parecía.

Subió la escalera y James lo siguió conmigo en brazos. El dormitorio era tan increíble como el piso inferior y tenía una cama exageradamente grande. Idónea y única para nosotros. James no hizo el comentario que a mí me pasó por la cabeza, ninguno de los dos se atrevió a señalar que parecía que Rafferty nos hubiera estado esperando.

Una vez allí, me tumbó en el colchón y empezó a besarme. Yo levanté las manos para sujetarme de sus hombros y cuando toqué allí las de Rafferty, se me detuvo el corazón. Por fin.

—James... —susurré su nombre y él me recompensó con un beso más húmedo y ardiente, al mismo tiempo que me desabrochaba el vestido.

Se apartó de mis labios en cuanto terminó de hacerlo y me besó el cuello y el hueco entre los pechos. Antes de que pudiese gemir, otros labios cubrieron los míos y musité otro nombre:

—Raff...

Entre los dos me desnudaron y fueron llenando de besos la piel que descubrían.

La noche anterior estar con ellos había sido maravilloso y muy sensual, pero, en aquella cama, sentir que ambos buscaban mi cuerpo al mismo tiempo para darle placer fue mucho más. Si Raff me besaba y lamía los pechos, James me besaba y acariciaba las piernas; si Raff me besaba el estómago, James me besaba en los labios.

Y cuando se turnaron para besarme entre las piernas, y noté primero los labios de uno en mi sexo y después los labios del otro, perdí el control sobre mi voluntad, sobre mi cuerpo, y dejé de existir para ser sólo las reacciones y los sentimientos que aquellos dos hombres me arrancaban con sus manos y sus labios.

—No puedo más —gemí—. Os necesito.

—¿Lo has oído, Ra? Nos necesita. —James me mordió el cuello y, cuando sollocé desesperada, cubrió mis labios con los suyos.

—Lo he oído, James —contestó Rafferty, besándome la cintura y recorriéndome el ombligo con la lengua.

—Por favor... —Aparté los labios de los de James, a pesar de que jamás dejaría de besarlos—. Por favor. —Miré primero a uno y después al otro. Estaban despeinados por mis dedos, pero seguían completamente vestidos—. Desnudaos, por favor.

Me humedecí los labios y, con el corazón golpeándome las costillas, observé que James era el primero en reaccionar y apartarse. Se puso de rodillas en la cama, tan cerca que la tela de su pantalón me rozaba las costillas. Le temblaban los dedos, demasiado, y el botón superior de la camisa se le resistía.

El torso le subía y bajaba con movimientos bruscos y soltó el botón con una maldición.

—Déjame a mí —susurró Rafferty, acercándose a él.

También le temblaban las manos, pero en cuanto las posó en la camisa, dejaron de

hacerlo. Incluyó la cabeza y fijó la vista en el botón; tenía la frente cubierta de una fina capa de sudor y era más que evidente que estaba excitado.

—Ya está —dijo en voz baja cuando lo desabrochó.

Ninguno de los dos se movió de donde estaba. James tenía los puños apretados a los costados y nos miraba alternativamente a Rafferty y a mí, buscando mi consejo y desesperado por que éste siguiese adelante y quisiera de verdad acercarse a él y completarnos.

Me tocaba a mí decir algo, pero seguía demasiado excitada por los besos y las caricias de antes, y verlos en ese instante empeoró mi estado. Cerré las piernas y las apreté, pero el gesto sólo consiguió recordarme lo mucho que los necesitaba. Gemí, y tanto uno como el otro me imitaron.

Entonces Rafferty levantó una mano y deslizó los nudillos por el esternón de James. Éste tembló de tal manera que pensé que iba a tener que tumbarse en la cama, pero consiguió mantenerse erguido.

—Ra...

—Chis, por favor, James —susurró Rafferty y después le desabrochó la camisa del todo. Cuando llegó al último botón, una gota de sudor resbalaba por el torso de James y yo estaba a punto de alcanzar el orgasmo sólo mirándolos. Raff llevó las manos hasta los hombros de él y le quitó la prenda, deslizándosela por los brazos.

James se dejó desnudar; tenía la cabeza gacha y observaba casi hipnotizado los movimientos del otro hombre.

La camisa cayó al suelo y Rafferty decidió que había llegado el momento de seguir adelante y destrozarnos por completo a los otros dos. O eso fue lo que sucedió cuando, con la cabeza bien alta, le preguntó a un James al límite:

—¿Y tú no vas a desnudarme a mí?

James parpadeó confuso, pero cuando la pregunta cruzó la niebla de deseo que con toda seguridad le enturbiaba la mente, apareció un brillo exquisito en sus ojos y me sonrió un instante antes de coger el borde del jersey y de la camiseta de Raff con los dedos. Los levantó despacio y aprovechó para deslizar las palmas por los abdominales y los pectorales que aparecieron ante sus ojos. Y cuando ambas prendas pasaron por la cabeza de Rafferty, las lanzó al suelo para poder acariciarle el pelo.

Le temblaron las manos cuando las acercó al rostro del otro hombre y las apartó un momento inseguro antes de tocarlo.

La noche anterior nos había dejado a los dos, a James y a mí, un poco inseguros respecto a Rafferty.

Éste lo notó, notó la duda de James y el dolor que nos causaba a ambos y le cogió una mano para acercársela a la cara. Se la apoyó en la mejilla y me miró a los ojos antes de cerrarlos y soltar el aliento.

La caricia desprendía tanta emoción que gemí sin poder evitarlo y los dos se volvieron hacia mí.

—¿Qué necesitas, princesa? Dilo. Sin ti, nada de esto tendría sentido. —James

siguió acariciando el rostro de Raff, pero alargó una mano para tocarme los pechos.

Arqueé la espalda y separé las piernas.

—Hacedme el amor —pedí—. Quiero que me hagáis el amor.

Raff gimió y lo vi levantar las caderas y James volvió a hablar.

—Desnúdate, Ra, quítate los pantalones y hazle el amor a Marina. Los tres lo necesitamos.

Raff se mordió el labio inferior y, al cabo de unos segundos, se levantó de la cama para quitarse los vaqueros y los calzoncillos. James se quedó donde estaba, acariciándome los pechos y observando a Rafferty. Una vez desnudo, éste volvió a colocarse de rodillas en la cama, pero se inclinó hacia mí y buscó mis labios. Los suyos estaban ardiendo.

—Sí, Ra, hazle el amor a Marina. No la hagas esperar más. —La voz de James nos excitaba a los dos, lo supe porque a Rafferty se le escapó un gemido.

Entonces, me separó las piernas con cuidado y me penetró justo cuando más lo necesitaba, cuando estaba a punto de terminar sólo con verlos y oírlos. Me sujetó las caderas y me las levantó para entrar hasta donde los dos queríamos. Seguía besándome al mismo tiempo y su torso quedaba pegado al mío.

Era casi perfecto, sólo nos faltaba James. Aparté los labios de los de Rafferty y lo busqué con la mirada.

—James... a ti también te necesitamos. Por favor.

—Estoy aquí, princesa. Yo también os necesito.

Se había desnudado y estaba de pie detrás de Rafferty, que se incorporó lentamente al sentirlo, mientras seguía entrando y saliendo despacio de mi cuerpo. Él estaba de rodillas y con las manos me sujetaba de la cintura. Lo vi humedecerse el labio; los ojos se le dilataron y entonces susurró:

—James, por favor.

Éste rugió, no sabría definirlo de otra manera, y entonces se puso de rodillas detrás de Rafferty y lo abrazó por la cintura de tal modo que sus manos quedaban sobre la erección de Raff y de mi sexo.

—Gracias —dijo en voz muy baja, pegado al oído de él, y vi que se atrevía a darle un beso en el cuello.

Rafferty gimió y echó la cabeza hacia atrás, dándole acceso a su piel al mismo tiempo que empezaba a mover las caderas desesperado, penetrándome con brutal intensidad.

Abrí los ojos, el placer era tal que me obligaba a cerrarlos, pero quería ver a aquellos dos hombres enamorándose. Era el motivo de mi vida, amarlos y que me amasen. Amarnos.

James le siguió besando el cuello con suavidad, besos delicados que contradecían el modo en que sus manos lo tocaban y le presionaban el miembro y a mí los labios del sexo, buscando llevarnos al límite. Le besó también los hombros y le lamió el cuello.

Rafferty se estremeció y su erección creció hasta casi dolerme; entonces, James me capturó el clítoris entre los dedos y me llevó a un orgasmo que ni siquiera sabía que pudiera existir. Tuve que cerrar los ojos, pero oí que James le susurraba a Rafferty:

—Córrete, Ra, necesito verlo.

Éste gritó mi nombre una y otra vez y eyaculó con tanta fuerza que su cuerpo cayó sobre mí y sus labios me buscaron para retener parte de su cordura. Nos besamos, su boca no paraba de moverse, de temblar, de gemir, de morderme, y la mía tampoco.

Cuando por fin pude abrir los ojos, vi que James estaba a nuestro lado, completamente erecto, y mirándonos con tanto amor que una lágrima resbaló por mi mejilla.

—*No haato*. Sois mi corazón —tradujo del japonés en voz baja—. En tan poco tiempo y ya sois mi corazón.

—James, vosotros también sois el mío. Bésame, por favor.

Rafferty seguía encima de mí; tenía el rostro escondido en mi cuello y podía sentir su erección estremeciéndose en mi interior. Los labios de James en los míos fueron la perfección, por fin los tenía a ambos.

James se tumbó en la cama y un segundo más tarde intentó abrazarnos a ambos. Moví una mano en busca de su cuerpo. Quería tocarlo y devolverle parte del placer que había sentido gracias a él, pero cuando mis dedos alcanzaron su erección, tropezaron con otros.

Abrí los ojos. James interrumpió el beso y se apartó para poder respirar y gemir de placer. Rafferty me miró y dijo:

—Ayúdame, por favor.

Sus dedos acariciando el miembro de James eran firmes e inseguros al mismo tiempo, porque nunca habían tocado así a otro hombre. Sin embargo, estaba decidido a hacerlo y el hecho lo excitaba muchísimo, como evidenciaba la reacción de su pene, que yo todavía podía sentir en mi interior.

—No hace falta, Ra —susurró James, generoso como siempre—. Me basta con Marina, puedo esperar a que tú también quieras tocarme. —Gimió y apretó los dientes para poder continuar—. Has dejado que yo te tocara, no tienes que devolverme...

—Cállate, James. Quiero hacerlo —lo interrumpió Rafferty, empezando a mover los dedos que tenía entrelazados con los míos.

James dejó caer entonces la cabeza en el hueco de mi cuello y gimió con todas sus fuerzas. Movié las caderas al mismo ritmo que nosotros movíamos los dedos, su torso fuerte vibraba pegado a mi costado y su lengua se deslizaba por mi piel en busca de mi sabor.

—Más, necesito más —suplicó, abandonando la actitud de control y serenidad que probablemente había mantenido para Rafferty y para mí—. Más, Marina.

Bésame.

Busqué sus labios y no dejé de besarlo ni un segundo. Le mordí el labio inferior porque sabía que le gustaba y después le recorrí la boca con la lengua, me tragué sus gemidos y sus gritos, y cuando su cuerpo se tensó y arqueó la espalda hacia atrás al llegar al clímax, aparté la boca de la suya porque quería besarle el cuello, el torso, los hombros, todo su cuerpo.

Rafferty también se había excitado, y cuando James eyaculó, él también volvió a hacerlo dentro de mí. Yo perdí el control y me estremecí, perdida en ese deseo que nos envolvía a los tres. Besé a James de nuevo, necesitaba tenerlo cerca, más cerca. Rafferty me besó a mí el cuello y los pechos, sin dejar de mover la mano en la erección de James.

Al terminar, éste me abrazó y me besó con la dulzura que lo embargaba al terminar. Lo miré a los ojos al apartarnos y supe que también quería besar a Rafferty, pero articuló sin palabras:

—Esperaré.

Asentí. Raff estaba tumbado sobre mí y no oyó nada, pero alargó la mano para coger una de las de James y se la llevó a los labios para darle un beso. No fue un beso en los labios, pero suspiró al tocar la piel del otro hombre.

Los tres nos quedamos dormidos y cuando nos despertamos la mañana del domingo, sólo estábamos James y yo en la cama. Durante unos segundos me asusté, temí que Rafferty se hubiese despertado y, avergonzado de nuestro encuentro, se hubiese ido, pero entonces le oí cantar en la cocina y adiviné que nos estaba preparando el desayuno.

Fue una de las mejores mañanas de mi vida.

Tras desayunar, James insistió en que teníamos que ducharnos los tres juntos. Todo empezó después de que viese la enorme ducha que Rafferty tenía en su cuarto de baño y, para mi sorpresa, éste no se opuso, sino que enumeró todas las ventajas de una ducha colectiva.

Yo estaba tan feliz de verlos contentos, bromeando entre ellos, tomándose un café que ya se había enfriado y riéndose de mí porque me había quemado con una tostada, que no supe (ni quise) decirles que no.

En la ducha, se turnaron para enjabonarme y cuando creía que iba a perder la cabeza de deseo, James me cogió en brazos y me penetró apoyándome en la pared de baldosas. Me hizo el amor mientras el agua caía sobre nosotros y mientras Rafferty me acariciaba los pechos entre los brazos de James, tocando el torso y la espalda de éste para hacerle rugir de esa manera que al parecer nos volvía locos a los dos.

Rafferty no se había atrevido todavía a besarlo, pero lo tocaba con cariño y sensualidad, y se excitaba muchísimo al hacerlo. Y con cada caricia se volvía más atrevido.

Yo estaba a punto de alcanzar el clímax, James entraba y salía con fuerza de mi cuerpo y me besaba o mordía el cuello bajo el agua de la ducha. Entonces, Rafferty, que le estaba acariciando la espalda, no se detuvo al llegar a las nalgas, sino que también se las tocó.

James adelantó con fuerza las caderas y me penetró más profundamente.

—Estás jugando con fuego, Ra, sigue así y cuando termine te quemarás —le advirtió.

Él se limitó a sonreírle y a acariciarle la mejilla, algo que había aprendido que excitaba enormemente a James, que terminó en aquel preciso instante; gritó mi nombre justo antes de besarme y me poseyó de tal manera que yo me precipité con él a un orgasmo que parecía no tener fin.

Cuando acabamos, salió de dentro de mí con cuidado y me dejó en la banqueta de baldosas que había pegada a la pared. Me besó aún dos o tres veces, le costaba apartarse de mí, pero entonces Rafferty debió de tocarlo, porque interrumpió el beso y me guiñó un ojo.

—Creo que tendrás que ayudar a Ra a que no se caiga —me dijo.

Tardé unos segundos en comprender la frase, que no parecía tener demasiado sentido. Hasta que vi que James se volvía y, con toda su envergadura, sujetaba a Rafferty por la cintura, se ponía de rodillas delante de él y atrapaba su pene erecto entre los labios.

Rafferty estuvo a punto de caerse al suelo de la fuerza con que lo sacudió el

placer; ninguna mujer podría hacerlo de esa manera, con tanta profundidad, y, efectivamente, lo sujeté por la espalda antes de que se desplomase, y lo guié como pude hasta la banqueta donde yo también había estado sentada.

James no dejó de succionar su miembro ni un segundo, su cabeza subía y bajaba con devoción y de sus labios salían delicados sonidos de placer. Dios, si a pesar de que acababa de eyacular dentro de mí, su pene volvía a excitarse lentamente ante mis ojos. Y yo también, pensé entonces, al ver que me costaba respirar y que no podía apartar la vista del beso tan íntimo que compartían esos dos hombres.

Me puse en pie temblorosa y cerré el agua, quería oírlos y verlos sin que nada me molestase.

—James... —gemía Rafferty y abría y cerraba los puños, como si tuviera miedo de tocar la cabeza o los hombros de James.

Me acerqué a él despacio y le susurré al oído:

—Tócale, él también te necesita.

Rafferty gimió, fue un sonido ronco y de abandono, y colocó las manos en la cabeza de James para acariciarle el pelo con dulzura. Éste no interrumpió lo que estaba haciendo, pero gimió de un modo distinto y apretó los dedos en la cintura de Rafferty.

—Lo has hecho muy bien, Raff —volví a susurrarle—. Soy tan feliz de veros juntos. Gracias por darnos una oportunidad.

Él gimió de nuevo y volvió la cabeza en busca de la mía. Me besó desesperado, imitando con la lengua los movimientos que seguramente imprimía a sus caderas, y me entregué a ese beso con absoluto abandono.

Me estaba excitando muchísimo, los sonidos de James, la respuesta de Rafferty, estar allí los tres juntos, compartiendo nuestros cuerpos y nuestro deseo. Yo también gemí y cerré los ojos para dejarme llevar, pero después del orgasmo de antes y de la noche anterior, necesitaba más.

—Tócate —oí decir a James y tuve que abrir los ojos.

Había apartado los labios de Rafferty unos segundos, aunque seguía acariciando su miembro con una mano, y me estaba mirando. Rafferty tenía la cabeza echada hacia atrás, rendido a lo que James le estaba enseñando, y seguía acariciándole el pelo y los hombros, como si no pudiese dejar de hacerlo ni fuera consciente de ello.

—Tócate —repitió James—, puedo oler tu deseo y me está volviendo loco. Ahora necesito darle esto a Ra, él lo necesita y yo también. Y también tú. Pero si sigo oliéndote, no podré terminar. Hazlo por mí, princesa, tócate y deja que oiga cómo te das placer. Por favor.

James inclinó la cabeza y, tras besar la erección de Rafferty y recorrerla con la lengua, la engulló de nuevo haciéndolo gemir y que prácticamente se levantara de la banqueta.

—Hazlo, Marina, cariño —me suplicó entonces Raff—. Yo también lo necesito.

Separé las piernas y deslicé una mano entre ellas para tocarme y alcanzar el

orgasmo al mismo tiempo que los dos hombres que estaban entregándose el uno al otro frente a mí. A medida que mi respiración se fue entrecortando, también lo hizo la de Rafferty y vi que James apartaba una mano de la cintura de éste, que ahora ya no se movía, sino que buscaba desesperado la boca del otro hombre, para sujetar su propia erección y también masturbarse.

—Raff, James... —gemí sus nombres una y otra vez, mientras miraba alternativamente a uno y a otro, fascinada por su belleza y por lo que me hacían sentir con ella.

Rafferty fue el primero en gritar. Tanto James como yo le habíamos estado esperando, porque ese momento era sólo para él. Cuando pronunció nuestros nombres con voz ronca por los gemidos, James también eyaculó y siguió besando y lamiendo a Raff. Y yo, al verlos a los dos perdidos en esa pasión, en ese acto del que me habían hecho partícipe, no porque así fuera más erótico, sino porque ambos lo necesitaban, también alcancé otro orgasmo.

Después, James y yo ayudamos a Rafferty a ponerse en pie y nos duchamos. Éste parecía incapaz de mirar a aquél a los ojos, pero minutos más tarde, cuando los tres nos habíamos envuelto con toallas y estábamos frente al espejo, sucedió algo hermoso.

Yo me estaba cepillando los dientes con un cepillo que había dejado meses atrás, durante mi relación fallida con Rafferty.

James no decía nada, pero con la mirada buscaba un tercer cepillo, uno nuevo, tal vez uno de esos de cortesía que regalan en los hoteles.

—Toma, puedes utilizar el mío —le dijo entonces Rafferty, tendiéndoselo—. No tengo más.

—Gracias.

Ambos se sonrojaron, como si utilizar el cepillo del otro tuviese más importancia que lo que acababa de suceder en la ducha. Y tal vez la tuviese.

Nos despedimos, porque James tenía que ir al hotel a cambiarse de ropa y a terminar unos asuntos de trabajo.

Yo también quería irme a casa para descansar y pensar en todo lo que acababa de suceder; quería asumirlo despacio, sin prisas. Y Raff probablemente era de los tres el que más espacio necesitaba. Nos dijimos adiós con la promesa de vernos al día siguiente.

Promesa que cumplimos.

Fueron unos días increíbles. A Rafferty seguía costándole iniciar cualquier clase de intimidad con James, aún no se habían besado, pero cuando estábamos juntos en la cama, el deseo no tardaba en eliminar sus miedos o sus reticencias y ya tocaba y acariciaba a James con total libertad. De hecho, parecían fascinarlo todas las reacciones que conseguía arrancarle a James.

Cuatro días después del episodio de la ducha, cuando los tres volvíamos a estar en la cama, Rafferty insistió en que quería hacerle a James lo que él le había hecho;

besarlo y lamerlo hasta hacerlo enloquecer.

James y yo casi alcanzamos el orgasmo allí mismo, sólo con oír a Raff explicar todo lo que quería hacer, y cuando por fin lo hizo, aunque tuvo que superar algún que otro problema fruto de los nervios, fue espectacular.

James gritó como nunca cuando Rafferty le rodeó el pene con la boca y me pidió, me suplicó, que lo besase y le sujetase las manos con fuerza, porque tenía miedo de perder el control y agarrar a Rafferty de una manera que pudiese asustarlo.

Éste lamió a James mientras yo le retenía las manos y lo besaba y, cuando eyaculó, temblando y gritando nuestros nombres sin parar, nos pidió que por favor no terminásemos con él e hiciésemos después el amor a su lado. Y sí, con James saciado y con una sonrisa de oreja a oreja, Rafferty me hizo el amor como un animal salvaje.

Yo gritaba el nombre de los dos mientras James me pellizcaba los pechos y Raff entraba y salía de mí, apoyando su peso sobre las manos para no aplastarme.

James aprovechó también la ocasión para acariciar la espalda de Rafferty, que se movía como un gato en busca de las caricias de su amo.

Habíamos hecho el amor los tres, tal vez el único que había estado dentro de mí había sido Raff, pero habíamos hecho el amor los tres.

James estaba siendo muy paciente con el tema de los besos y también con otros más complejos. No nos lo había dicho, pero yo podía intuir que quería entrar dentro de Rafferty, que quería hacerle el amor también de esa manera, y que deseaba que Raff se lo hiciese a él. Podía verlo en cómo se movía, en cómo nos miraba cuando creía que no lo veíamos.

Una parte de mí lo entendía: estar dentro del cuerpo de otra persona simbolizaba sin duda el máximo grado de unión que podía existir entre ellas, pero otra parte tenía miedo de que esa petición fuese más de lo que Rafferty podía aceptar.

Un viernes, cuando entré en casa de este último con mi bolsa, para pasar allí el fin de semana, los encontré a los dos discutiendo.

—¡Nunca tienes suficiente! —gritaba Rafferty—. Siempre tienes que pedir más y más.

—¡Nunca me das nada! —le contestó James—. Siempre tengo que suplicar para conseguir cualquier muestra de afecto de tu parte.

—Hola —los saludé, entrando en la cocina—. ¿Qué os pasa?

Rafferty se apartó de James furioso y se acercó a mí.

—James quiere que vayamos los tres juntos a una cena de tu trabajo.

—¿La gala para la recaudación de fondos? —les pregunté confusa.

—Sí, la misma —contestó James, más calmado que Rafferty—. Britania Oil ha recibido una invitación y he pensado que si tengo que asistir, quiero hacerlo con las dos personas más importantes de mi vida.

—Yo le he dicho que está loco —intervino Rafferty.

—¿Loco porque quiero ir acompañado de la mujer y del hombre que amo?

Rafferty palideció y se volvió hacia él a punto de estallar.

—Tú no me amas. Retíralo.

James se rió apesadumbrado.

—Esto no es un patio de colegio, Rafferty. Y lamento decirte que no tienes ningún poder sobre mis emociones.

Bastante poder te he dado ya por desgracia en otros ámbitos de mi vida, pero en mi corazón sigo mandando yo.

El mío latía desbocado, James había dicho que nos amaba a los dos.

—Mira, Cavill, no sé a qué te refieres, pero tú no me amas.

—Puedes llamarme por mi apellido tantas veces como quieras, Ra, eso no cambiará lo que siento.

—¡Estás loco, no puedes haberte enamorado de mí y no puedes pretender que vayamos los tres a una gala!

—¿Por qué? —insistió James, cruzándose de brazos.

—¡Porque no es normal, joder! ¡Porque pensarán que Marina es una puta y tú y yo unos viciosos pervertidos!

Me quedé sin respiración y James palideció.

—Eso es lo que piensas tú —dijo luego, acercándose a Rafferty y mirándolo a los ojos—. Niégalo, dime que no es lo que piensas. Dime que esta estupidez no es el motivo por el que no me besas y por el que no quieres hacer el amor conmigo. ¡Dime que no es verdad que no quieres acompañarnos a Marina y a mí por el miedo al que dirán!

¡Dímelo!

Rafferty no dijo nada, tragó saliva y se apartó de él, dejándolo solo con su furia.

—Tanto Marina como tú o yo tenemos un trabajo que nos hace muy visibles —añadió luego— y debemos cumplir nuestras responsabilidades.

—Chorradas —replicó James.

—¿Ahora cuál de los dos se está comportando como un niño? No puedes creer que podemos presentarnos los tres cogidos de la mano en una cena de gala e irnos sin que pase nada. Saldremos en los periódicos, nos despedirán, nos humillarán.

—Todo eso pasará si nosotros se lo permitimos. Si somos los primeros en avergonzarnos de nuestros sentimientos, ¿cómo podemos defenderlos frente a los demás? En cambio, si nos mostramos orgullosos de lo que somos, de lo que sentimos, nadie se atreverá a atacarnos, Ra.

—¿Qué somos? Y no me llames Ra.

James reaccionó como si Rafferty lo hubiese golpeado.

—No puedo creer que cuando por fin me enamoro de verdad lo haya hecho de un cobarde, Rafferty. Marina tú y yo somos una familia. Y eso nos legitima para defendernos de cualquier ataque, para luchar por nuestra felicidad. Pero está visto que tú no lo crees, así que dime, ¿qué somos ella y yo para ti?

Raff tenía los ojos abiertos como platos y se pasaba las manos por el pelo. Desvió la mirada hacia mí un segundo, y al ver el reproche y la decepción que brillaba en mis

ojos, la apartó de inmediato.

—Marina es la mujer que quiero —contestó entonces, sirviéndose un vaso de agua.

—¿Y yo? —insistió James—. ¿Qué soy yo? ¿El hombre con el que haces un trío? ¿El hombre con el que descubres nuevas facetas sexuales y nada más? ¿Soy sólo eso, un juguete sexual que compartir y con el que experimentar?

—Exacto.

—No... —balbuceé al ver el rostro de James.

—No te preocupes, Marina. Estoy bien —afirmó él, mirándose—. Sé que miente y que es un cobarde, y por eso mismo voy a irme ahora de aquí, antes de que diga algo de lo que me arrepienta de verdad.

Y cogió una bolsa de viaje que había en el suelo.

Igual que yo, había llegado a la casa con intención de pasar allí el fin de semana.

—No te vayas, James. Por favor —intenté retenerlo.

—Es mejor así, princesa. Estaré en el hotel si me necesitas. Llámame o ven cuando quieras. —Se acercó a mí y me dio un beso largo y algo triste—. No dejes que esto nos estropee nada, Marina.

Me dio otro beso y se apartó para dirigirse a Rafferty.

—¿Qué? —lo retó él a la defensiva—. ¿A mí también vas a decirme que puedo llamarte o ir a verte cuando quiera?

—No.

Rafferty se entristeció un instante, aunque de inmediato intentó ocultarlo. James soltó la bolsa en el suelo y, antes de que pudiésemos adivinar qué se proponía, cogió a Raff por el cuello y tiró de él para besarlo.

Yo me quedé boquiabierta y de inmediato noté que se me aceleraba el corazón y se me erizaba la piel. James le sujetaba el rostro entre las manos y movía los labios con una determinación y una fuerza que nunca había ejercido conmigo. Adiviné que en mi caso se contenía y que con Rafferty, que era tan alto y fuerte como él, no tenía que hacerlo.

Ver toda esa fuerza en estado libre, sin barreras, era muy sensual. Raff se mantuvo inmóvil un segundo y levantó las manos como si fuera a apartarlo, pero cuando lo tocó, lo abrazó con fuerza y lo pegó a él. Podía verlo flexionar los dedos en la espalda de James. Separó los labios para darle mejor acceso y gimió con voz ronca.

James movía la lengua y los labios, la mandíbula le temblaba con cada cambio de movimiento. Rafferty intentaba imitarlo, podía ver su lengua entrando y saliendo de la boca del otro hombre, sus labios persiguiendo los otros con desesperación. Hambrientos de sus caricias.

James lo soltó con la misma brusquedad con que había empezado el beso y lo miró a los ojos.

—Ahora dime que no te ha gustado. —Vio que Raff iba a abrir la boca y lo detuvo—. Te recuerdo que tu erección está a punto de reventarte los pantalones.

Rafferty entrecerró los ojos y lo miró furioso.

Durante un segundo, temí que fuera a pegarle de nuevo, pero entonces James se le acercó de nuevo y volvió a sujetarle el rostro entre las manos.

Rafferty respiraba como un animal acorralado y le temblaban los brazos de la tensión que lo recorría. James inclinó despacio la cabeza y le dio otro beso. Este segundo duró sólo un instante, fue lento, le recorrió los labios con la lengua y suspiró sobre ellos. Cuando terminó, apoyó la frente en la suya y cerró los ojos.

—Y ahora dime que no me quieres.

Raff no dijo nada, pero no se apartó, se quedó allí como una estatua, y cuando no pudo soportarlo más, se dio la vuelta y pasó junto a mí de camino a la escalera.

James se quedó abatido donde estaba, respirando pesadamente, intentando contener la rabia. Me acerqué a él y lo abracé.

—Tranquilo, James. Estoy aquí.

Me rodeó por la cintura y apoyó una mejilla en mi cabeza.

—No sé qué más podemos hacer, Marina. No podemos obligarle a reconocer sus sentimientos. Dios, si fuera capaz de irme, me iría, pero te amo y a ti no quiero perderte. Si tengo que renunciar a él, no tendré más remedio que aceptarlo. Supongo que en el fondo no le he tenido nunca, pero a ti no puedo perderte.

—A mí no vas a perderme, James. Yo también te amo. Y si Rafferty no entra en razón, nos perderá a los dos. No me digas que crees que, tratándote así, lo elegiré a él antes que a ti.

—De él te enamoraste antes.

—De ti me enamoré después.

—Gracias, Marina.

—No me las des, vámonos de aquí. No quiero quedarme si Rafferty se empeña en convertir nuestra historia de amor en algo sórdido de lo que tenemos que avergonzarnos.

James me soltó y me miró a los ojos.

—No lo hagas por mí. Si crees que debes quedarte con él, quédate.

—No lo hago por ti, lo hago por nosotros. Vamos, puedes venir a mi casa. No quiero que estés en ese hotel.

James se rió y me dio un vuelco el corazón al ver que había logrado animarlo.

—Ese hotel es el mejor de Inglaterra, princesa.

—Sí, tal vez, pero yo no estaré en él.

—En eso tienes razón.

Se agachó para recoger la bolsa del suelo y cogió también la mía de camino a la puerta. Paramos un taxi y cuando llegamos a mi apartamento, fingimos que no había sucedido nada. Vimos una película malísima en la tele y comimos una pasta que prepararé con salsa de tomate.

Nos acostamos y nos besamos, pero no hicimos el amor, porque los dos echábamos de menos a aquel idiota que se empeñaba en negarnos.

No llamé a Raff. Quería que supiera que yo también estaba dolida por lo que le había dicho y hecho a James.

Pero cuando me llamó él días más tarde, no estaba preparada para escuchar lo que me dijo.

Nunca había oído a Rafferty tan preocupado ni alterado y lo primero que me preguntó cuando contesté el teléfono fue:

—¿Dónde está James?

Habían pasado tres días desde nuestra discusión y su tono de voz me puso en alerta y me asustó.

—No lo sé, en su despacho, supongo. ¿Por qué?

—Tenemos que encontrarlo. Puede estar en peligro.

—¿Qué estás diciendo, Rafferty? ¿Se trata de un broma cruel?

—¡No! —Lo oí soltar el aliento—. Por supuesto que no, aunque supongo que me merezco el comentario. Sólo asegúrate de que está bien y llámame, por favor.

—Llámalo tú.

—Éste no es momento para discusiones, Marina. Te juro que es importante. Llámalo, por favor. Y vuelve a llamarme.

Colgó y de inmediato marqué el número del móvil de James. Comunicaba. En otras circunstancias habría esperado, pero tras la llamada de Rafferty, opté por telefonar a su despacho en Britania Oil. Me contestó su secretario y me dijo que el señor Cavill no estaba, que había tenido que volver al hotel.

Me extrañó, pero no era la primera vez en esos meses que James tenía una reunión o una cita de negocios en el hotel donde se hospedada. Llamé a Rafferty de inmediato.

—No está en su despacho y no me contesta al móvil.

—Mierda.

—¿Qué diablos está pasando, Raff? Me estás asustando.

—Ve a su hotel; yo también voy para allí.

—¿¡Qué está pasando!?

—Mi padre ha venido a verme hace un rato, tenía fotos nuestras. De distintos días. En algunas, James y yo nos estamos mirando o dando la mano, en otras apareces tú y en muchas los tres. Me ha dicho que el hijo del propietario del *Financiamiento* no puede tener un escándalo sexual de ninguna clase. Y me ha amenazado con destruir a James si no pongo punto final a nuestra relación. Lo sabe todo de él, Marina, cosas que tú y yo ignoramos.

—Dios mío. —Me llevé una mano a los labios—. ¿Tu padre sería capaz de

hacerle daño? —Cogí el bolso, frenética, y cerré la puerta de casa.

—No creo, pero no estoy seguro. Por eso quiero encontrar a James. ¿Dónde estás? ¿Ya has llegado al hotel?

—No, acabo de salir de casa. ¿Y tú?

—Estoy a una esquina del hotel. Te voy a colgar, quiero echar a correr.

Colgué enseguida, no quería seguir perdiendo tiempo ni que lo perdiese él.

«Date prisa, date prisa, date prisa», repetí en mi mente, mientras detenía un taxi en plena calle y le daba apresurada la dirección del Clarendon.

Al ver mi urgencia, el conductor pisó el acelerador y tardamos escasos minutos en llegar allí. Le pagué y prácticamente salté del vehículo. Subí en el ascensor, que parecía estar esperándome en el vestíbulo, y en cuanto se abrieron las puertas, corrí hacia la habitación de James.

Cuando llegué, sentí tal alivio al verlos a él y a Rafferty que tuve que apoyarme en la puerta para no caerme.

Raff había llegado antes que yo y, a juzgar por el estado en que ambos se encontraban (el uno en brazos del otro), había empezado a besar a James sin detenerse siquiera a cerrar la puerta.

—Gracias a Dios que estás bien —farfulló Rafferty, interrumpiendo un beso para iniciar de inmediato otro.

Sujetaba la cabeza de James con las manos y lo tenía prisionero entre su torso y la pared del dormitorio.

—Estoy bien —repuso él, devolviéndole el beso y sujetándolo por la cintura para retenerlo contra su cuerpo—. Bésame.

—Eso hago —contestó Rafferty—. No puedo parar.

James sonrió y a mí se me aceleró el corazón al verlo recuperar la sonrisa después de la tristeza del viernes. Necesitaba recibir los besos de Rafferty tanto como éste dárselos y yo verlos. Sólo así iba a completarse nuestra unión de tres, nuestro amor a tres bandas.

James gimió y Rafferty enloqueció. Se comportaba como un animal herido al que han intentado arrebatarle a su pareja, besándolo sin parar posesivamente, marcándolo de un modo distinto a como lo marcaba yo, pero igual de intenso.

—Tenía tanto miedo... —susurró Rafferty—. Tanto miedo...

—Tranquilo, estoy aquí.

Sonreí al recordar el día en que James me dijo a mí esa misma frase. Su abrazo y sus besos eran tan emotivos que me eché a llorar sin darme cuenta y, al oír mi leve sollozo, los dos se interrumpieron y me miraron.

—No llores, princesa —susurró James—. Todo está bien.

Rafferty corrió hacia mí y me levantó del suelo, donde me había quedado sentada con las rodillas dobladas y también me besó.

—A ti tampoco puedo perderte nunca —me dijo, antes de besarme con la misma salvaje intensidad con que había besado a James—. Me volvería loco sin ti.

Lo abracé y le devolví el beso: yo también necesitaba sentirlo. Noté la presencia de James a mi espalda y, segundos más tarde, sus brazos rodeándonos a ambos por la cintura.

Rafferty se soltó entonces y nos miró a James y a mí casi en estado de trance. Ese abrazo que nos había incluido a los tres le había recordado los motivos de aquel justificado ataque de pánico.

—¿Qué pasa, Ra? —James se percató enseguida del cambio—. ¿Qué sucede?

—No... —Tuvo que tragar saliva y humedecerse los labios para continuar—: No podemos seguir juntos. Es peligroso.

James se erizó igual que haría una pantera y frunció el cejo.

—¿De qué estás hablando? —Al ver que Rafferty se mantenía en silencio, se volvió hacia mí y repitió la pregunta con la misma determinación—. ¿De qué está hablando?

—Su padre le ha enseñado fotografías nuestras y ha amenazado con destruirte —contesté lo poco que sabía.

—¿Qué fotografías? ¿Cómo diablos piensa destruirme y qué le hace creer que podrá conseguirlo?

—Son fotografías de distintos días —empezó a decir entonces Rafferty en tono distante, preparándose para la partida y el abandono—. De distintos momentos.

—¡Ese hijo de puta ha osado entrometerse en nuestra intimidad! —James cerró los puños—. Sé quién es tu padre, Ra, y lo siento, por ti estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, pero no pienso permitir que nos espíen.

—Ya te dije que no podíamos tener una relación normal.

—¡Por supuesto que podemos, cariño! —James sujetó el mentón de Rafferty y por primera vez lo llamó de esa manera tan dulce.

A mí me emocionó. Al parecer, yo era su princesa y Rafferty era Ra o cariño. James se había lanzado en cuerpo y alma a nuestra relación y parecía dispuesto a defenderla ante cualquier adversidad, pero iba a necesitar mi ayuda.

—No, no podemos —insistió Rafferty apartándose.

—James tiene razón, Raff. Nosotros somos los primeros que debemos sentirnos orgullosos de lo que tenemos. No le hacemos daño a nadie y nos amamos mucho más que millones de parejas «normales». No podemos permitir que nos arrinconen por no seguir las reglas.

Entonces James se me acercó y, tras cogerme de la mano, tiró de mí para besarme en los labios.

—Gracias, princesa.

—De nada, lucho por nosotros. Tal como tú me has enseñado.

—Vosotros dos podéis seguir juntos —dijo Rafferty entonces, con el corazón desgarrado. Fue más que evidente en su mirada que le dolía darnos permiso para seguir sin él—. Si yo desaparezo, mi padre os dejará en paz.

—¿Es lo que hiciste hace años, desaparecer? —adivinó James—. Porque tienes

que saber que no voy a permitirlo. No sé con quién estabas cuando te fuiste a esconder a Francia, pero no me importa, y lo cierto es que estás mejor sin ellos. Si no lucharon por ti, no te merecían. Pero yo, Ra, iré a buscarte.

—Y yo también —dije yo.

—No, no podéis hacerlo —insistió él—. No os quiero de la manera que vosotros necesitáis. Jamás seré capaz de entrar en una sala y decir: «Éste es mi marido y ésta es mi mujer».

Tanto James como yo nos quedamos sin aliento al oír esa frase. La imagen que evocaba era nuestro anhelo más querido.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a dejarnos para protegernos? ¿Para evitar que tu padre me destruya? —lo retó James.

—Sí, eso es exactamente lo que voy a hacer. Lo sabe todo de ti, James. Todo.

—¿Y qué? ¿Acaso crees que me importa? En Britania Oil conocen todo mi conflictivo pasado en Japón y no les importa. Lo único que les importa es la cantidad de dinero que les he hecho ganar todos estos años. Pero si no lo supieran, o si decidieran despedirme por ello, me daría igual, Ra. Tengo dinero de sobra para vivir; la compañía aseguradora pagó una gran cantidad de dinero tras la muerte de mis padres. Sólo os quiero a ti y a Marina, y a los hijos que podamos tener juntos. Nada más.

Siempre había creído que jamás tendría suficiente, que nunca sentiría esta sensación de plenitud, de felicidad.

Pero con vosotros la siento, y no quiero perderla. Te quiero, Ra. Y también quiero a Marina.

—No me digas esto, James. Por favor. No me lo digas. Voy a irme y vas a tener que cuidar a ella por mí.

—No. Maldita sea, Ra. ¿No ves que no hace falta que te sacrifiques? Lo estás utilizando como excusa para dejarnos y alejarte de nosotros.

—¡No es verdad!

Vi que James iba a decir algo más, pero me coloqué entre los dos y les puse una mano en el torso. El corazón les latía desbocado.

—A mí tampoco me importa el pasado de James, Raff. Y si tu padre quiere empezar a publicar fotos de los tres besándonos, lo único que haré será llamar a mis padres y a mis hermanos para decirles que soy la mujer más afortunada del mundo, porque me he enamorado de dos hombres maravillosos que también me quieren a mí.

El resto no me importa y en la ONG no van a despedirme.

Dios, si defendemos todas las causas de discriminación imaginables... Y aunque lo hicieran, te digo lo mismo que James, no me importaría. Lo único que quiero es estar contigo y con él, con los hombres que amo y con los hijos que podamos tener juntos.

—No, Marina, por favor. Deja que haga esto. Tengo que hacerlo. Desde que empezamos, yo he sido el que os ha hecho infeliz, nuestras discusiones siempre han

sido culpa mía y ahora es mi padre el que nos amenaza. Voy a dejaros, os echaré muchísimo de menos, pero tenéis que permitir que me vaya.

—Si tan poco te importamos que no estás dispuesto a luchar por nosotros, vete —replicó James furioso y dolido.

—No —insistí yo—, entre los tres podemos arreglarlo. Podemos ir a hablar con tu padre y demostrarle que no tiene de qué preocuparse, que nuestra historia jamás causará ningún escándalo, porque nos queremos de verdad. Nadie encontrará fotografías sórdidas de los tres porque no existen, sólo verán a tres personas enamoradas.

Podemos hacerlo, Raff.

—No, a él no le importa la verdad. Sólo le interesa tener un hijo perfecto, sin emociones ni sentimientos, una estatua a la que enseñar cuando le conviene. Es lo mejor para todos, creedme. Os quiero demasiado para perjudicaros de esta manera.

—No te permito que digas eso, Ra y tampoco que te vayas. No te lo permito —masculló James—. Pero si vas a hacerlo, vete de una vez.

Rafferty dejó caer la cabeza y soltó el aliento entre los dientes.

—Sí, tienes razón. Será mejor que me vaya. Cuida de Marina. Y tú, Marina, cuida de él. Los dos seréis siempre lo mejor de mi vida.

Me eché a llorar desconsolada y me volví hacia James para abrazarlo. Él me rodeó con los brazos, como si así pudiera protegerme del dolor que corría por mis venas a una velocidad de vértigo. Noté que también temblaba y dijo:

—Vete, Rafferty, pero no creas que esto ha acabado.

Tal vez tú estés dispuesto a rendirte, pero yo no. Y Marina tampoco. Nos recuperaremos de este golpe e iremos a buscarte. Y esa vez de nada te servirán las excusas.

Oí los pasos de Rafferty alejándose y la puerta de la habitación que se abría y cerraba, y mi llanto aumentó.

Daniel, el prometido de Amelia y mejor amigo de Rafferty, me había insinuado que en la universidad Raff también había vivido pendiente de satisfacer a su padre. Y ahora de mayor, cuando por fin podía tocar la felicidad, la había sacrificado una vez más por temor a ese hombre.

Yo no le había mentado cuando le había dicho que estaba dispuesta a enfrentarme a cualquier escarnio o comentario de mal gusto por ellos dos. Mi trabajo no dependía de mi reputación, sino de mi capacidad de lucha y de mis principios, y éstos los había demostrado de sobra, y mi familia siempre había querido lo mejor para mí. Sí, seguro que la abuela y la tía tardarían un poco en acostumbrarse, pero, en cuanto nos vieran a los tres juntos, lo entenderían y se convertirían en nuestras mayores defensoras.

—No te preocupes, Marina. —James me acarició la espalda—. Llora tanto como quieras, yo estoy aquí contigo.

Lo abracé con fuerza y lo solté para poder echarme hacia atrás y mirarlo a la cara.

—¿Y tú?

—Yo también lloraré, pero después pensaremos qué podemos hacer para eliminar las amenazas del padre de Rafferty y demostrarle a él que nosotros no vamos a abandonarlo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Te amo, James, pase lo que pase.

Él tuvo que tragar saliva antes de contestarme:

—Yo también te amo, Marina. Pase lo que pase.

Me besó suavemente y me cogió en brazos. Me llevó a la cama, donde los dos nos tumbamos vestidos. Me contó la historia que al parecer ya conocían Rafferty y su padre, la que éste pretendía utilizar para hacerle daño.

Después de la muerte de sus padres, había entrado en una espiral de autodestrucción y frecuentó muy malas compañías. Una de ellas era el propietario del sable cuya herida le cruzaba el torso. Jugar con la mafia japonesa siempre es peligroso, me explicó James, pero en esa época él estaba empeñado en flirtear con el peligro a diario, en busca de alguna emoción fuerte que lo hiciera reaccionar del estupor en que se había sumergido tras el accidente.

Por fortuna, esa herida de sable no lo mató, pero sí fue lo bastante grave como para que tuviese que estar varios meses en un hospital. Allí, solo en aquella cama blanca, se dio cuenta de que no quería morir en soledad y de que no quería desperdiciar su vida. Cuando le dieron el alta, vendió la casa de Japón y regresó a Inglaterra para estudiar y seguir adelante. Y nunca había vuelto la cabeza para mirar atrás.

—No me avergüenzo de mi pasado —susurró—, sencillamente, tengo la sensación de que ya no forma parte de mí. Por eso no te lo conté.

—No te preocupes, lo entiendo. Sé a qué te refieres.

Desde que estoy contigo y con Rafferty, yo sólo quiero pensar en el futuro, en lo que crearemos juntos.

—Lo sé, princesa. —Me dio otro beso—. Te prometo que encontraré la manera de darte ese futuro. Te lo prometo.

A la mañana siguiente, en el *Financial Post*, el periódico propiedad del padre de Rafferty, apareció un artículo difamador sobre James Cavill: «El asesor estrella de Britania Oil pertenecía a la mafia japonesa».

En cuanto lo vi, entendí que el señor Jones iba en serio. Yo estaba en ese momento en el trabajo y fue Amelia la que entró en mi despacho, con un ejemplar en la mano.

—Mira qué sarta de mentiras publican sobre James —me dijo, antes de que yo pudiese leer el artículo o explicarle nada, por lo que no tuve más remedio que levantarme y darle un abrazo—. ¿A qué viene esto? No es que me importe, pero... Bueno, ¿qué vamos a hacer? —me preguntó cuando me aparté—. ¿Demandamos al *Financial Post*?

Ella lo había sugerido medio en broma, pero yo estuve tentada de hacerlo de verdad. Cuando me dejó a solas con el maldito periódico, llamé a James.

—¿Cómo estás?

—Bien —me contestó de inmediato—. Tal como os dije a ti y a Rafferty, en Britania Oil ya estaban al tanto, a los miembros de la junta les parece pintoresco tener un ejecutivo con mi pasado. Seguro que ahora mismo están presumiendo de mí en algún club. Y la única familia que tengo sois tú y Ra. —Carraspeó—. ¿Sabes algo de él?

—No.

—Tienes que buscarle, contigo querrá hablar. —No tuvo que añadir que creía que con él no—. No puede estar solo en un día como hoy. Te necesita.

—Nos necesita a los dos —suspiré—, pero tienes razón, lo más probable es que acceda antes a verme a mí.

Voy a llamarle, me pondré en contacto contigo cuando lo encuentre. Te quiero, James.

—Yo también te quiero. —Hizo una pausa—. Gracias por ir a buscarlo sola, lamento no poder acompañarte.

—Ya lo harás otro día, cuando estemos los tres juntos. Ahora sigue haciendo de ejecutivo excéntrico y piensa en mí. Te veré luego, aunque tenga que pelearme con todos los periodistas que seguramente querrán entrevistarte.

Noté que sonreía y me dio un vuelco el corazón.

—Gracias, princesa. Dile a Rafferty que lo quiero.

—Lo haré.

Tardé más de lo que creía en encontrar a Raff. Tenía el móvil desconectado y cuando me acerqué a su casa, parecía cerrada a cal y canto. Pero no me dejé engañar.

Rafferty nos había dicho que nos amaba, así que no se había ido de la ciudad; se había quedado para cuidarnos desde lejos, para asegurarse de que su padre no nos hacía daño.

¿Dónde diablos podía estar? Seguro que necesitaba desquitarse.

«En el gimnasio».

Recordé la dirección y fui corriendo hacia allí. Lo encontré en el cuadrilátero, boxeando con un tipo más joven que él, más alto, más fuerte y sin su código de honor. Le estaba dando una paliza. Al lado, el propietario del gimnasio les gritaba a los dos que parasen.

—¡Para, Rafferty! —le grité, subiendo y colocándome contra las cuerdas—. ¡Para de una vez, te necesito! ¡James te necesita!

Él le asestó un golpe al otro hombre, que se derrumbó fulminado en la colchoneta, y se detuvo.

—Maldita sea, Jones —masculló el entrenador—, ahora tendré que levantarlo y disculparme con él en tu nombre.

—Te diría que lo siento, Nick, pero mentiría.

Saltó del cuadrilátero, le sangraba la ceja, el labio y la nariz y tenía el torso empapado de sudor y de salpicaduras de sangre, aunque probablemente la gran mayoría eran de su pobre contrincante.

—¿Qué estás haciendo aquí? James y yo te necesitamos y tú estás comportándote como un crío.

—No me estoy comportando como un crío, me he alejado de vosotros porque os quiero y quiero lo mejor para vosotros. —Me sujetó del brazo y tiró de mí hasta un rincón—. Es lo más adulto y lo más doloroso que he hecho en la vida, no me lo arrebatéis.

—Pero ése es precisamente el problema, no tienes que hacerlo, Raff. Los tres juntos podemos enfrentarnos a tu padre y a cualquiera.

—Claro, por eso hoy no ha aparecido esa noticia en el periódico con todas esas mentiras sobre James. Mi padre lo ha hecho para recordarme quién está al mando.

—Lo está él porque tú se lo has permitido.

—No —negó con la cabeza—. Es mejor así. Esta mañana me ha asegurado que no publicará nada más y que mañana aparecerá una nota rectificativa, será en un pie de página, pero la reputación de James quedará intacta.

—A James no le importa su reputación, le importamos tú y yo.

Tragó saliva y, tras quitarse los guantes, se pasó los dedos vendados por el pelo.

—¿Cómo está?

—Me ha pedido que te diga que te quiere —solté de golpe. Rafferty necesitaba que algo lo hiciese reaccionar y estaba claro que no había bastado con unos golpes—. Y yo también te quiero. Los dos te necesitamos y te echamos de menos.

Se quedó mirándome y, por un instante, pensé que lo que le había dicho le había calado y que me abrazaría y me besaría, que me pediría perdón e iría a vestirse para

venirse luego conmigo y con James. Pero no lo hizo, asintió y se inclinó para darme un beso en la frente.

—Vete, Marina. Por favor.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el vestuario igual que un preso hacia el patíbulo, sin esperanza. Yo me fui del gimnasio en el mismo estado y, de nuevo en un taxi, llamé a James para preguntarle dónde estaba.

—En el hotel. Tenías razón acerca de los periodistas —me explicó cansado.

—Mañana desaparecerán. Rafferty me ha dicho que van a publicar una disculpa en el mismo *Financial Post*, diciendo que todo ha sido un error.

—¿Has hablado con Rafferty?

—Sí, no quiere vernos. Insiste en que estamos mejor sin él.

El impropio que soltó James no era propio de alguien como él, pero me pareció más que justificado.

—Mierda, si lo tuviese delante, le sacudiría —dijo—, y después lo besaría.

—Yo también.

—No sé si decirte que vayas a tu casa, Marina. No quiero que te veas mezclada en esto.

—Ni se te ocurra. Voy a ir. Quiero verte, lo necesito.

Y tú también. Me da igual lo que le diga la prensa.

Además, de mí no tienen idea de nada, recuerda que, de momento, en el diario sólo has aparecido tú.

—Qué honor —se burló—. De acuerdo, te espero.

Tienes razón, necesito verte.

El taxi me dejó en el Clarendon y, tal como había anticipado, ningún periodista mostró el menor interés por mí. Llegué a la puerta del dormitorio de James sin el menor contratiempo y, cuando él la abrió, lo abracé y lo besé.

—Gracias por venir —susurró cuando me aparté.

Me sonrojé, nunca me había sentido tan importante como estando con él y con Rafferty. Quería hacerlos felices, porque ellos a mí me habían dado la dicha absoluta. Si hubiese creído que Rafferty de verdad quería estar sin nosotros, tal vez le habría dejado apartarse, pero no era así. Lo había visto en sus ojos en el gimnasio y el otro día en aquella misma habitación de hotel.

Nos amaba tanto como nosotros a él y se estaba sacrificando. Era un sacrificio absurdo e innecesario, y tal vez James tuviera razón y Raff lo estuviese utilizando como excusa inconsciente para protegerse y distanciarse de nosotros, pero no íbamos a permitirselo.

Íbamos a demostrarle que con nosotros dos podía contar siempre, que con nosotros tendría suficiente para ser feliz el resto de su vida.

Me puse de puntillas y volví a besar a James.

—Creo que ya sé cómo demostrarle a Rafferty que lo nuestro es de verdad, que nuestro amor está por encima de todo y que no tiene que sacrificarse por nosotros.

Él me rodeó por la cintura.

—Te escucho...

Era la noche de la cena de gala de la ONG. Yo estaba muy nerviosa: había quedado con James, por supuesto, pero también con Rafferty. Era un plan arriesgado que podía salir muy mal, espectacularmente mal, pero valía la pena intentarlo. La recompensa, igual que la pérdida, también sería muy grande. Lo sería todo.

Entre los invitados estaba también el padre de Rafferty, sir Jones, su majestad la reina lo había condecorado años atrás con ese título honorífico. Sabía que iba a asistir porque yo le había pedido a Daniel Bond que se asegurase de tentarlo. Daniel, además de ser un temido abogado, tenía un olfato innato para los negocios, y si se sabía que acudía a un acto, multitud de empresarios británicos aparecían casi por arte de magia. Era reacio a esa clase de celebraciones, pero cuando le dije que necesitaba su ayuda para recuperar a Raff, no dudó en prestármela.

James vino a recogerme al apartamento. Estaba impresionante, vestido con traje negro, camisa blanca y corbata negra. Lo besé en cuanto lo vi, para impregnarme de la calma que siempre lo acompañaba y contagiarme de su fuerza. Él también me besó apasionadamente hasta que los dos suspiramos y nos separamos.

—¿Estás lista?

—Lista.

Fuimos al hotel donde se celebraba la gala, en un coche con chófer que James había alquilado para la velada. Decía que ya teníamos demasiadas cosas de las que preocuparnos como para buscar taxi. Y tenía razón.

Bajamos del vehículo justo en la entrada, una alfombra roja decoraba la acera y marcaba el camino, igual que el de baldosas amarillas en *El mago de Oz*.

James y yo entramos cogidos del brazo y dejamos que los periodistas nos fotografiasen. Cualquiera que viese esas fotos adivinaría que éramos pareja; el modo en que me sujetaba la mano, el beso que me dio en una mejilla, sus ojos fijos en los míos. Él y yo sentíamos todo eso el uno por el otro, pero esa noche representamos un espectáculo de cara a la galería. Si nuestro plan tenía que funcionar, no podíamos dejar nada al azar.

Entramos en el elegante comedor. Yo llevaba un vestido de seda roja que resaltaba muchísimo sobre mi piel blanca y contrastaba con mi pelo negro. Lo había elegido expresamente. Aunque tenía el estómago encogido y mis instintos naturales me pedían que pasase desapercibida: esa noche tenía que verme todo el mundo.

James me apretó la cintura para darme ánimos, puesto que sabía lo mal que lo estaba pasando con ese escrutinio.

—Lo estás haciendo muy bien, princesa. Allí están Daniel y Amelia, y ese hombre que hay al lado de Daniel es sir Jones, el padre de Rafferty. Te está mirando.

—Él y toda la sala. ¿Dónde diablos está Rafferty?

—No lo sé, no lo veo por ningún... —Se interrumpió y noté que se tensaba—. Está allí, en la barra.

Volví la cabeza despacio y seguí su mirada. Raff estaba, efectivamente, sentado a la barra, con una copa medio vacía en la mano.

—Vamos a buscarle —dije.

James no se movió y yo busqué inquieta su mirada.

—¿Estás segura? Todavía podemos irnos de aquí sin hacer nada, o intentar convencerlo de otra manera.

—No, estoy segura. No podemos seguir así, James.

—Lo sé. Te quiero, Marina.

—Te quiero, James. —Me puse de puntillas y le di un beso. Noté que un flash se disparaba, pero no me importó.

—De acuerdo, vamos a buscar a Rafferty —dijo él cuando me aparté.

Caminamos entre los invitados sin soltarnos las manos. James saludó a un par de ejecutivos a los que me presentó sin dudarlos como su mujer, y ellos asintieron sin más. Por fin, tras sortear un último obstáculo, llegamos a donde estaba Rafferty.

—Hola, Raff.

—Hola —me saludó él, arrastrando un poco cada sílaba—, veo que al final me habéis hecho caso. Hacéis muy buena pareja.

Levantó la copa en un falso brindis.

—Si así fuera, te estaría bien empleado, Ra. Pero no.

Sin ti no somos suficiente, nunca lo seremos. Te queremos, te necesitamos, te echamos de menos. Haz el favor de dejar de comportarte como un mártir o como un imbécil integral y ven con nosotros.

—No —negó con la cabeza—, no. Es mejor así.

—¿Eso crees? —le pregunté yo, apartándole un mechón de pelo de la frente. Él no retrocedió de inmediato, sino que se quedó y buscó mis dedos—. ¿De verdad estás mejor sin nosotros? ¿De verdad crees que nosotros estamos mejor sin ti?

—Nunca funcionará.

—Sí funcionará —aseguró James—. Mira, tu padre está aquí. En esta misma sala, y yo sigo vivo y coleando, y Marina también. Y tú también. No puede hacernos daño, sólo puede herirnos si se lo permites. No se lo permitas, Ra.

—Lo estropeará, siempre lo estropea. Convertirá lo nuestro en algo sórdido y vosotros dos terminaréis odiándome. Ahora no lo hacéis. Puedo vivir con esto, pero no podría vivir con vuestro odio.

—Yo jamás te odiaré, Raff —le dije, mirándolo a los ojos—. Te amo.

—Yo tampoco te odiaré, Ra —añadió James— y, aunque no te gusta oírlo, yo también te amo.

—Sí que me gusta oírlo —confesó sin darse cuenta—. Y yo os amo a vosotros, a los dos. También a ti, Jamie.

—No, no uses un diminutivo si no piensas utilizarlo a diario —replicó James tras tragar saliva de la emoción por haber escuchado ese nombre tan cariñoso por primera vez.

—¿Qué podemos hacer? —nos preguntó entonces Rafferty, y nosotros dos supimos que teníamos la victoria al alcance de la mano.

Era la primera vez que Raff se planteaba la posibilidad de actuar y luchar por lo nuestro.

—¿Confías en mí? —le preguntó entonces James.

—Por supuesto que sí.

—¿Y en mí? —le pregunté yo—, ¿confías en mí?

—Claro que sí, princesa. —Se apropió del apelativo con el que me llamaba James y me emocioné.

—Entonces, todo saldrá bien —le dije.

James me apretó la cintura para señalarme lo que yo ya anticipaba, que el padre de Rafferty nos estaba mirando, y me agaché despacio para besar a éste. Él tardó unos segundos en responderme, pero lo hizo y me sujetó la cara entre las manos para deslizar la lengua hacia el interior de mi boca y capturar mi sabor.

No fue un beso cualquiera, nadie que lo viera lo confundiría con un beso de compromiso. Era el beso de dos amantes, de dos personas que se necesitan para seguir viviendo, como nosotros. Besé a Rafferty largo rato y sólo interrumpí el beso para lamerle los labios y mordérselos suavemente. Quería hacerlo, lo había echado mucho de menos, pero también quería que todos los periodistas pudiesen fotografiarnos. Cuando me separé, lo hice porque apenas podía respirar y estaba excitándome demasiado.

Raff tenía los ojos vidriosos, húmedos por la emoción de entender al fin que nuestro amor era de verdad.

—Marina —masculló—, ¿qué has hecho?

—Dejar claro que te amo, Raff. Ahora nadie puede utilizarlo en tu contra.

—Y ahora me toca a mí, Ra. Así que si no quieres que te bese, si no quieres que todo el mundo sepa que te amo tanto como Marina, será mejor que te apartes o que me des un puñetazo ahora mismo. Si lo haces, no te devolveré el golpe. Me destrozarás, pero seguiré amándote pase lo que pase. ¿Qué me dices? ¿Quieres que te bese o prefieres pegarme?

James intentó bromear con su última pregunta, pero se le quebró la voz y le temblaban las manos. Ahora en esos momentos delante de Raff y todos los periodistas estaban pendientes de nosotros, igual que sir Jones.

Mientras, yo le acariciaba la espalda para recordarle que a mí siempre me tendría, aun en el caso de que Raff nos rechazase.

—Bésame, por favor —le pidió éste de golpe.

James reaccionó al instante y le cogió la cara entre ambas manos para besarlo muy lentamente y con todo el amor que sentía, delante de todo el mundo. Raff le devolvió el beso, rodeó a James por la cintura y tiró de él hasta que los dos quedaron abrazados y siguieron besándose apasionadamente. Fue un beso larguísimo, lleno de suspiros y de miradas cargadas de sentimientos.

Probablemente les sacaron cientos de fotografías. James recorrió los labios de Raff con la lengua, se los separó y suspiró antes de entrar en su boca. Raff hizo lo mismo con él.

Cuando se separaron, los dos se miraron y se confesaron que se amaban y entonces desviaron la vista hacia mí y vieron que estaba llorando. Sin decirse nada, los dos me abrazaron y empezaron a llenarme la cara de besos. Si uno me besaba en los labios el otro me acariciaba el pelo y después me besaba él. Las cámaras enloquecieron.

Yo había llamado antes a mis padres para contarles lo que íbamos a hacer y me contestaron lo que esperaba: que querían mi felicidad y si ésta dependía de esos dos hombres, que hiciera lo que fuese necesario para estar con ellos.

Nuestro beso fue demasiado, los tres necesitábamos intimidad para recuperarnos del dolor de esos días, del miedo que habíamos pasado al casi perdernos. James fue el primero en reaccionar y, cogiéndome con una mano y con la otra a Rafferty, nos dijo:

—Vámonos de aquí.

Tiró de nosotros hacia la salida. La gente se separaba para dejarnos pasar. Su reacción no me importaba lo más mínimo, pero noté que la gran mayoría me miraba con envidia y admiración. Excepto el padre de Rafferty, que nos detuvo antes de llegar a la salida.

—Buenas noches, sir Jones —lo saludó James impertérrito.

—Buenas noches, señor —dije yo, más vergonzosa.

—Padre.

—Ya te has quedado a gusto, Rafferty. Ya me has humillado, no hace falta que sigas adelante con esto. Deja que estas dos... *personas* se vayan y nos olvidaremos de todo esto.

James dio un paso hacia delante para defendernos, pero Raff lo detuvo levantando una mano y colocándola en su torso.

—No, Jamie, déjame a mí.

Sin embargo, antes de dirigirse a su padre, tiró de la cabeza de James para darle un suave beso en los labios y después se volvió hacia mí e hizo lo mismo. Quería demostrarle a aquel hombre que lo nuestro no había sido para beneficio de las cámaras.

—Estás ofreciendo un espectáculo lamentable, Rafferty —insistió el señor Jones.

—Estoy enamorado por primera y última vez en la vida, padre. De este hombre y de esta mujer. Si puedes alegrarte por mí, fantástico. Tú y mamá seréis bienvenidos a nuestra casa. Pero, si no, te agradecería que desaparecieras de mi vida.

—Soy tu padre.

—Y yo soy tu hijo, deberías estar contento. Este hombre y esta mujer son maravillosos y me aman, y yo los amo a ellos. ¿Sabes lo raro que es eso? No se te ocurra investigarlos ni inventarte nada sobre ellos. Conozco su pasado y no me importa. Sólo me interesa su futuro y formar parte de él. Y si te atreves a publicar

algo sobre cualquiera de los dos, no tendré ningún reparo en acudir a algún periódico de la competencia y venderles... no, regalarles algún trapo sucio tuyo.

—No te atreverás.

—¿Para proteger a mi familia? No me pongas a prueba. James y Marina son mi familia, son el padre y la madre de mis futuros hijos y las personas con las que quiero envejecer. Si les haces daño, tendrás que vértelas conmigo. No volveré a huir nunca más sólo para no molestarte. Esta vez, por ellos me quedo a luchar.

Sir Jones enmudeció, James y yo también, pero por distintos motivos. Rafferty nos cogió a cada uno de la mano y tiró de nosotros hasta sacarnos de allí. En la calle, mientras esperábamos que llegase nuestro coche, nos miró y nos dijo:

—Te amo, Marina. Gracias por venir a buscarme. —Me besó apasionadamente allí, en medio de la noche, sin cámaras y con James como único testigo. Cuando me soltó, se volvió hacia él—. Te amo, James. Gracias por venir a buscarme.

—Gracias por pedirme que te besara —le contestó él en voz baja.

Se besaron igual que hacían cuando me besaban a mí, sin ocultar sus sentimientos. Y tuve que carraspear para avisarles que había llegado el coche a buscarnos.

—¿Adónde vamos? —preguntó el chófer, tras oír que cerrábamos las puertas.

—A casa —contestó James.

—Sí, a casa —reafirmé.

—A la calle Bloomsbury. Le indicaré el camino —dijo Rafferty tras carraspear.

Algo lo había llevado a elegir esa casa y ahora sabía qué.

El trayecto fue muy silencioso. El deseo que sentíamos todos era tan palpable que ninguno de los tres se vio capaz de hablar. Era inflamable, volátil y el único modo que encontramos de contenerlo fue callando.

Cuando llegamos, James se ocupó de despedir al conductor, mientras Rafferty tenía problemas para abrir la puerta.

—Deja de mirarme —susurró—, me tiemblan las manos.

—A mí también —le confesé—. Date prisa.

James apareció a mi espalda y empezó a besarme la nuca en la calle. Gemí y a Rafferty se le cayeron las llaves al suelo.

—Mierda.

James se rió y su risa me acarició la piel y me la erizó. Siguió besándome, moviendo las caderas detrás de mí, y podía sentir lo excitado que estaba. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su hombro, dejándome llevar.

—Vamos, Ra. Abre la maldita puerta.

—Ya está —exclamó él satisfecho cuando por fin lo consiguió—. Vamos al dormitorio —nos dijo.

James me cogió en brazos y siguió a Raff, igual que había hecho aquella noche, semanas atrás, pero éste se detuvo en el último escalón y nos miró de tal modo que James me dejó en el suelo con cuidado para que pudiésemos escucharlo. Era obvio que necesitaba decirnos algo muy importante.

—Antes de entrar en esta habitación —empezó Rafferty, señalando la puerta con un movimiento de cabeza—, tenéis que saber que sois las únicas personas que habéis estado en esa cama. La primera fuiste tú —reconoció, mirándome a los ojos—, y pensé que no habría nadie más. —Cogió aire y desvió la vista hacia James—. Pero después te conocí a ti, y ese primer día, cuando viniste detrás de mí y discutimos junto a mi moto, me masturbé pensando en ti. Por eso estaba tan furioso la segunda vez que te vi. Era la primera y la única vez que me había sentido atraído por un hombre y me sacudiste tan profundamente que te odié por ello. Y te deseé. Y me sentí culpable por desearte.

James se le acercó y lo interrumpió con un beso.

—Gracias por contármelo —le dijo al apartarse.

—De nada, por eso me he detenido aquí, porque sé que por mi culpa los tres hemos sufrido y no quiero que vuelva a suceder. No quiero que existan secretos entre nosotros, ni medias verdades. A partir de ahora, os diré siempre lo que siento y me gustaría que vosotros hicierais lo mismo.

—Yo ya lo hago, pero de acuerdo, te prometo que seguiré haciéndolo —aseveré

yo.

—Yo sólo te he mentado a ti y lo hice para ocultarte lo que sentía, porque creía que no estabas listo para oírlo.

Pero a partir de ahora, no más mentiras. Sólo la verdad.

—Gracias —exclamó Rafferty—. También quiero pedirnos otra cosa. En realidad, esta segunda cosa es la que de verdad quería deciros, pero me he puesto nervioso...

—Estás balbuceando, Ra. Es sexy, lo reconozco, demasiado, pero di lo que tengas que decir. Puedes pedirnos lo que quieras.

—Lo que quieras —repetí yo. Me emocionaba y me excitaba ver a James y a Rafferty en sintonía el uno con el otro.

—De acuerdo. Quiero que vengáis a vivir aquí conmigo. Esta casa es demasiado grande para mí solo, siempre lo ha sido. Y desde que estamos juntos me resulta imposible estar en ella sin veros. Estos días que hemos estado separados ha sido una locura, prácticamente me he quedado a dormir en el gimnasio.

—¿Sólo quieres que vivamos aquí contigo para poder volver aquí y no tener que dormir en el gimnasio?

—Lo torturé porque James tenía razón, verlo nervioso era muy sexy.

—No —me contestó él, fulminándome con la mirada—, quiero que vivas aquí conmigo porque te amo. Y tú también, James. —Lo miró a él—. No quiero que sigas buscando piso y que vuelvas a ponerte de mal humor porque te han enseñado una casa horrible. Quiero que cojas tus cosas y vengas aquí y no te vayas nunca. Te amo y quiero que vivas conmigo, ¿contento? —añadió a la defensiva, al ver la sonrisa de satisfacción de James.

—Sí, ya era hora. Yo también te amo. ¿Podemos ir a nuestro dormitorio de una vez y demostrárnoslo?

Se me encogió el estómago al oír el «nuestro».

Rafferty se dio cuenta y se acercó a besarme. Tiró de mi mano sin apartar los labios de mí y me guió hasta la habitación, con James detrás de ambos.

Caímos en la cama. Ahora que ya no existía ningún límite entre los tres, que ya no importaba quién besaba a quién o quién tocaba a quién, ahora que sólo importaba el amor, estábamos desesperados por tocarnos.

Nos desnudamos con suma torpeza, creo que prácticamente nos arrancamos la ropa a besos y a empujones, porque nos necesitábamos tanto que el cuidado de esas prendas no nos importaba lo más mínimo.

Yo besaba a James y Rafferty me acariciaba los pechos, o James besaba a Rafferty y yo les acariciaba a los dos el torso y la espalda. Nada estaba prohibido, lo único que queríamos y necesitábamos era recordar que nos amábamos y que por fin nada ni nadie podría separarnos.

—Quiero hacerte el amor —gimió Rafferty pegado a mis labios—. Necesito estar dentro de ti cuando James esté dentro de mí por primera vez.

Estaba encima de mí, con James tumbado a mi lado, tocándonos a ambos, y yo

levanté una mano y acaricié el rostro de Raff. Sabía lo mucho que le había costado hacer esa petición.

James siempre había dejado claro que él quería, deseaba, necesitaba, esa clase de vínculo con Rafferty, pero éste se había negado a reconocer que esa necesidad también existía por su parte.

—Oh, Raff... —susurré y levanté la cabeza para buscar sus labios y besarlos.

Él suspiró al sentirlos y deslizó la lengua en el interior de mi boca. Los dos temblábamos y notar las manos de James apartándome el pelo de la cara, me ayudó y me reconfortó.

—Ven aquí, Ra —dijo éste entonces con voz ronca, como si le hubiese costado mucho contenerse hasta ese momento—, tengo que besarte.

James tiró de Rafferty y, tumbado en la cama, lo colocó encima de él para besarlos con deseo y amor. Le pasaba los dedos por el pelo y tuve la sensación de que era la primera vez que no reprimía ni una pizca del amor que sentía por Raff. Fue hermoso, y muy sensual. Rafferty no tardó en entregarse por completo al beso, en acariciar el rostro y el torso de James al mismo tiempo que deslizaba la lengua dentro y fuera de su boca. Fue muy romántico y los tres lo necesitábamos.

—No tienes por qué hacerlo, Ra. No me hace falta —le susurró James, besándole la cara—. Puedo esperar a que de verdad desees estar de esa manera conmigo. De momento, me basta con que me lo hayas pedido, con saber que estás dispuesto.

—No estoy dispuesto —lo interrumpió Raff—, lo deseo con todas mis fuerzas, Jamie. Sueño con que me haces el amor, con que estás dentro de mí mientras yo estoy dentro de Marina. Lo necesito. Esta noche he estado a punto de perderos por mi culpa. Te necesito, James. Sé que no lo he hecho nunca, pero te necesito dentro de mí tanto como necesito estar dentro de Marina. Por favor, enséñame a amarte de esa manera.

—Dios, Ra, te amo. No te imaginas la cantidad de veces que he soñado con oír estas palabras en tus labios, pero no quiero que te entregues a mí de esta manera sólo porque te sientes culpable de lo que ha sucedido. Puedo esperar, de verdad. Si quieres, esta primera vez puedes estar tú dentro de mí.

Volvieron a besarse, Rafferty gimió y yo también.

Las palabras de James habían estado a punto de llevarnos a los dos al límite.

—No. —Rafferty se apartó de él e interrumpió el beso—. Eso también lo deseo. Lo deseo mucho, estar dentro de ti mientras tú le haces el amor a Marina —cerró los ojos y se estremeció—... pero no. Esta noche necesito sentirte dentro de mí, Jamie. Por favor. Te amo, ámame, enséñame a amarte.

—Lo hago —le aseguró él con voz rota—, siempre que te beso o te toco, siempre que estamos juntos con Marina. Siempre lo hago.

—Entonces, hazlo también ahora. Hazme el amor y ayúdame a hacérselo a ella.

James gruñó, un sonido que indicaba que había renunciado a mantener el control, y besó a Rafferty apasionadamente una última vez antes de tumbarlo en la cama con

cuidado y salir de debajo de él. Raff se movió frustrado un segundo, pero James le susurró al oído:

—Marina está a tu lado, hazle el amor por los dos.

Entonces, Raff abrió los ojos y se tumbó encima de mí, desesperado por recorrer cada centímetro de mi cuerpo con sus labios y sus manos. Yo tuve que cerrar los ojos para contener el orgasmo. Estar los tres juntos, las palabras que nos habíamos dicho, los besos, todo era demasiado. Y sentir en esos momentos a Rafferty encima de mí completamente dedicado a darme placer, amenazó con ser más de lo que podía resistir.

Cerré los ojos, podía oír la respiración y los gemidos de James, pero no sentía sus manos en mi cuerpo.

Hasta que noté sus piernas entre las mías.

Abrí los ojos y lo vi de rodillas detrás de Rafferty.

Podía acariciarle los muslos con la parte interior de los míos y vi que tenía la mirada fija en nosotros, en Raff y en mí.

—Raff... James... Os necesito.

James se inclinó hacia delante y besó a Rafferty en la nuca antes de susurrarle al oído:

—Hazle el amor a Marina, pero no dejes que se corra. Y tú tampoco, ¿entendido, Ra?

—Entendido —contestó él, mirándome, mientras un escalofrío le recorría la espalda por donde James lo había acariciado.

Me levantó las caderas y, sujetándose la erección con una mano, la guió hacia el interior de mi cuerpo.

Cuando entró dentro de mí, sentí tal alivio por estar donde debía, con quien debía, que estuve a punto de precipitarme hacia el orgasmo, pero Raff lo impidió retirándose a tiempo.

—Así, despacio, princesa —susurró, acariciándome los pechos desnudos con las manos.

Él estaba de rodillas en la cama, con los muslos ligeramente doblados hacia atrás para ofrecerme un punto de apoyo para las caderas. La mitad inferior de mi cuerpo quedaba ligeramente levantada y el placer era inmenso, pues así su miembro llegaba donde más lo necesitaba y él tenía las manos libres para tocarme sin tener que preocuparse por si me aplastaba (a pesar de que me encantaba que uno de mis hombres me aplastase).

—Raff..., dime qué está haciendo James, por favor.

—Oh, ahora... —Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, incapaz de continuar.

—Ahora le estoy besando la nuca —dijo el propio James. Podía ver su cabeza detrás de la de Raff y uno de sus brazos sujetándolo por la cintura—. Lo estoy besando y acariciándole entre las nalgas muy despacio. Quiero que se acostumbre a

mí. ¿Recuerdas ese día que me corrí teniendo el pene entre las tuyas, Marina?

—Sí —gemí, tanto por el placer que me provocaba tener a Raff dentro de mí como por la imagen que estaba evocando James—, me acuerdo.

—¿Te gustó?

—Sí.

—Y a ti, Ra, ¿te gusta lo que te estoy haciendo?

Vi que James apretaba la mano que tenía en el estómago de él y que movía el otro brazo. No veía qué hacía, pero podía imaginar sus dedos entre las apretadas nalgas de Raff.

—Sí, mucho... —gimió al fin éste—, me gusta mucho, Jamie. Oh, Dios. No pares.

—No voy a parar. Nunca. —Vi que le mordía en el cuello y se me escapó un gemido. Después apartó la mano de detrás de Raff y la acercó a los labios de él. La detuvo justo en la barbilla—. Marina tiene los pechos más bellos del mundo, los más sensibles, ¿no crees?

—Sí —balbuceó Rafferty.

—Acerca una mano a sus labios y deja que te humedezca los dedos, así podrás tocarla con ellos, pellizcarle los pechos, excitárselos. Ella lo necesita, y yo también. ¿Y tú?

—Sí, yo también —respondió Raff y movió una mano en busca de mis labios.

Yo los separé en el acto. La voz de James nos tenía a los dos al límite y respondíamos a sus palabras de inmediato, ansiosos por sentir el placer que evocaban.

Humedecí los dedos de Raff y vi que James le acercaba también los suyos a la boca. Raff separó los labios y los lamió con desesperación.

—Eso es, lo estáis haciendo muy bien —nos dijo James.

Raff movió las caderas y apartó la mano de mi boca para tocarme los pechos. Yo arqueé la espalda en busca de más.

—Raff... James... no puedo más, necesito que os mováis —les pedí—. Por favor.

—Enseguida, princesa —me contestó James con voz ronca—. Ahora voy a penetrarte con un dedo, ¿de acuerdo, Ra? Tú sólo piensa en Marina, en lo bien que te sientes dentro de ella, en lo maravilloso que es estar atrapado en su calor. Piensa en ella y hazle el amor por los dos. Yo mientras te lo haré a ti, ¿de acuerdo?

Raff movió las caderas. Estaba tan excitado que parecía incapaz de prestar atención a James, pero éste lo cogió del pelo y lo obligó a mirarlo.

—Dime que me has oído, Ra, y prométeme que si te duele me avisarás; sólo quiero que sientas placer.

Recuerda que no me debes nada, podemos dejarlo aquí y seré feliz viendo cómo terminas de hacerle el amor a Marina. Os amo.

—Yo también te amo, Jamie, y si no entras dentro de mí ahora mismo, te juro que cuando me llegue a mí el turno te torturaré hasta que... Dios.

Raff empujó las caderas hasta lo más profundo de mi cuerpo y se detuvo: James

acababa de penetrarlo. Lo supe porque se tensó como un arco y a James se le oscurecieron los ojos, como cuando entraba dentro de mí.

—¿Hasta qué, Ra? —lo provocó—. Dímelo.

—No pares, Jamie, por favor. No pares.

Rafferty movió las caderas y dejó caer la cabeza hacia atrás, como si ya no pudiese soportar su peso. James le besó el cuello y el rostro y le susurró al oído.

—Eso es, lo estás haciendo muy bien. Muévete despacio y acostúmbrate a mi dedo, siente el calor de Marina envolviéndote. Está tan excitada que puedo sentirlo desde aquí. Es maravilloso estar dentro de ella, ¿no?

—Sí —gimió Rafferty, entrando y saliendo de mi cuerpo.

Ahora tenía una mano encima de mi sexo y me acariciaba el clítoris despacio, capturando temblor tras temblor. Había vuelto a acercar la otra mano a mi rostro y me reseguía los labios. Yo los separaba y le lamía o mordía los dedos hasta hacerlo gemir.

—Seguro que estar dentro de ti también lo será —dijo James entonces, besando a Raff en los labios.

Tuvo que hacer que volviera la cabeza para llegar a sus labios y yo me quedé hipnotizada mirándolo.

—Hazlo de una vez, James —le pidió Raff—, te necesito. Dios, estoy a punto de correrme y no quiero terminar con tu mano dentro de mí. Te quiero a ti de verdad. Por favor.

—Chis, no tienes que pedírmelo, cariño. Me muero por estar contigo. —Apartó la mano y noté que Raff cambiaba de postura—. Sólo quería que estuvieras preparado.

—Lo estoy, hazme el amor.

James se sujetó la erección con la mano y la guió hacia la entrada del cuerpo de Rafferty.

—Os amo a los dos. Los dos sois mi vida. Gracias por darme a Ra, Marina. Y gracias, Ra, por darme a Marina. Y —se le rompió la voz y le brillaron los ojos— gracias por entregaros a mí.

En ese instante penetró a Rafferty y éste me sujetó por las caderas para no caerse. Su miembro, que tenía dentro de mí, se estremeció y creció hasta hacernos llorar a los dos.

—Raff... James, os amo —fue lo único que pude decir una y otra vez—. Os amo. Os amo.

—Eres perfecto, Ra. No voy a soltarte nunca, ni a ti ni a Marina. —James le besó la espalda y el cuello—. Dime que podré volver a tenerte, que me tendrás tú a mí.

Prométemelo.

—Te lo prometo —contestó Raff—, pero tienes que moverte. Estoy a punto de correrme, Jamie, y quiero alcanzar el orgasmo contigo eyaculando dentro de mí y sintiendo el calor de Marina extendiéndose a mi alrededor. ¿Crees que podrás hacerlo? ¿Darnos un orgasmo a los tres al mismo tiempo?

—Sí, sí —masculló James—. Dios, os amo.

—Oh, James, puedo sentir a Raff moviéndose junto contigo. Veo en su rostro el placer que le estás haciendo sentir y es demasiado...

—No, princesa, lo que es demasiado es el placer que se refleja en el tuyo —repuso James, acariciándome un muslo con ternura.

—Más, Jamie, por favor —sollozó Rafferty—. Más, Marina, por favor.

Movía las caderas a un ritmo desesperado, si entraba dentro de mí, se alejaba de la erección de James y eso lo hacía enloquecer, pero si buscaba el miembro de él se apartaba de mí y entonces apretaba la mandíbula con fuerza. Sacudía la cabeza de un lado al otro y el sudor le empapaba el torso y la frente.

—Ayúdalo, James. Los dos te necesitamos —le pedí.

Él gruñó de nuevo y se apretó contra la espalda de Raff, penetrándolo por completo. Le rodeó la cintura con fuerza y lo abrazó hasta que sus manos quedaron encima de mi sexo.

Raff me penetró con la misma intensidad con que James lo estaba haciendo con él, arqueó la espalda y gimió al eyacular. James me acarició el clítoris y me bastó con sentir sus dedos para gritar el nombre de ambos y caer en un abismo de placer del que no quería salir nunca.

Entonces James se estremeció y se tensó. Apartó los dedos de mi sexo, dándome un leve respiro, y sujetó a Raff por las caderas.

—Ra..., Marina —gimió nuestros nombres—, os amo.

Fue hermoso. Cuando James eyaculó dentro de Raff, pude sentirlo en mi piel, porque los tres estábamos tan íntimamente unidos que no sabíamos dónde empezaba uno y terminaba el otro. Y no nos importaba.

Me quedé dormida, aunque tal vez me desmayé. Y cuando me desperté vi a James y a Rafferty besándose.

—Te estábamos esperando, princesa —comentó James en cuanto vio que había abierto los ojos, y juntos me demostraron que era cierto.

Volvimos a hacer el amor, esta vez Rafferty y yo nos miramos y decidimos que era el momento de demostrarle a James que, aunque había llegado el último a nuestra vida, entre nosotros tres no había ningún orden ni categoría.

Le hicimos el amor durante horas, hasta que el magnífico James Cavill nos suplicó que parásemos.

Rafferty lo torturó, tal como había amenazado que haría, y cuando por fin entró en él mientras James estaba dentro de mí, pensé que me moriría de amor al ver la emoción que se reflejaba en sus rostros.

—La misma que en el tuyo, princesa —me dijo James más tarde, cuando me preguntó por qué había llorado.

—¿Y qué emoción es? —les pregunté.

James y Raff se miraron a los ojos y contestaron al mismo tiempo:

—Amor.

Epílogo

—James nos pidió a los dos que nos casáramos con él —le dije a Amelia, que seguía escuchando mi historia—. En Japón lo llaman *kekkon renai* y significa matrimonio por amor.

—A mí me parece muy romántico.

—Lo es —reconocí—, pero estoy asustada. Tú estás casada con un hombre y dices que es muy difícil, que está lleno de retos. Yo voy a casarme con dos que además están enamorados el uno del otro.

—Sí, cierto, es difícil, pero también maravilloso, Marina. Lo importante es el amor y de eso vosotros tres tenéis de sobra. Va a salir bien, ya lo verás.

—¿Y si no? Recuperarte de un divorcio es difícil, yo tendré que recuperarme de dos.

—Y es obvio que también tienes los nervios previos a la boda multiplicados por dos, o por dos mil. Estás diciendo un montón de tonterías. James, Rafferty y tú no vais a separaros.

—¿De verdad?

—No lo sé, nadie lo sabe. Pero estoy dispuesta a apostar por vosotros. Habéis superado muchos problemas para estar juntos, no te inventes problemas ahora para separaros. Sé feliz, hazme caso.

Las palabras de mi amiga tenían todo el sentido, pero yo seguía asustada. No podía perder a James y a Rafferty y nuestra relación siempre tendría que enfrentarse a los prejuicios de los demás. ¿Qué pasaría cuando nuestros hijos trajeran amigos a casa? ¿O cuando diese a luz? Dios, si todavía no estaba embarazada.

Llamaron a la puerta y el corazón se me subió a la garganta.

—¿Estás bien, princesa? —me preguntó James a través de la madera, y de repente respiré mejor y tuve unas ganas locas de verlo y de besarlo.

—Sí, ¿te sucede algo? Estamos preocupados —añadió Rafferty asimismo desde el pasillo.

El corazón me latía más despacio y había vuelto al lugar que le corresponde. También sentía unas ganas incontenibles de ver y besar a Raff.

—¿Sabes que creo, Marina? —me dijo Amelia, poniéndose en pie—. Que lo de pasar sin ellos la noche antes de la boda ha sido una completa tontería y que los has echado tanto de menos que has empezado a ver problemas donde no los ha habido nunca. ¿Qué te parece si abro la puerta y los dejo entrar? Les diré a los invitados que vais a tardar un rato.

—Gracias, Amelia.

—De nada.

Mi amiga abrió el pestillo y James y Rafferty aparecieron al instante vestidos con chaqué. Estaban impresionantes, tan guapos que quitaban el aliento.

Amelia les dio un beso a cada uno en la mejilla y les susurró algo al oído. No pude oírla, el corazón me retumbaba en los oídos, pero vi que los dos sonreían.

Amelia cerró la puerta al salir y, ya en el pasillo, gritó:

—¡Cinco minutos! Si no, mandaré a Daniel a buscaros.

Rafferty y James no perdieron ni un segundo y se acercaron a mí. James se sentó a mi derecha y Rafferty, a mi izquierda. Cada uno me cogió una mano y me la besó.

—Estás preciosa, princesa —me dijo James—. Me has dado un susto de muerte cuando he visto que no bajabas.

—Lo mismo digo —concedió Rafferty—. ¿Te sucede algo?

Me resbalaron unas lágrimas por las mejillas, de nervios. Mejor dicho, del alivio que sentía al tenerlos a mi lado.

James se agachó y capturó una con un beso y Rafferty hizo lo mismo con otra.

—Tengo miedo. Soy tan feliz que tengo miedo de que suceda algo y lo estropee todo. No puedo perderos. Ya no. Sin vosotros no podré vivir.

—No tendrás que hacerlo, Marina. Ra y yo estaremos siempre a tu lado y nada ni nadie podrá interponerse entre nosotros. Esta ceremonia es prueba de ello.

—Sí —asintió Rafferty—. Nos decían que tres personas no pueden casarse y Jamie no ha parado hasta conseguirlo.

—Prometeme que no os perderé y que siempre tendremos bastante los unos con los otros —les pedí—. Prometédmelo.

—Oh, princesa.

James se inclinó y me besó en los labios, uno de esos besos en los que me decía lo mucho que me amaba y me necesitaba. Lo mucho que significaba para él.

—Ven aquí —me ordenó entonces Rafferty, besándome él también de la misma manera, aunque con su sabor único e inconfundible—. Te lo prometo. Te prometo que siempre tendremos bastante y que cuando tengamos hijos los querremos tanto que tendrás miedo de morir de amor, ya lo verás. Te amo y amo a James. No me hace falta nada más.

—Yo también te lo prometo —aseveró James—. Te amo con locura y amo a Ra y no tengo miedo de morir de amor. De hecho —cogió a Rafferty por las solapas del chaqué y lo acercó a sus labios—, puedes intentarlo cuando quieras.

Lo besó delante de mí y los dos entrelazaron los dedos con los míos mientras se besaban. Cuando se separaron, se volvieron en silencio hacia mí y me besaron al mismo tiempo. Un beso a tres bandas es complicado, pero el nuestro fue sencillamente perfecto.

Y cuando el sacerdote japonés terminó la ceremonia del *kekkon renai* y nos declaró marido, mujer y marido, volvimos a besarnos de esa manera.

No escondimos nuestro amor ante nuestros invitados, y las personas que había allí reunidas se pusieron en pie y nos aplaudieron.

Cuando no se encuentra el amor, nunca es suficiente, pero si, como yo, se tenía la suerte de encontrar a dos hombres tan maravillosos como Rafferty Jones y James Cavill, dispuestos a luchar por una, hay que tener el valor de ir tras ellos.

—¿En qué piensas? —me preguntó James esa noche, después de hacer el amor.

—En ti y en Rafferty —le contesté.

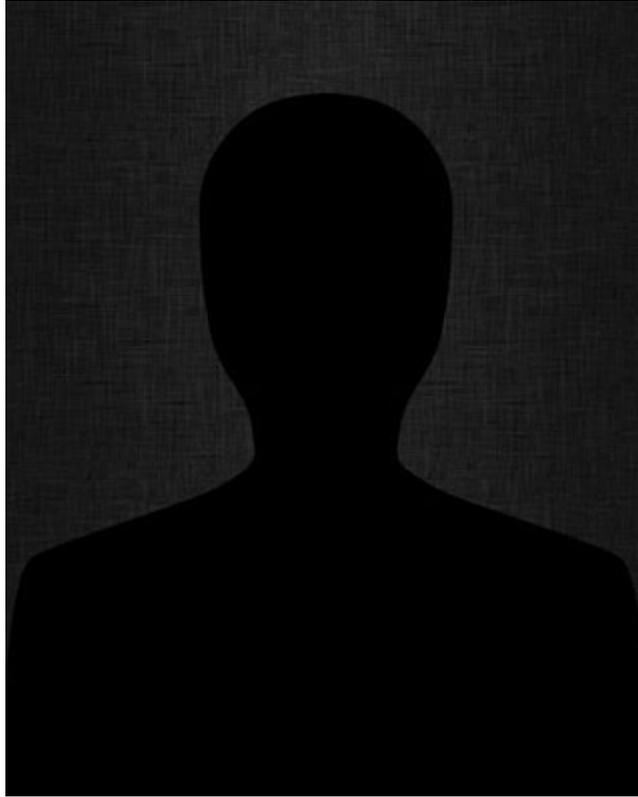
—¿Y qué piensas de nosotros? —inquirió Rafferty, abrazándome desde la espalda.

—Que os amo y que os amaré siempre.

—Nosotros también —susurró James antes de besarme.

—Nosotros también —dijo Rafferty, acariciándome.

Esos besos, ese amor, sí que era suficiente. Y más.



M. C. ANDREWS nació en Manningtree, el pueblo más pequeño de Inglaterra. Lleva años afincada en Londres, donde ejerce de periodista para un importante periódico, aunque durante sus primeros tiempos en la capital británica tuvo varios trabajos: de camarera a guía turística, pasando por canguro y correctora *freelance* para una editorial. Está casada y es madre de dos hijas.

De pequeña, M. C. Andrews solía decirles a sus padres que deseaba ser escritora; su esposo y sus hijas siempre la han animado a intentarlo... De ahí *Noventa días*, su primera novela, *Todos los días* y *Un día más*, así como los relatos *La cinta*, *Sin fin* y *Por tus caricias*, todos ellos publicados por Zafiro.